

COMPENDIO

DE

HISTORIA DE LOS VALDENSES

Contiene una relación detallada de sus colonias
en América y numerosos grabados.

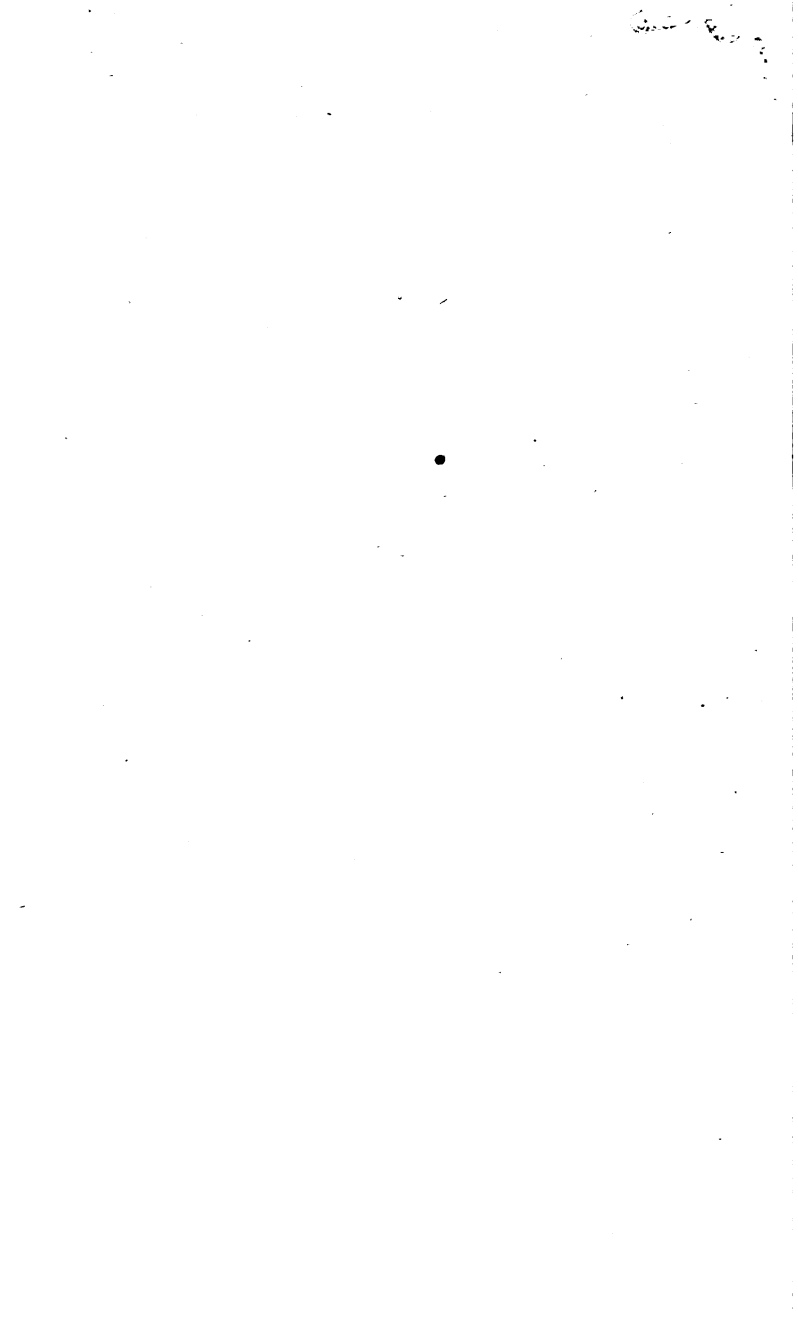
POR

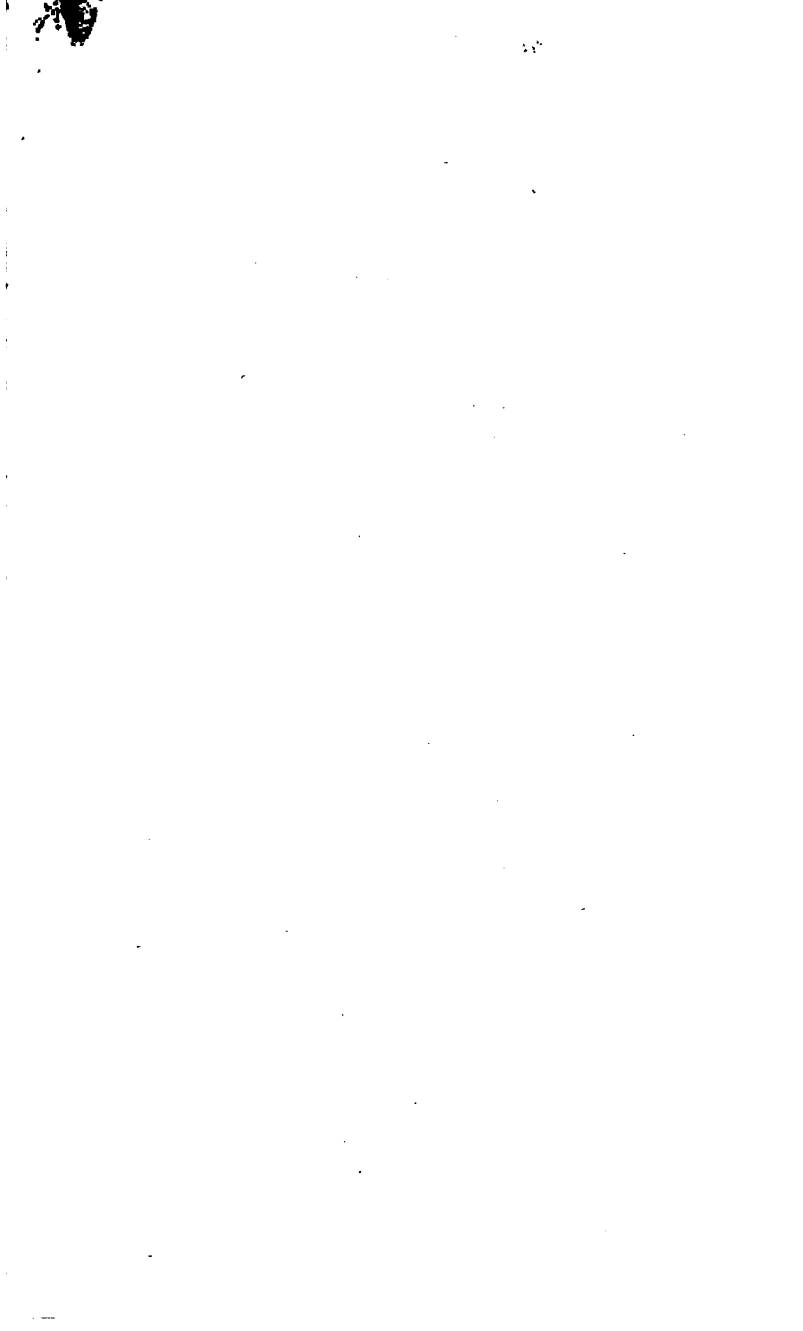
LUIS JOURDAN

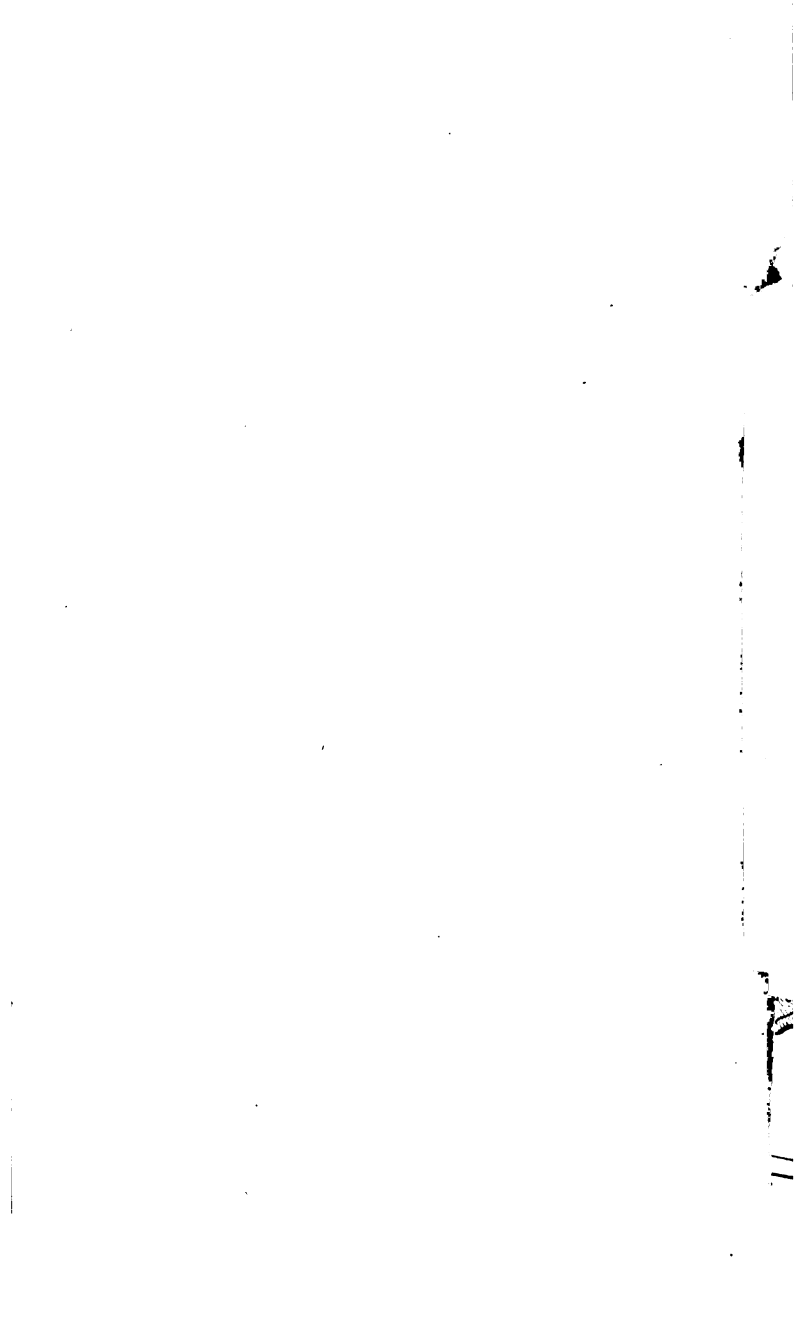


Colonia-Valdense (Uruguay)

—
1901.











Trajes Valdenses.



COMPENDIO

DE

HISTORIA DE LOS VALDENSES

Contiene una relación detallada de sus colonias
en América y numerosos grabados.

POR

LUIS JOURDAN



Colonia-Valdense (Uruguay)

—
1901.

PREM.TIP. CLAUDIANA-FIRENZE



Prólogo.

La quinta conferencia anual de los pastores y representantes de las iglesias y grupos Valdenses establecidos en las Repúblicas del Uruguay y Argentina, tuvo á bien designarme para redactar una pequeña obra sobre la historia de los Valdenses, con el doble objeto de darla á conocer á la nueva generación que casi ya no entiende el francés y el italiano, idiomas en que están escritos la mayor parte de los libros que tratan de esa historia; y de proporcionar á aquellas personas que se interesan por el adelanto de nuestro pueblo, una oportunidad de cerciorarse de donde procede y cual es su pasado, pues hasta ahora no existía ninguna obra en español sobre dicha materia.

Fuí encargado de escribir una obra popular, en términos sencillos, al alcance de todo el mundo y especialmente de los colonos. Estos, más acostumbrados á los rudos trabajos del arado que á la lectura, difícilmente podrían apreciarla si estuviese escrita en tono elevado y científico. Por eso he prescindido de las cuestiones de crítica, limitándome

MAY 1 9 1947

558997 FUND

MAR 25 1948

á los hechos históricos principales, sin entrar en pormenores que habrían alargado mucho el libro.

Tal vez no haya logrado el objeto propuesto. Sin embargo, si el estudio de esta historia ofrece dificultades para la inteligencia y la memoria, en cambio es rica en enseñanzas.

Los Valdenses fueron humildes, menospreciados, perseguidos; pero nos proporcionan nobles ejemplos de fe, perseverancia y resignación en los trances más dolorosos y amargos. Su historia nos demuestra la fidelidad de Dios hacia los humildes de su iglesia, la sabiduría de sus planes y sus cuidados, el poder que desplegó el día que quiso libertarlos, y los consuelos que concede en la aflicción. No parece sino que « Dios escogió lo necio del mundo para confundir á los sabios, lo débil para avergonzar lo fuerte, para que ninguna carne se jacte en su presencia. »

Para la redacción de este libro he consultado á los principales historiadores, traduciendo muchas veces literalmente y otras compendiando los acontecimientos más importantes.

Responde á una necesidad sentida, y todo Valdense debe ser animado del deseo de conocer la historia de sus antepasados, sobretodo considerando que ellos son señalados por las iglesias evangélicas como testigos vivientes de la verdad en siglos en que reinaban la superstición y el error. Debe conocerla, no para gloriarse en la antigüedad de su origen y en los bellos ejemplos que nos ofrece, sino para imitarlos, caminando en las huellas que nos trazaron, con la misma fe y las mismas creencias.

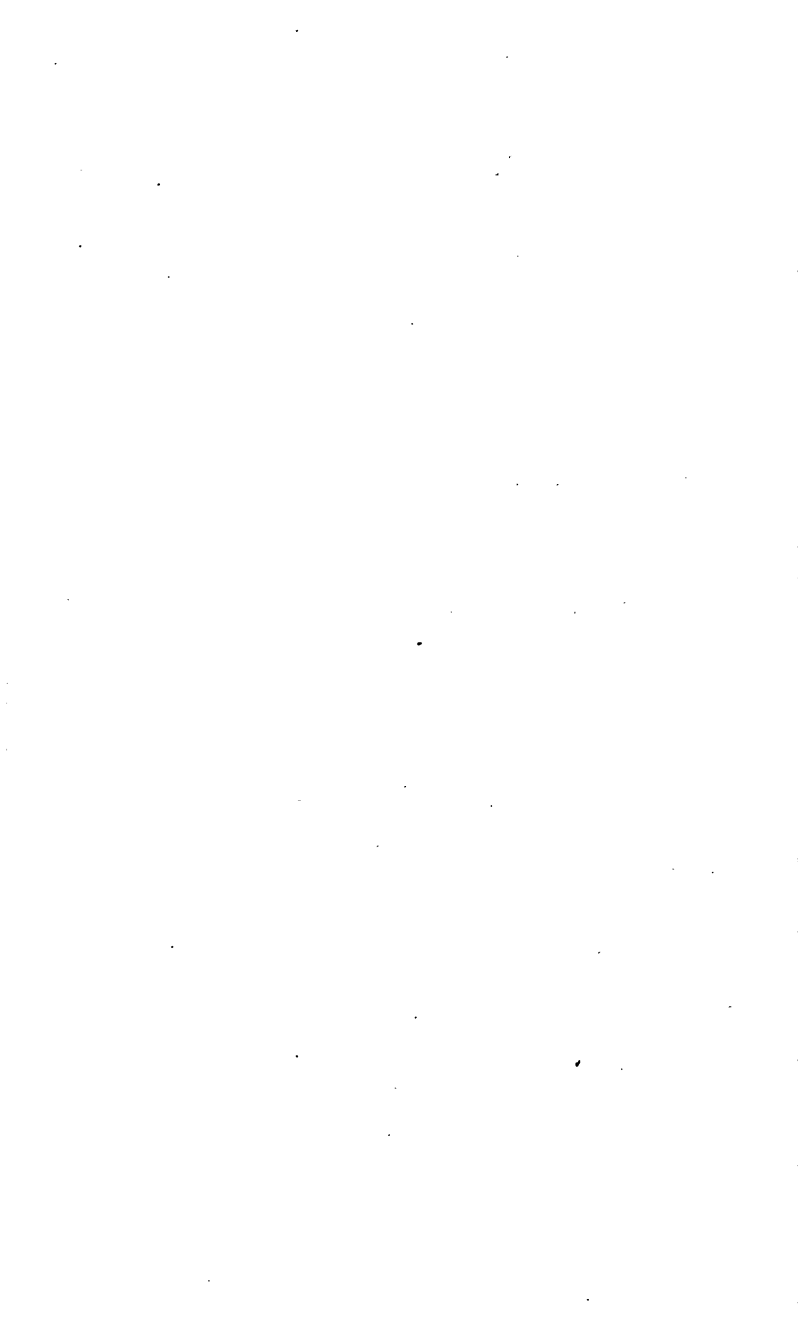
Al escribirla he tenido también en vista otro fin: el de reforzar los vínculos de afecto que nos unen

á nuestro país de origen. Los vínculos de parentesco, de idioma, y las relaciones entre familias y amigos tienden á relajarse á causa de la gran distancia. Hay que sustituirlos por aquellos más duraderos de la tradición, de la misma organización eclesiástica y de una misma fe.

Si nuestros antepasados sufrieron tantas persecuciones, no debemos echar únicamente la culpa sobre la maldad de los hombres. Debemos recordar que no fueron exentos de pecados y de faltas, cuando Janavel escribía: « Jamás la iglesia del Señor se vió reducida á semejante extremo como ahora, pero nuestros pecados son la verdadera causa de ello. » Y esto para que cada uno trate de no preparar con sus infidelidades un porvenir miserable para sí, para su familia, para la iglesia y para su pueblo.

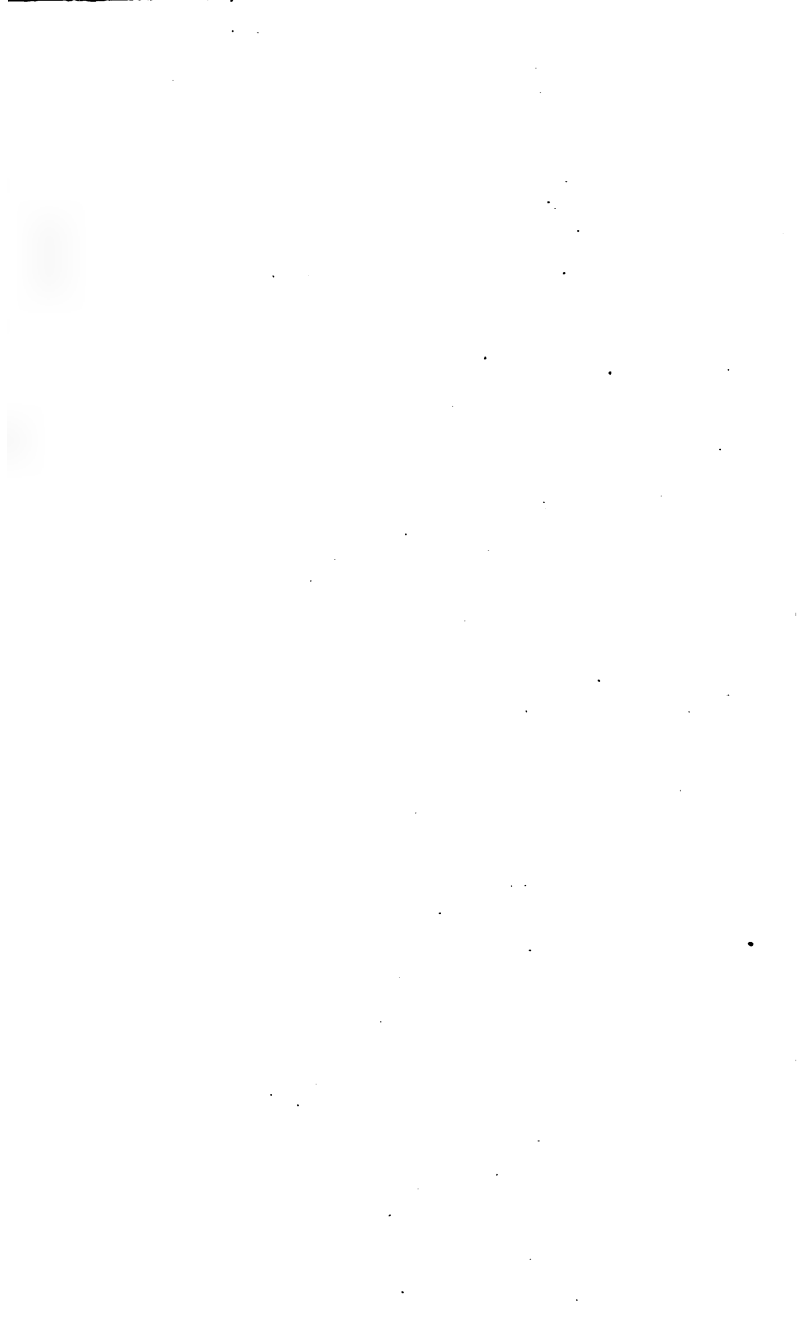
« Lux lucet in tenebris, » (la luz resplandece en las tinieblas), dice la antigua divisa valdense. ¡Así brille la luz del Evangelio por medio de los Valdeses que Dios guió á estos países!

Colonia Valdense — Junio de 1900.





Perosa y Pomaretto.





COMPENDIO

DE

HISTORIA DE LOS VALDENSES



Descripción geográfica de los Valles.

Los Valles Valdenses están situados en la vertiente Este de los Alpes, es decir en la que mira hacia los fértiles llanos del Piamonte. Se hallan en los Alpes Cocianos entre el Monte Viso y el nacimiento del río Po al Sur, y el Monte Cenis al Norte. Al Este llegan hasta la llanura al pié de las montañas, y al Oeste lindan con Francia de que la separan las cumbres de los Alpes en la línea divisoria de las aguas.

Los Valles están formados por ramas transversales que arrancan de la cadena principal, dirigiéndose hacia el Este hasta morir en la llanura. Los picos que los dividen de Francia, alcanzan á tres mil metros de altura, y entre esos puntos culminantes se abren algunos desfiladeros, pasos ó gargantas; los más importantes son el cuello de Abríes al Norte y el de la Cruz al Sur, los cuales hacen

comunicar el valle de San-Martín y el de Luserna con el del Queyras.

Los Valles Valdenses están limitados por cadenas de considerable elevación. Tomados en su conjunto tienen la forma de un triángulo cuya base sería la línea divisoria que separa Italia de Francia, teniendo por lados las líneas imaginarias que convergen hacia la ciudad de Pinerolo, sin alcanzarla.

Comprenden tres valles principales: el *valle de Perosa*, que no es más que la continuación del valle del Prigelato, pues abarca su parte inferior comprendida entre la aldea de Perosa que le da el nombre, y San-Germano. Ofrece hacia el Oeste el pequeño valle de Pramollo que tiene el valle de San-Martín al Norte y Angrogna al Sur. El valle de Perosa está surcado por el arroyo Clusón, por eso á veces es llamado también valle del Clusón.

El *valle de San-Martín*, que se halla al Norte y está bañado por el torrente de la Germanasca que desemboca en el Clusón, cerca de Perosa. Se llama así, porque encierra la aldea de San-Martín, casi enteramente católica. Está formado por los valles superiores de Pral, Rodoretto y Massello ó Balziglia al Norte, y por los laterales de Faetto y Rioclaretto.

El *valle de Luserna* llamado hoy más comúnmente *del Pellice*, que se halla al mediodía del de San-Martín. Está regado por el arroyo Pellice cuyos afluentes principales son el torrente Angrogna y el Luserna, sin contar otros de menor importancia. Este valle es el principal, aunque el más corto. Está flanqueado al Oriente hacia su salida sobre el llano por dos valles secundarios. El del Sur, Rorá, es más pequeño, y lo cruza el torrente Luserna. El del Norte es mucho más extenso y muchas veces fué considerado co-

mo formando un valle á parte: es el de Angrogna surcado por las aguas impetuosas del torrente del mismo nombre. Está enclavado entre el valle de Luserna por un lado, y por el otro el valle de San-Martín, Pramollo y Prarostino. El valle de Luserna se extiende de Oriente á Occidente, y termina en el cuello de la Cruz que comunica con Francia; al Norte presenta la garganta de Julián que se abre sobre el valle de San-Martín, y al Suroeste la Combe des Charbonniers ó valle de Guichard, en la dirección del Monte Viso.

En los Valles hay quince iglesias ó parroquias. En el valle de San-Martín cuéntanse cinco, á saber: *Pral*, *Rodoretto* y *Massello*, en los valles montañosos del Oeste y en ese orden de Sur á Norte. Las dos últimas fueron creadas al principio de este siglo, pues antes no había más que trece. Los principales caseríos de Pral son: Maiera, Villa, Guigou donde está el templo y la residencia del pastor, Malezat, Orgères y Pommiers. A Rodoretto pertenece el importante caserío de Fontaines. Los de Massello son: Champ-la-Salse, Chaberts, Roberts, Petit y Gros-Passet, y Balziglia, tan célebre en la historia.

La cuarta es *Perrero Maniglia*, con la aldea de Perrero donde reside el pastor y hay un templo. Existe otro en Maniglia.

La quinta es *Villasecca*, en las dos vertientes del valle; comprende Clos con un hermoso templo y la residencia del pastor, Faetto, Rioclarretto, Trossieri y Bovile.

El valle de Perosa abarca cuatro parroquias: *Pomaretto* con Perosa é Inverso-Pinasca. Posee un hospital y la « Escuela Latina ». Sus caseríos son: Chabrières, Massel, Anfous, Clots, Cerisiers y Pons. *San-*

Germano, de la cual forma parte Cheneviève é Inverso-Porte ó Turina. Cuenta con los lugares de Gondins donde está el asilo para la vejez desamparada, Savoia, Sagna, Gianassoun y Gallian. *Pramollo* con la Rua, Beux, Plencs, Boucharás, Tournim y Peumian, al Noroeste de San-Germano. Por fin *Prarostino* con Roccapiatta y los Cardons, Godins, Rostans, Gay, Coularei, Gaiot, Rua, Roc, Massera, Cardonats, Ciabot. Crota y Plans. El templo se halla en la altura, en San-Bartolomé.

El valle de Luserna se divide en seis parroquias que son: *Angrogna*, con dos templos, uno en San-Lorenzo, otro en el Serre. Merecen citarse los case-ríos de Martel, Prassuit, Marquet, Chanforans, Cacet, Bonnenuit, Serre-Malan y Barfé. En el extremo Noroeste del valle se levanta el célebre Pra-del-Torno, con una capilla-escuela.

San-Juan, al Sur de Angrogna, con las aldeas de Airals, Blonats, Malanots, Cartera, Goss, Tallarea, Saret, Lantarets, Gonins, Curt, Jalla, Nazerots, Mustons, Peyrots, Stalliats y Malans. El templo se halla en los Blonats y existe otro en el Ciabas. Esta parroquia posee un asilo parecido al de San-Germano, y otro en los Mussets para los enfermos incurables.

Torre ó Torre Pellice, con dos templos también, uno en el centro, otro en los Coppiers. Tiene muchos grupos de casas; los principales son: Dagots, Santa-Margarita, Bouïssa, Fassiot, Chabriols, Bonnets, Cervera, Tallaret, Cesan, Fort y Roussencs. El pueblo de Torre es considerado como la capital de los Valles, y De Amicis le dió el apodo de « Ginebra italiana ». Es notable el « Colegio » que comprende el Ginnasio y el Liceo, y la « Casa Valdense » levantada por suscripción pública en 1889, come recuerdo

del Bicentenario del Glorioso Regreso de los Valdeses á sus Valles. Posee además un Museo, una biblioteca con 24 mil volúmenes, una « Escuela Superior » para señoritas, un gran hospital cerca de los Ramels y varios establecimientos ó fábricas que dan trabajo á una multitud de obreros.

Siguiendo al Occidente se encuentra la parroquia del *Villar*, con las agrupaciones del Teinau, Ciarmis, Rua, Saret, Garin, Combe, Boudeina, Mousa, Bessé, Garnier, Subiasc, Cougnet, Buffa y Autaret.

Después viene *Bobbio* que ocupa la extremidad del valle hasta los confines con Francia. Cuenta muchas aldeas; baste citar Sibaud, Sarsená, Champ, Absés, Pajant, Lausarot, Malpertus, Eissart y Rostan.

Ultima de todas es *Rorá*, la más pequeña del valle de Luserna, con las aldeas de Vernei, Rua, Rivoira, Rumé, Peyret y Fusina.

La superficie de los Valles se calcula en veinte leguas cuadradas, y su población fluctúa entre veinte y veinte y cinco mil almas.

Por su situación y su latitud, (45° Norte), deberían gozar de un clima templado, pero la elevación del suelo sobre el nivel del mar contribuye á hacerlo más frío. El aire es muy saludable, y la temperatura no está sujeta á cambios bruscos y repentinos. Las montañas del Norte los protegen contra los vientos fríos, de modo que disfrutan de un clima menos riguroso que las llanuras vecinas. La nieve cae en gran abundancia, especialmente en la parte montañosa, y á veces llega á la altura de varios metros. Los aludes ó avalanchas causan frecuentes destrozos y desgracias. En las montañas hay numerosos picos, pasos, cascadas y grutas que sería muy largo enumerar.

El suelo en la parte baja y en las colinas bien expuestas al sol, es fértil. Se siembra trigo, maíz, toda clase de legumbres y crece la viña, la morera, la higuera, los árboles frutales y castaños muy copulentos. La parte media produce papas, cebada, avena, centeno y buenos pastos que se extienden á la parte más alta, donde son aprovechados en verano por los pastores.

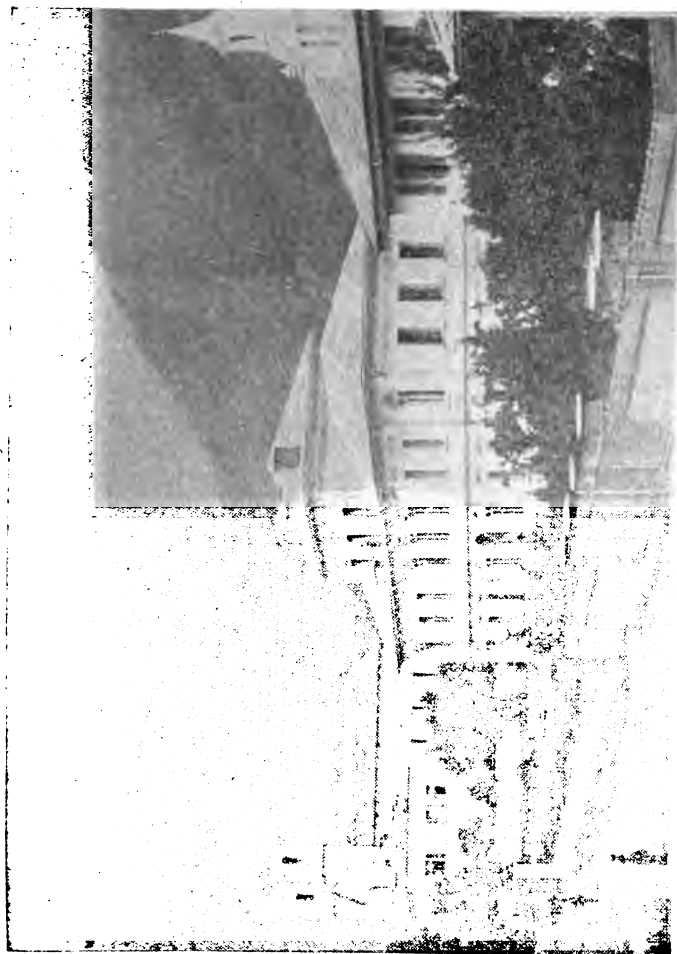
Las dos terceras partes y tal vez las tres cuartas, no se pueden cultivar, pues no ofrecen sino barrancos y pendientes escarpadas, torrentes, precipicios y grandes rocas que dan en cambio un aspecto muy pintoresco al país.

En general los trabajos del campo son muy penosos y mal remunerados. La vida de la mayor parte de los campesinos no es holgada; se vive más bien en la estrechez y á veces hasta en la miseria, teniendo por única comida leche agria, pan duro y negro, y papas cocidas en agua hirviendo, sin sal ni grasa.

En muchas partes los habitantes se hallan reducidos á cultivar un pedazo de campo de algunos metros, entre las rocas, donde es preciso llevar la tierra sobre los hombros cada año, porque las aguas de las lluvias y de las nieves la han arrastrado.

Una gran parte de la población vive de los productos de los animales como vacas, ovejas y cabras. Los Valles no producen en cantidad suficiente los artículos de primera necesidad que son importados. No es pues de extrañar que por estas causas y por el aumento de la población muchas personas emigren, unos temporalmente y otros para siempre.

La administración religiosa de los Valles está constituida por la corporación llamada « Mesa Val-



Torre. — Casa Valdese v Temblo.

dense » que consta de cinco miembros, tres pastores y dos laicos. Los pastores desempeñan los cargos de « Moderador » ó Presidente, Moderador adjunto y Secretario. La Mesa es nombrada por los Sínodos.

El Sínodo es la asamblea de todos los pastores y delegados de las iglesias y se reúne una vez cada año. El Sínodo es la autoridad suprema que juzga todos los asuntos de más trascendencia.

El « Comité de Evangelización » es una corporación distinta de la Mesa, con el principal cometido de dirigir la obra de propaganda en Italia, arbitrando cada año los recursos necesarios, mientras que la Mesa cuenta con rentas propias para el sueldo de los pastores de los Valles. Se trata ahora de reunir los dos cuerpos en uno, para tener una sola y única dirección en todos los asuntos eclesiásticos.

El « Consistorio » es la junta directiva de cada parroquia. Consta de ancianos y diáconos nombrados por la asamblea de los electores, y es presidido por el pastor.

En cuanto á la autoridad civil, los Valles están gobernados ahora como cualquier otra parte del reino de Italia. Están divididos en comunes, que son algo más numerosos que las parroquias en el valle de San-Martin. Para tratar de los asuntos administrativos, los comunes tienen su consejo ó junta cuyo presidente se llama síndico.

Los Valdenses han obtenido ya varias veces de ser representados en el Parlamento italiano por algún miembro de su comunidad.

CAP. I.

Los orígenes.

Existe mucha diversidad de opiniones respecto al origen de los Valdenses, pero se pueden reducir á dos: la primera que los hace descender de Pedro Valdo, del cual hablamos más adelante y la otra que les da una antigüedad más remota, no faltando quien afirme que descienden de los cristianos de la iglesia primitiva. Sin entrar en mayores detalles, creemos que el origen de los Valdenses no está exento de la parte legendaria propia de todos los pueblos en sus albores, y que será siempre difícil sino imposible, señalar con exactitud histórica de quien traen origen, del mismo modo que será siempre imposible seguir las gotas de agua que forman el nacimiento de los ríos, en sus giros y vueltas entre las rocas y en las entrañas de la tierra.

Desde que la iglesia romana empezó á apartarse de las puras doctrinas de Cristo, siempre hubieron personas que se opusieron al error y se levantaron en son de protesta contra él; por ejemplo Claudio, obispo de Turín, que predicó contra la adoración de las reliquias é imágenes, y cuya influencia no es improbable se haya extendido á los habitantes de los Valles que formaban parte de su diócesis, y San-Bernardo que decía: « ¿Quién me concederá de ver la iglesia de Dios como era en los tiempos antiguos, quando los apóstoles echaban la red, no para pescar plata ú oro, sino almas vivientes? ».

Podrían citarse también los Cátaros, los Albigeneses tan célebres en la historia por la matanza que se hizo de ellos, Pedro de Bruys que predicó durante veinte años contra los errores papales, Arnaldo de Brescia cuyos secuaces fueron llamados pobres de Lombardía, y muchos otros, pero sin poder precisar que relaciones hayan tenido con los Valdenses.

Pedro Valdo fundador de la secta de los pobres de León, era un comerciante muy rico y piadoso que vivió hacia el fin del siglo duodécimo. Hallándose un día conversando con varios amigos sobre el umbral de su puerta, uno de ellos cayó muerto repentinamente, lo que turbó á Valdo en gran manera, y se decía: « ¿Qué sería de mi alma, si en lugar de mi amigo me hubiese sucedido á mí? ». Impresionado, buscó consuelo y paz en el Evangelio, que hizo traducir en lengua vulgar por dos eruditos, y distribuyó todos sus bienes á los pobres.

Reunía en su casa á sus amigos y vecinos, y les leía las Sagradas-Escrituras; luego, extendiéndose su fama, llegó á tener gran concurrencia de personas de la ciudad y de los alrededores, hasta tal punto que el arzobispo de León se conmovió y quiso oponerse á la predicación de Valdo, pero sin resultados, porque éste era bien visto por el pueblo y su doctrina bien recibida, contándose sus adherentes por millares. El arzobispo refirió lo que pasaba al papa, y éste prohibió á Valdo y á sus discípulos que predicasen en público, pero no quisieron obedecer. Entonces fueron perseguidos y desterrados de la ciudad, y se esparcieron por el mediodía de Francia, llegando algunos hasta los Valles, donde encontraron un terreno ya preparado, y cuyos habitantes los recibieron muy bien. De estos discípulos de Valdo, según opi-

nan muchos historiadores, tuvieron origen los Valdenses, como dijimos al principio. En cuanto á Valdo es probable que nunca haya ido á los Valles, habiendo emigrado más tarde á Bohemia donde murió.

Los Valdenses no empezaron á ser conocidos sino en el siglo duodécimo, es decir cuando la ambición del papa y la corrupción de la iglesia romana colmaron la medida. Se esforzaban en conformar su conducta á las enseñanzas del Evangelio, y su regla se podría compendiar en estas palabras: « Obedecer á Dios antes que á los hombres. »

Llevaban una vida sencilla; modestos en el vestir, huían del lujo; no se dedicaban al comercio para no estar expuestos á la mentira y al fraude. Vivían de su trabajo, y casi todos sus pastores tenían un oficio para ganarse el sustento; no amontonaban riquezas, conformándose con lo necesario; eran moderados en el comer y beber, y no frecuentaban las tabernas ni los bailes para evitar la disipación. Se distinguían por la sencillez de su fe, la pureza de su vida y la integridad de sus costumbres. En una palabra trataban de seguir en todo el ejemplo de los apóstoles y de Jesu-Cristo, cabeza y jefe de la Iglesia.

La doctrina de los antiguos Valdenses presenta dos caracteres distintos que son: fidelidad á las enseñanzas de las Sagradas-Escrituras y oposición á las innovaciones de Roma. Admitían el Credo de los Apóstoles, y el Antiguo y el Nuevo Testamento que constituían su única regla de fe. Admitían un solo Dios, Todo-Poderoso, Creador de todas las cosas, el cual formó Adán á su imagen y semejanza. Decían que por la desobediencia de Adán el pecado entró en el mundo, y que todos son pecadores como descendien-

ste de Adán. Creían que solamente en Cristo se consigue paz y justicia, y que Cristo murió para salvar á los que creyesen en El, y resucitó para justificarlos. Opinaban que el purgatorio era una superstición inventada por los sacerdotes para ganar dinero, y decían que á todos los cristianos es concedida la facultad de oír la confesión, conforme á lo que dice el apóstol Santiago: « Confesaos vuestras faltas los unos á los otros ».

Su predicación consistía en exhortaciones sencillas que tenían por objeto grabar en la mente de los oyentes algún precepto del Evangelio, ó confortarlos á esperar la pronta venida de Cristo. Narra un inquisidor de haber visto un campesino que sabía veinte capítulos del Evangelio, por haber vivido un año con una familia valdense, y varios laicos que recitaban de memoria casi todos los Evangelios de San-Mateo y de San-Lucas, sobretudo las palabras y los discursos de Nuestro Señor. Así que bien merecían entonces los Valdenses el apodo de « pueblo de la Biblia. »

Entre los escritos atribuidos á los Valdenses cuéntanse varios tratados y obras de índole ascética, entre los cuales merece ser citada la « Regla Valdense » ó « Libro de los justos » cuyo trozo más importante es el siguiente: « No se ve en ninguna parte del Antiguo Testamento que la luz de la verdad se haya extinguido enteramente. En todas las épocas hubieron personas que caminaron fielmente en la via de la santidad; su número fué á veces muy exiguo. pero nunca faltó del todo, y creemos que fué así desde Jesu-Cristo hasta nosotros, y que así será hasta el fin de los siglos. La religión cristiana se conservó pura y santa hasta los tiempos de Constantino, pero después fué decayendo poco

á poco y los hombres se apartaron de la verdad, hasta que se levantó uno que se llamaba Pedro, del país de Vaudia, el cual enseñó el camino de la salvación á muchos. Doscientos años después, según dicen nuestros viejos, se desencadenó por la envidia y la malicia de los hombres una terrible persecución. »

Indudablemente valdense es un pequeño poema en versos alejandrinos titulado: « La Noble Lección, » que empieza así: « Hermanos, oid una noble lección: debemos velar y orar con frecuencia, porque este mundo está cerca de su fin, y no sabemos si la muerte vendrá hoy ó mañana. » Más adelante dice: « Si hay alguien que tema y ame á Jesu-Cristo, que no quiera blasfemar, ni mentir, ni tomar lo ajeno, ni vengarse de sus enemigos, dicen que es Valdense y que merece la muerte. El que ama á Dios debe servirle en humildad, y de ahora en adelante no debemos tener más ley que la de seguir á Jesu-Cristo y cumplir su voluntad. »

CAP. II.

Las primeras persecuciones

(1300-1500).

Desde el siglo XIV los papas trataron de conseguir de los duques de Saboya que persiguiesen á los habitantes de los Valles. El tribunal de la inquisición, que residía en Turín, condenó varias personas á muerte; pero parece sin embargo que esa persecución no fué general, ni tampoco muy temible.

En el siglo XV, el inquisidor Borelli invadió el valle del Pragelato durante las fiestas de Navidad, cuando los habitantes se juzgaban seguros, protegidos como lo estaban por la inclemencia de la estación y por la nieve que cubría las montañas con su espeso manto. Al aproximarse el peligro, huyeron á toda prisa hombres, mujeres, niños, buscando un refugio en las alturas y entre las rocas escarpadas. Muchos fueron muertos y otros llevados prisioneros. La mayor parte no atreviéndose aún á volver á sus casas, pernoctaron entre las nieves sobre el monte Albergian, y de mañana al despertarse hallaron de cincuenta á ochenta criaturas muertas de frío, algunas en sus cunas y otras en los brazos helados de sus madres, muertas también.

El 27 Abril de 1487, el papa Inocencio VIII lanzó una bula de exterminio « contra los sectarios de aquella perniciosísima y abominada secta de malvados que se llama de los Valdenses. » « El principal medio de seducción, agrega, que Satanás ha inspirado á esos herejes, es una gran apariencia de virtud y de piedad. A cualquiera que mate á uno, sus pecados le serán enteramente perdonados, y cualquiera que se apodere de sus bienes, los disfrutará como posesión legítima. »

Estimulados con el aliciente de riquezas tan fáciles de adquirir, acudieron muchos aventureros y vagabundos deseosos de saqueo y de botín, y se pusieron á las órdenes del jefe de la cruzada llamado Alberto de Capitaneis ó Cattaneo.

Empezó éste por enviar á los Valles frailes predicadores, con el fin de reconducir los extraviados al redil, pero no consiguió resultado. Los Valdenses por su parte elevaron al Duque Carlos I la siguiente

protesta: « Nosotros, verdaderos fieles, deseamos manifestaros que no debéis prestar crédito á nuestros enemigos ni condenarnos, sin oír nuestra defensa. Somos súbditos fieles y obedientes. Nuestros pastores están dispuestos á probar, ya pública, ya privadamente, que nuestras doctrinas están conformes con la Palabra de Dios. No queremos seguir los transgresores de la ley del Evangelio, ni reconocer otra autoridad que la de la Biblia. Despreciamos el amor de las riquezas y la sed de dominio. Nuestra confianza en Dios es mayor que el deseo de agradar á los hombres. Tened cuidado de no atraer sobre vosotros la ira de Dios, creyendo hacer bien al perseguirnos; por lo demás, si Dios lo quiere, serán vanos vuestros esfuerzos contra nosotros. »

Esa confianza no fué engañada. Los habitantes se habían reconcentrado en los parajes fortificados por la naturaleza, y estaban unidos y prontos para la defensa.

El enemigo al contrario, queriendo hacer gala de sus numerosas fuerzas, las había desplegado en una extensión demasiado grande.

Cuando empezó el ataque, pronto tuvo que retroceder, pues sus filas eran quebradas con facilidad por la poca cohesión que presentaban.

No se peleaba entonces sino con espadas, lanzas y flechas. Los Valdenses se habían fabricado escudos y corazas con cueros de animales forrados exteriormente con corteza de árboles. Los dardos enemigos no producían heridas, porque al ser arrojados de abajo á arriba y á cierta distancia, no tenían suficiente fuerza para perforar la corteza. Por otra parte, los Valdenses diestros y mejor situados,

disparaban las flechas de arriba hacia abajo con evidente ventaja, de modo que el enemigo tuvo que retirarse.

Hubo sin embargo un punto donde parecieron flaquear las fuerzas Valdenses; fué cerca del paraje denominado Rocciamaneout, entre Angrogna y San-Juan.

Allí se hizo muy reñido el combate, porque el enemigo avanzando de gradines en gradines, había estrechado sus filas y puesto en gran apuro á los Valdenses que se habían parapetado detrás de ese baluarte natural donde también se hallaban sus familias.

El éxito era dudoso. Se oían los gritos de las mujeres y de los niños que pedían auxilio á Dios. El enemigo se burlaba y apresuraba el paso.

Uno de los jefes llamado el Negro de Mondoví, á causa de su tez bronceada, les dijo: « Los míos, los míos os van á dar la respuesta, » y uniendo la jactancia al insulto, levantó la visera de su casco para dar á entender que no temía á esas pobres gentes. Pero en ese mismo instante una flecha corta el aire con estridente silbido, y hiere con tanta fuerza al nuevo Goliat, que es derribado y muerto. Se ha guardado el nombre del joven cuya experta mano había lanzado la flecha, se llamaba Pedro Revel.

La tropa empieza entonces á desbandarse. El pánico se apodera de ella y convierte esa victoria casi segura en espantosa derrota.

Los Valdenses persiguen á sus enemigos hasta el llano, después vuelven al lugar donde están sus familias, y todos juntos se ponen de rodillas y dan gracias á Dios que los ha librado de sus enemigos.

La confianza en Dios constituye la fuerza del hombre: el Israel de los Alpes era entonces invencible.

A la mañana siguiente otra expedición es preparada para tentar nuevamente le suerte de las armas. Toma otro camino, es decir el que costea el valle de Angrogna, para llegar á Pra-del-Torno y tomar á los Valdenses por la retaguardia. Pero en el momento mismo en que cruzan por los senderos más ásperos y peligrosos, son envueltos por una espesa neblina ó cerrazón, de repente, como suele suceder en esos parajes. El enemigo poco práctico del terreno se extravía pronto entre las rocas y se halla en situación muy crítica. Los Valdenses aprovechan la oportunidad, lo acometen y lo obligan á la retirada. Esta se cambia pronto en fuga, y la fuga en derrota.

La mayor parte se precipitan de las rocas resbaladizas por la humedad, y caen en los abismos donde hallan la muerte.

Esta nueva victoria, debida más á la Providencia divina que á las armas de los Valdenses, puso tregua á las persecuciones. Las tropas de Cattaneo no volvieron á aparecer en los Valles, y este destacamento destruído de una manera tan completa y tan inesperada, fué el último que pisó territorio valdense antes de la Reforma. El jefe que lo mandaba se llamaba Saguet, y la laguna en la cual cayó y encontró la muerte se designa aún hoy con el nombre de toumpi (laguna) de Saguet.

Cattaneo pasó los Alpes y persiguió á los Valdenses del Delfinato de los cuales hizo gran matanza.

Un batallón de setecientos hombres invadió el valle de San-Martin por el cuello de Abríes. Fué visto

Pra del Torno.



cuando bajaba, y los Valdenses fueron á esperarle en la aldea de los Pommiers. Los soldados enorgullecidos por el degüello y los asesinatos que acababan de cometer en el Delfinato, entraron en la aldea sin pensar más que en el saqueo. Atacados súbitamente en todas partes, no pudieron hacer frente, y todos fueron muertos ó puestos en fuga. Los que huyeron, no tardaron en perecer en esas montañas desconocidas para ellos y pobladas de valerosos defensores. Sólo uno sobrevivió a esa derrota: el alférez del batallón, quien deslizándose en un torrente, estuvo dos días escondido en una cueva. Después, acosado por el frío y el hambre, fué á pedir asilo á los Valdenses. Estos le dieron de comer y luego lo dejaron ir, para que fuese á anunciar a los suyos la suerte tocada á sus compañeros.

Después de estas expediciones sin provecho y sin gloria, el Duque de Saboya retiró sus tropas é hizo la paz con los Valdenses, confirmándolos en sus privilegios anteriores y declarando que había sido mal informado.

En una entrevista que celebró con ellos, mandó que le trajesen algunas criaturas, porque los católicos propalaban entre las personas ignorantes que los niños de los herejes tenían un ojo en medio de la frente, y cuatro hileras de dientes negros y vellosos. « ¡ Son las más hermosas criaturas que haya visto ! » exclamó Carlos cuando le fueron presentados.

CAP. III.

Los Barbas.

(1500-1530)

Designábase con el nombre de « barbas » á las personas encargadas de anunciar el Evangelio, de visitar á los enfermos y de mantener vivos los vínculos de unión entre los varios grupos de Valdenses. Su escuela estaba situada en el Pra-del-Torno donde se muestra aún hoy una gran piedra que dicen haberle servido de mesa.

Su preparación era muy sencilla: consistía en estudiar algunas nociones de medicina, un poco de latín y sobretodo la Sagrada Escritura de la cual debían aprender de memoria las partes más importantes. Después iban en grupos de dos, generalmente un anciano y un joven, á visitar las iglesias; algunos ejercían el oficio de colportores y vendían alhajas, buscando una oportunidad para ofrecer la joya de gran precio, la Biblia. Aun cuando fueran muy prudentes, sin embargo algunos sufrieron el martirio á causa de sus creencias.

Cuando se inició la Reforma por obra de Lutero y Calvino, grande fué el regocijo de los Valdenses. Enviaron algunos barbas á los reformadores, para exponerles las necesidades de la iglesia y pedirles consejo. La contestación no se hizo esperar. Como consecuencia de las relaciones entabladas con los reformados de Suiza, se convocó una asamblea ó Sínodo que se reunió el 12 Setiembre 1532 en Angrogna, en la aldea de los Chanforans. Además de los

representantes de los Valles asistía mucho pueblo, y también el célebre reformador Guillermo Farel, Saulnier y otros pastores venidos expresamente de Ginebra. En dicho Sínodo se adoptó una confesión de fe compuesta de diez y siete artículos, y se resolvió de romper abiertamente con todos aquellos ritos y prácticas de la iglesia romana que estaban en oposición con la Sagrada-Escritura, y que se habían seguido hasta entonces por miedo ó por debilidad. Se verificó una colecta que alcanzó á mil quinientos escudos de oro, para imprimir la renombrada Biblia de Olivetan, así llamada del nombre del pastor encargado de revisarla.

Un año después el barba Martin Gonin se fué á Ginebra, para conferenciar con los reformadores y traer libros religiosos para su parroquia. A su regreso fué arrestado y conducido á Grenoble, en Francia. Los jueces le tomaron declaración, y viendo que no era sino un comerciante de libros, ordenaron que fuese puesto en libertad. Antes de soltarlo, el carcelero lo registró y encontró entre el forro de su saco algunas cartas de los reformadores dirigidas á los Valdenses. Volvió entonces á encarcelarlo, y después de un nuevo interrogatorio fué condenado á muerte. Contando la Reforma con muchos adherentes en Grenoble y temiendo los jueces que se produjese algún levantamiento popular, al llevarlo al suplicio, resolvieron matarle de noche y arrojar su cuerpo al agua.

El preso fué conducido á orillas del río, antes del amanecer; allí el verdugo le ató un pié y le concedió un instante para orar. Luego rodeándole el cuello con una piola, pasó en ella un grueso baston, y lo fué apretando despacio hasta que cayó al suelo,

donde acabaron de matarlo. Entonces echaron el cuerpo al agua cuya frescura hizo que se reanimase, pero el verdugo guardaba en su mano la cuerda, y la soltó tan sólo cuando cesaron los estremecimientos de la víctima. El agua se llevó el cadáver del mártir valdense, pero su alma había partido hacia más bellas riberas.

En 1535 Pantaleón Bersour, señor de Roccapiatto, habiendo encontrado la lista de los Valdenses acusados de herejía, recibió orden del Duque Carlos de castigarlos. Al efecto reunió cerca de quinientos hombres, y se echó con ellos sobre el valle de Angrogna por senderos que le eran muy conocidos. El primer día no le costó gran esfuerzo para causar grandes destrozos, matando á muchas personas y llevando prisioneras á otras, así como un copioso botín. Pero el día siguiente los enemigos fueron sorprendidos y sobretodo amedrentados, al verse rodeados por esos montañeses resueltos á resistir á la fuerza con la fuerza. Los Valdenses manejaron con tal destreza su temible honda, que recobraron el botín y la mayor parte de los prisioneros del día anterior, y la horda fanática fué puesta en fuga. La conducta vergonzosa de Bersour fué enrostrada por la condesa Blanca, viuda del conde de Luserna, señor de Angrogna. Le reprochó de no haber respetado la memoria de su marido y de haberla menospreciada á ella y á sus hijos, atacando á sus subditos sin su consentimiento. Bersour, lleno de ira, se dirigió entonces hacia el llano, y empezó á perseguir á los Valdenses establecidos allí. Llenó su castillo de Miradolo y las cárceles y conventos de Pinerolo de esos infelices, entregándolos á la inquisición. Muchos fueron ahorcados en el patíbulo.

Un tal Catelan Girardet, arrestado en la ciudad de Revello ese mismo año de 1535, fué llevado al suplicio. Estando en el cadalso, pidió que le trajesen dos piedras. Al recibirlas, las frotó con fuerza una contro otra y dijo á la muchedumbre estupefacta: « Pensáis con vuestras persecuciones destruir vuestras iglesias, pero eso no os será más fácil que á mí de pulverizar estas piedras ó de comerlas ».

El mismo Duque de Saboya puso fin á la persecución de Bersour, porque precisaba los Valdenses para la defensa de las fronteras contra los franceses.

Los libros que el barba Martín Gonin traía de Ginebra, llegaron á su destino por intermedio de un colportor cuyo nombre era Bartolomé Hector, que fué preso también mientras pasaba del valle de Angrogna al de San-Martin. Conducido á Pinerolo, fué solicitado repetidas veces para que abjurase.

— « Habéis sidio tomado vendiendo libros herejes », le dijeron sus jueces.

— « Si á vuestro parecer la Biblia contiene herejías, para mí ella es la verdad ».

— « Os valéis de la Biblia para persuadir á las gentes de no asistir á misa ».

— « Si la Biblia condena la misa, es porque Dios no la aprueba ».

El interrogatorio siguió el día después. Como quisiese exponer las doctrinas evangélicas:

— « No discutimos con el error », le dijo el tribunal.

— « Los jueces están para discernir la verdad del error; dejadme probar que estoy en la verdad ».

— « Si no estáis en la iglesia (romana), no estáis en la verdad ».

— « Estoy en la Iglesia de Cristo y lo pruebo por el Evangelio ».

— « Entrad en la iglesia de Roma, si queréis salvar vuestra vida ».

— « El que quisiere salvar su vida, la perderá, dice Jesu-Cristo, y el que la perdiere por amor hacia mí, vivirá eternamente ».

— « Reflexionad sobre la abjuración que os es pedida, es el único medio por el cual podáis salvaros ».

— « ¿De qué vale salvar mi cuerpo, si mi alma se perdiere ? ».

Todo siendo inútil, hasta las amenazas, fué conducido á Turín y entregado al Santo-Oficio. Lo condenaron á ser quemado vivo en la plaza del Castillo un día de mercado. Al serle notificada la sentencia exclamó ; « ¡Gloria á Dios, pues que me juzgó digno de morir por su causa ! ». Cuando subía al cadalso, un mensajero llegó de la corte, prometiéndole la vida y la libertad, si quería retractar sus opiniones ; pero él se arrodilló y oró diciendo : « Señor, hazme la gracia de perseverar hasta el fin, perdona á mis jueces é ilumina á este pueblo que me rodea, para que pronto llegue al conocimiento de la verdad ». El pueblo lloraba, asombrándose de que se hiciese morir á un hombre que no hablaba sino de Dios.

Otro « barba » ó pastor que no debe pasarse en silencio, es Godofredo Varaglia oriundo de la ciudad de Busca en Piamonte. Hijo único de un activo perseguidor de los Valdenses, había sido destinado á clérigo desde su juventud, para convertir á los herejes. Obligado á estudiar los argumentos de los reformados para combatirlos, no tardó en reconocer que la verdad no se hallaba de su lado, y abando-

nando un puesto honroso cerca del nuncio pontificio en París, se trasladó à Ginebra donde abrazó por completo las doctrinas evangélicas. Los Valdenses habiendo pedido un pastor que hablase el italiano, les fué mandado Varaglia que fijó su residencia en Angrogna. La gente acudía de varios lugares y ciudades para oirlo, tan grande era su fama.

Algunos meses después, deseoso de ver á su familia y su ciudad natal, salió para Busca. Visitó a sus parientes y á los evangélicos que había en la ciudad, luego regresó. Al pasar por la ciudad de Barge, fué denunciado por el cura y arrestado. Conducido á Turín, fué sometido á los jueces de la herejía que lo condenaron á muerte, aunque Varaglia los exortase á no mancharse inútilmente con su sangre, pues « faltaría primero, dijo, la leña para las hogueras que no los ministros para predicar el Evangelio ».

Era el 29 Marzo 1558, cuando salió de la cárcel para marchar al patíbulo. Tenía cincuenta años y parecía feliz como el que sabe que tiene delante de sí una vida sin fin. Dice de él un testigo ocular: « Se adelantaba con tanta firmeza y serenidad, y habló con tanta alegría que creo que ni los mismos apóstoles se encaminaban con más coraje al suplicio de la cruz. No dejaba de enseñar y exhortaba los presentes á leer las Sagradas-Escrituras. Desde el cadalso y en presencia de diez mil personas expuso la causa de su condenación, y proclamó su fe y la esperanza que tenía en la vida eterna por Jesu-Cristo. Después de haber hablado durante una hora del reino de Dios, y de haber orado para todos los presentes y también para sus perseguidores, fué quemado vivo por la causa de Cristo, recibiendo así la corona del

martirio. Muchas personas fueron llevadas á la luz por su muerte y se convirtieron á la fe cristiana.

La muerte de los mártires parecía un triunfo y, como dijo Tertuliano, su sangre era semilla de iglesias.

Los Valdenses habían aumentado grandemente en número. Como los Valles eran demasiado angostos para tanta población, buscaron nuevas tierras. Se establecieron al sur de Francia, en Mérendol y Cabrières, mientras que en Italia fundaron las colonias de Calabria. Los señores de los castillos les concedían grandes extensiones de tierra para que las cultivasen; así prosperaron mucho. Sin embargo el enemigo los acechaba; y cuando la ocasión se presentó favorable, se desataron contra esos grupos de Valdenses persecuciones tan terribles, que la luz del Evangelio fué apagada en aquellas comarcas. Miles y miles de personas murieron en las hogueras, succumbieron á las torturas ó perecieron en el fondo de inmundos calabozos. El pastor Juan Luis Pascal sufrió el martirio en la misma Roma. Sería demasiado largo enumerar los episodios de aquellas bárbaras y sangrientas luchas: baste el decir que cerca de quince mil personas perdieron la vida, y los demás fueron dispersados de tal modo que el nombre de Valdense desapareció de aquellos lugares.

La misma suerte tocó más tarde á las numerosas iglesias establecidas en las tierras de los marqueses de Saluzzo y en el valle del Po.

CAP. IV.

El conde de la Trinidad.

(1560).

De 1535 á 1558 los Valles y una gran parte del Piamonte se hallaron bajo la dominación francesa y no sufrieron persecuciones religiosas. Vueltos nuevamente en poder de los Duques de Saboya, Manuel Felisberto á instigación del clero, promulgó el edicto del 15 Febrero de 1560 por el cual era prohibida la asistencia á los cultos, so pena de una multa de cien escudos de oro la primera vez; la segunda los infractores serían condenados á presidio perpetuo. La mitad de la pena pecuniaria correspondía á los delatores, para estimular su celo. Felipe de Saboya, primo del Duque, y el conde de la Trinidad fueron encargados de hacer cumplir el edicto.

Los Valdenses viendo que la tormenta se acercaba amenazadora, escribieron al Duque, á la Duquesa y al Consejo, exponiendo la justicia de su causa é implorando la clemencia de su soberano á quien no habían tenido ánimo de ofender. El Duque refirió el pedido de los Valdenses al papa, el cual contestó que no había que discutir con los herejes, y que el mejor medio de convertirlos era la fuerza.

Felipe de Saboya y especialmente el conde Carlos de Luserna hicieron lo posible para aminorar los rigores, así éste se trasladó á Angrogna y suplicó á los Valdenses de valerse de un pequeño ardid, es decir de esconder á sus pastores y luego comunicar á Feli-

sberto que se habían expatriado, para que retirase sus tropas; pero no quisieron acceder. Entonces el conde se retiró á Luserna, afligido por lo que estaba por suceder.

A los Valdenses no le quedaba sino prepararse á la defensa. Retiraron sus familias y sus bienes á lugares inaccesibles y se dispusieron á la resistencia.

El conde de la Trinidad con un ejército de cuatro mil hombres de infantería y doscientos de caballería, había llegado á Bricherasio el primero de Noviembre 1560. Al día siguiente se adelantó hacia Angrogna, donde tuvo algunas escaramuzas sin importancia. Al anochecer los enemigos hicieron alto á corta distancia de los Valdenses cerca del paraje llamado Rocciamaneout. Los fuegos ya estaban encendidos, cuando un joven valdense que se había apoderado de un tambor, se puso á tocarlo con todas sus fuerzas, en un torrente cerca del campamento de los adversarios. Creyendo que llegan refuerzos, los soldados del conde corren á las armas, y lo mismo hacen los Valdenses que se lanzan sobre el enemigo. Por la oscuridad de la noche y lo escabroso del terreno, pronto es obligado á la retirada. Los que huyen se asustan de los que los siguen; todos tiran las armas que ya no les sirven sino de estorbo, y no se paran hasta llegar en el llano, donde para vengarse, prenden fuego á varias casas. Los Valdenses no tuvieron en este encuentro más que tres muertos, mientras que las bajas causadas al enemigo pasaron de sesenta.

El conde de la Trinidad reorganizó sus tropas y estableció su cuartel general en el castillo de Torre. Para alejar á las personas más caracterizadas, persuadió á los Valdenses que mandasen diputados al

Duque, á fin de protestar una vez más de su acatamiento á las leyes. Así lo hicieron. Mientras tanto el conde en los Valles cometía toda clase de atropellos, obligando los habitantes á pagarle ingentes sumas y matando hasta las personas indefensas. Un anciano de ciento y tres años se había refugiado con su nieta en una caverna, y allí se alimentaban de la leche que les suministraba una cabra. De noche para distraerse, la joven cantaba, pero fué oída por los soldados que la espionaron, descubrieron su escondite y mataron al anciano; después como la querían agarrar, para librarse se arrojó en un horrendo precipicio, salvando su honor con la pérdida de la vida.

Los Valdenses lejos de desanimarse, en varias reuniones juraron de mantener la unión y ayudarse mutuamente. Tomaron el fuerte del Villar que era guardado por una pequeña fuerza, y libertaron á muchos presos que el enemigo tenía encerrado allí. También organizaron la llamada « compañía volante » que desempeñó un papel tan importante en la defensa de los Valles, por la prontitud con que se trasladaba de un lugar á otro y siempre donde más arreciaba la pelea ó donde se presentaba un punto débil. La componían los más hábiles tiradores, y era siempre acompañada por dos pastores, para impedir los excesos y para que la moral no se relajase; antes del combate, y al amanecer y anochecer, dirigían la oración en medio del campamento.

El conde quería apoderarse de Pra-del-Torno que era como el corazón de los Valles y donde toda la población de Angrogna había buscado asilo, construyendo molinos, hornos, casas y todo lo necesario para subsistir, como en una plaza fuerte. Combinó un triplo asalto por tres puntos diferentes: la Va-

chère, el Lauzun y el valle de Angrogna. Pero las tres partidas no obraron de común acuerdo. Los que venían de la Vachère, llegaron antes del tiempo fijado y fueron batidos por los Valdenses que así pudieron después hacer frente á los que bajaban del Lauzun encabezados por Carlos Truchet, señor de Rioclarretto. Estos también fueron derrotados, y el mismo jefe fué muerto con su propia espada que le había sido arrebatada en la pelea. Mejor suerte no tocó al tercer grupo.

El conde llamó á nuevas reclutas y tentó por segunda vez el asalto. Disponía de seis mil hombres que se adelantaron en tres columnas, una junto al torrente Angrogna, y las otras dos por las alturas. El ataque fué más hábil, pero la derrota le siguió rápidamente y con tan escasas pérdidas para los Valdenses, que los enemigos se quedaban maravillados, atribuyendo la causa del fracaso, unos á las asperezas del suelo montañoso, otros al Dios de los Valdenses.

Más airado aún el conde alistó una tercera expedición, pero para alcanzar la victoria fingió entrar en tratativas de paz. Mientras estaban conferenciando, envió á la aldea del Tallaret, muy de mañana, un destacamento que sorprendió á los habitantes en sus casas. Mató á una gran parte de ellos, tomó prisioneros á otros, y algunos casi desnudos pudieron huir y salvarse gracias al conocimiento que tenían de los lugares. De allí la soldatesca se dirigió hacia el Pra-del-Torno, bajando por Costa-Roussina y obrando en combinación con otras tropas que subían por el valle de Angrogna. Al atravesar un desfiladero, fueron sorprendidos de repente por seis jóvenes valdenses que les atajaron el paso, matando con tiro

certero á los que se atrevían á adelantarse. Cuatro disparaban las armas y los otros dos las cargaban. Apenas cundió la alarma por el ruido de los disparos, acudieron tropas en ayuda de los jóvenes, y el enemigo tuvo que retirarse. Así fueron desbaratados los planes del conde que tuvo lo que merecía, por haber emprendido el ataque cuando se trataba de la paz.

Avergonzado por tantas derrotas levantó aquella misma noche su campamento y se fué á Cavour, de donde entabló con los Valdenses los preliminares de la paz que fué ratificada por el edicto del 5 de Junio de 1561.

Los Valdenses fueron confirmados en sus antiguos derechos. Les fué concedido de levantar templos y predicar en los Valles. Debían sin embargo abstenerse de hacerlo fuera de ellos; pero podían contestar y defenderse siempre que fuesen preguntados por sus creencias. Este edicto será importante también para más tarde como una base sólida de que se valdrán los Valdenses, cuando volverán á ser perseguidos.

CAP. V.

Castrocaro.

(1561-1581).

La guerra había emprobecido y casi arruinado á los Valdenses, por lo cual tuvieron que acudir á la caridad de sus hermanos en la fe. Numerosas y abundantes colectas se efectuaron en Ginebra, en los can-

tones suizos y entre los príncipes alemanes adictos á la Reforma, para socorrer á los habitantes de los Valles, que disfrutaron entonces de relativa tranquilidad durante algunos años.

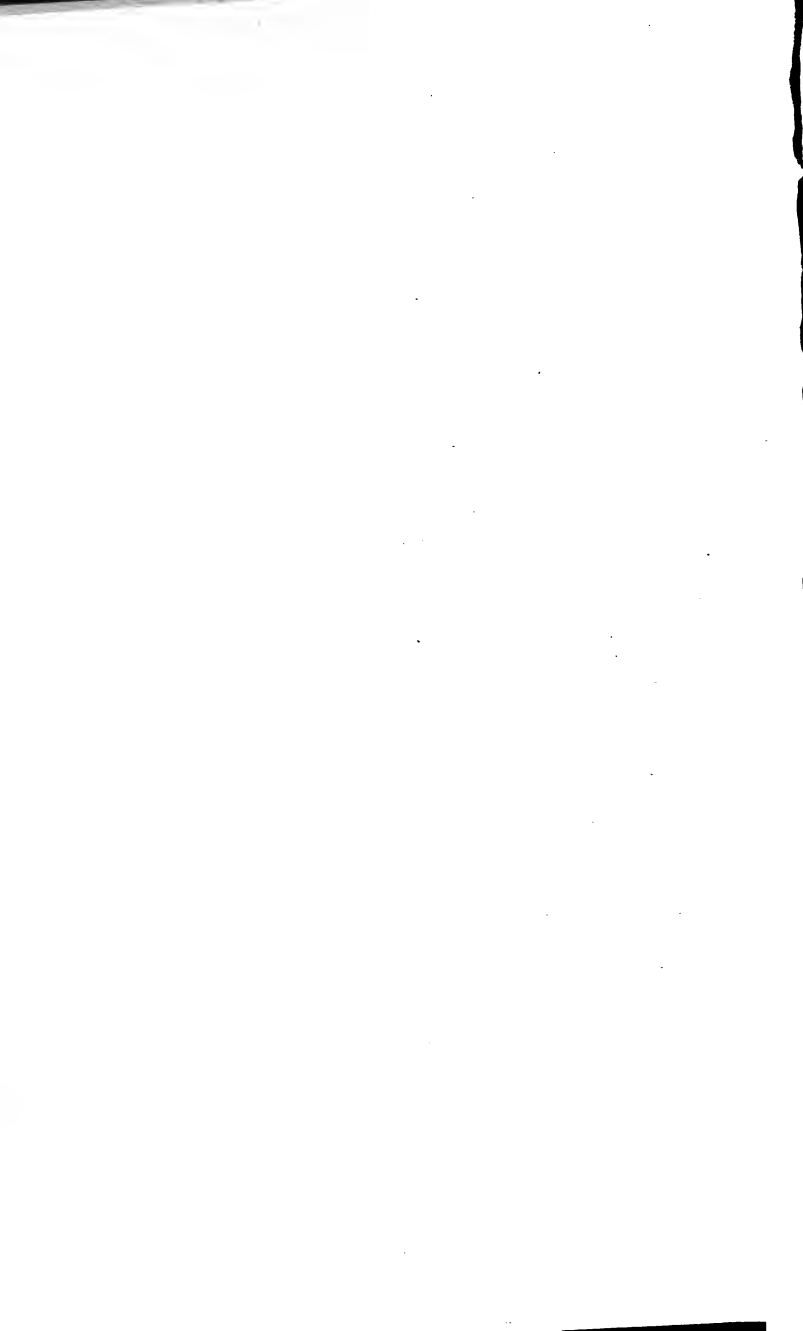
Castrocaro, toscano de origen, había alcanzado el grado de coronel, sirviendo con el conde de la Trinidad contra los Valdenses. En un encuentro había caído prisionero, pero le habían perdonado la vida y lo habían soltado, por consideraciones hacia la Duquesa que los protegía y de quien se decía gentil-hombre. Demostró más tarde que no merecía ese favor; pues lejos de estar agradecido por el beneficio recibido, con la protección y ayuda del arzobispo de Turín, se hizo nombrar gobernador de los Valles, para restablecer en ellos la iglesia católica y avivar las persecuciones.

Ocupó la fortaleza de Torre con una fuerte guarnición y empezó á molestar á los Valdenses, reprochándoles de no observar el tratado de Cavour. Quiso obligar el pastor de Bobbio, Humberto Artus, á que se expatriase so pretexto de que era extranjero; y el de San-Juan por la misma causa tuvo que emigrar al cantón de los Grisones, en Suiza. Hizo prender al pastor de Torre, Gille de los Gilles, acusándolo de haber pactado una alianza con algunos estados contra su príncipe. Gille fué llevado á Turín y sometido, á pesar del favor de que gozaba cerca de la Duquesa, á muchas pruebas por el procurador fiscal Barberi; sin embargo, al fin fué libertado.

Castrocaro hizo edificar el fuerte de Mirabouc, situado más arriba de Bobbio hacia la frontera, y trató de abolir el antiguo derecho que tenían los Valdenses de reunirse en Sínodo; no pudiendo con-



Bobbio Pellice.



seguirlo, asistió á esas asambleas para estorbar las deliberaciones con su presencia.

En 1572 se verificó la matanza de la San-Bartolomé, que llenó de consternación las iglesias reformadas, y que tuvo resonancias en todo el orbe. Castrocara aprovechó la oportunidad para amenazar de exterminio á los Valdenses. « Si perecieron sesenta mil Hugonotes en Francia, exclamaba, ¡ cómo podría subsistir un puñado de herejes! » Atemorizados, los Valdenses empezaron á llevar á sus familias hacia lugares inaccesibles, y á prepararse á la defensa; pero el Duque, al ver los sentimientos de horror que había despertado en toda Europa la carnicería de la San Bartolomé, manifestó á los Valdenses que jamás se entregaría á tales extremos, y que volviesen sin temor á sus hogares, lo que hicieron. Además había intercedido por ellos un representante del Elector Palatino, príncipe protestante de Alemania.

No pudiendo entonces ya molestar abiertamente á los Valdenses, para tener oportunidad de reñirlos, los frailes provocaron debates religiosos con ellos. Un misionero jesuita llamado Vannini, hablando de los pastores decía: « ¡ Que se presenten esos herejes, esos falsos profetas, obreros de iniquidad. Pero no vendrán para no ser avergonzados! » « No es con injurias como se conoce quien tiene razón, contestóle el pastor de San-Juan. Si queréis discutir seriamente conmigo, como conviene entre teólogos, fijad un día y no retrocederé ». La fecha de la primera conferencia fué un Domingo. Vannini, presumiendo que todos los pastores estarían presentes y así abandonarían sus iglesias, se fué al Villar para hablar al pueblo. Pero sucedió lo que no pensaba, pues halló

al pastor. Este no le dejó el campo libre, sino que le dijo: « Me sorprendo de encontraros aquí, mientras debíais estar en San-Juan; permitidme pues que reemplaze á mi colega en la discusión ». El jesuita que rehuía de ella, como se comprende, hizo una señal al jefe que lo acompañaba, el cual la prohibió. En eso llega el pastor de San-Juan que había sabido donde se hallaba su antagonista. Entonces ya no pudo eximirse el misionero, y no salió por cierto lucido en el debate.

Para vengarse de su derrota, mandó secuestrar de noche al hijo del pastor de Torre, Gille de los Gilles. Llevado á Turín en el convento de los jesuitas, fué destinado á las misiones católicas de las Indias Orientales, y desde entonces ya no oyeron sus padres noticias de él. No era el primer rapto de niños valdenses que sucedía, ni fué desgraciadamente el último.

Celebráronse otras conferencias en varias ocasiones, y una entre el pastor Chanforan y un jesuita fue presidida por el mismo conde de Luserna, del cual se cuenta que, siéndole pedido su parecer, contestase: « Si se tratara de estimar un caballo ó una espada, tal vez lo podría dar; pero en estas controversias no entiendo nada ».

De la siguiente manera se estableció la Reforma en Pramollo donde hasta entonces se habían practicado los ritos católicos. Un Domingo de mañana, el pastor de San-Germano, Francisco Guérin, subió á Pramollo y entró en la iglesia á la hora de la misa. « Acabada la cual, narra un fraile, el pastor preguntó al cura: ¿ Habéis dicho la misa? — Sí, contestóle. — ¿ Quid est missa? — El cura no supo responder palabra. El pastor repitió en lengua vulgar,

porque tal vez el pobre cura no entendía el latín: ¿Qué es la misa? — Tampoco contestó. Entonces el pastor subió al púlpito y empezó á predicar contra la misa y contra el papa, y decía entre otras cosas: ¡Oh pobre gente! tenéis aquí á un hombre que no sabe lo que hace; todos los días dice misa y no sabe lo que es. Pronuncia palabras que ni él ni vosotros entendéis. He aquí la Biblia, escuchad la palabra de Dios... Y supo decir tantas charlas que ahora en aquella tierra no hay más ni cura ni misa ». Efectivamente todos se convirtieron al Evangelio y pidieron un pastor, y desde aquel tiempo Pramollo formó parte de la Iglesia Valdense.

Habiendo corrido la voz que un nuevo ejército se adelantaba para anonadar á los Valdenses, éstos pusieron en salvo á sus familias en las montañas; entonces Castrocara comunicó al Duque que levantaban fortificaciones para no obedecer más á su autoridad. Un comisario, enviado sobre los lugares por el Duque, reconoció á la vez la inocencia de los Valdenses y las vejaciones de que eran objeto por parte de su calumniador.

« Castrocara, dice el historiador Gilles, en su castillo no pensaba sino en llevar una vida de placeres. Había engrosado mucho, y era rico. Dejaba cometer, cuando él mismo no los ordenaba, graves delitos y toda clase de excesos. Su hijo Andrés era tan depravado que las mujeres de los alrededores que apreciaban su honor, no se atrevían á salir sino acompañadas. No le importaba que religión seguían los suyos. Sus tres hijas asistían ya al sermón ya á misa. Tenía muchos perros, algunos de tamaño monstruoso, y nadie se atrevía á acercarse al castillo ».

El Duque, informado de la conducta de su go-

bernador, le mandó que bajase á Turín y como no acatase la orden, comisionó al conde de Luserna para reducirlo á la fuerza. Así fué llevado á Turín y encarcelado con su hijo. Sus bienes, producto de la rapiña y de la exacción, fueron confiscados, pasándosele tan sólo una pequeña pensión á su familia. Murió en la cárcel. « El malvado no prosperará en su iniquidad », dice la Sagrada Escritura.

CAP. VI.

Los bandidos y la peste.

(1600-1630).

Manuel Felisberto murió el año 1580, y le sucedió su hijo Carlos Manuel cuyo gobierno duró cincuenta años. Los Valdenses establecidos en la llanura, fuera de los límites señalados en el edicto de Cavour, eran objeto de frecuentes molestias. Querían obligarlos á mudarse en los límites de las parroquias ó á cambiar de religión. Sucedieron casos de rigor extremado: el negociante Bartolomé Coupin de Torre, de regreso de la feria de Asti, fué llevado preso por el solo hecho de no haber disimulado que pertenecía á la Iglesia de los Valles. Sufrió dos años y medio en la cárcel donde vinieron á visitarle su mujer y su hijo Samuel para consolarlo, y allí murió, siendo quemado su cuerpo en la hoguera.

En el año 1600, vino á Torre un cura llamado Braida, que hacía alarde de una gran fuerza corporal y desafiaba públicamente los Valdenses á la lu-

cha, como un nuevo Goliat. Algunos jóvenes mal inspirados, para asustarlo armaron una gran gritería de noche cerca de su casa. El cura huyó á Luserna, pero se vengó de ellos, pues fueron citados ante el tribunal y no habiendo comparecido, fueron desterrados. De allí el nombre de « bandidos » que se les dió, palabra que en italiano significa proscrito. Pronto formaron un grupo numeroso, por haberseles juntado otros jóvenes que huían de la justicia, y para mantenerse en las soledades de las montañas cometieron varios asaltos. Los pastores los censuraban y desaprobaban, y les vedaron la comunión, pero no quisieron someterse. Los Valdenses fueron acusados de protegerlos, y tuvieron que disculparse ante el Duque. Se enviaron á los Valles tropas que con el pretexto de combatir á los bandidos, cometían toda clase de fechorías contra los habitantes pacíficos. Así en Bobbio un día mataron á un joven y trataron de apoderarse del pastor que huyó, deslizándose por una ventana. Llegaron pronto defensores, y el jefe, viéndose rodeado y en peligro, se echó en brazos del capitán Pellenc, buscando amparo y protección en el mismo adversario que más generoso lo dejó ir.

Los Valdenses celebraron después una conferencia con el conde de Luserna y varios gentiles-hombres. En ella hablaron en su representación el pastor Vignaux del Villar, el capitán Frache de Angrogna y Santiago Bounous por el valle de Perosa. Resultó que no había faltado entre los perseguidores quien provocase á los bandidos. Lo dijo abiertamente el capitán Frache, no pensando sin duda que él mismo suministraría en su persona una prueba de cuanto acababa de afirmar. Efectivamente seis meses después

hallándose en Luserna, fué capturado sin motivo y muerto. Se observó además en dicha conferencia que los bandidos eran acusados de muchos delitos cometidos por malhechores católicos, y que la mayoría había sido antes gente honesta y pacífica, impelida al mal por la violencia de sus perseguidores. El grupo de los bandidos fué disolviéndose poco á poco y desapareció, mientras que las provocaciones, las multas y otras molestias duraron todavía largo tiempo.

Entretanto la carestía de víveres empezaba á sentirse en los Valles á causa de las continuas guerras. Los frailes se valieron de la oportunidad para introducirse como misioneros, y ver si con el auxilio del hambre y de la escasez podían inducir alguno á convertirse, pues prometían la abundancia á quien se adhiriese al catolicismo. En algunas partes los toleraron, pero en otras los obligaron á que se retirasen. En Rorá, como las leyes prohibían á los hombres de tocarlos, algunas mujeres acostumbradas á llevar grandes pesos cargaron á los frailes sobre sus hombros, mientras otras llevaban sus muebles, y fueron á depositarlos fuera de los límites. No volvieron más.

En el año 1613, el Duque requirió los servicios de las milicias Valdenses para la guerra del Monferrato. Se portaron tan valerosamente que conquistaron la estima de sus jefes, mereciendo los elogios de su soberano. Se habían reservado la facultad de reunirse de mañana y de tarde para el culto en cualquier parte en que se encontrasen.

Pero un azote más fiero que las persecuciones se aproximaba. Era el año 1630. La peste ya había asolado á Europa entera, cuando fué importada por los ejércitos franceses en guerra con el Duque de Sa-



Templo de Clos y Villasecca.



boya. Se desarrolló primeramente en San Germano, y luego de allí se propagó pronto. Los pastores se reunieron en Pramollo para proveer á las necesidades más urgentes, y una segunda vez en Angrogna. Después no se vieron más.

Cuatro de ellos sucumbieron en el mes de Julio. La predicación ya no pudo celebrarse en los templos; se efectuaba al aire libre. El contagio aumento en violencia, y en el mes de Agosto murieron siete pastores más, casi todos en la flor de la edad. Los sobrevivientes se reunieron sobre la Vachère para deliberar. Resolvieron que el pastor de Bobbio acompañase hasta Ginebra á Samuel Gilles, segundo hijo de Pedro el historiador, que era pastor de Torre. Pero murieron los dos en breve espacio, antes de llegar al término del viaje. Ya no quedaban sino tres pastores, uno para cada valle: en el de San-Martin, Valerio Gros; en el de Perosa, Juan Bartolomé; y Pedro Gilles en el de Luserna. Celebraron una asamblea en Angrogna, á la cual asistieron veinte y cinco delegados de los Valles, y determinaron pedir á los correligionarios del Delfinato y de Ginebra el envío de nuevos pastores. También escribieron á Antonio Leger, pastor de la embajada de los Países-Bajos en Constantinopla, para que volviese. Pronto regresó de Ginebra el mensajero enviado, con el pastor Brunet, y traían la noticia de que otros vendrían en la primavera. Entretanto Juan Bartolomé que había pasado á desempeñar el pastorado en San-Juan, habiendo prolongado una entrevista con Gilles hasta una hora muy avanzada, al salir de ella, fué acometido por la fiebre y al tercer día expiró. El historiador Gilles, testigo presencial de estos hechos, dice que más de diez mil Valdenses murieron víctimas de

la peste. Muchas familias desaparecieron enteramente. Los enfermos no tenían quien los cuidase, y se pretendían salarios exorbitantes. Un cirujano pidió cincuenta florines de oro por una sangría, y otro cinco francos para decir al través de una ventana á un enfermo como debía aplicarse ventosas; y aun con dinero era difícil hallar quien prestase algún servicio. Todos los médicos y los farmacéuticos habían muerto, y casi de los primeros, excepto Vicente Goss. Los campos eran abandonados; no había quien segase y recogiese la mies. Los caminos estaban sembrados de cadáveres de hombres y de animales, y no se podía transitar sin grave peligro de la vida.

El héroe de este triste episodio fué el pastor é historiador Pedro Gilles. Tenía entonces cerca de sesenta años, y vió á sus cuatro hijos, ya hombres, sucumbir uno después de otro; pero él no se desanimó, aunque con la muerte de los otros pastores hubiese aumentado su responsabilidad y trabajo. Dios le concedió la fuerza de llevar una carga tan pesada. Iba en todas las parroquias, predicando dos veces por Domingo y á lo menos una cada día de la semana. Consolaba á los afligidos sin temer la muerte que todos sus colegas, uno exceptuado, habían hallado en el cumplimiento de sus deberes. Su abnegación fué verdaderamente más grande que el peligro, por eso Dios lo conservó á su iglesia en medio de los estragos de esa epidemia.

Los Valdenses llamaron pastores suizos y franceses, y desde entonces fué empleada en la predicación y en la escuela la lengua francesa, la cual aun hoy es hablada generalmente entre los Valdenses ó á lo menos comprendida. Los nuevos pastores ya no fueron llamados « barbas ».

Introdujeron en la celebración del culto los rituales de las iglesias reformadas, y verificaron algunos cambios en la manera de administrar el bautismo y la comunión ó Santa-Cena.

CAP. VII.

Los frailes.

(1630-1650).

El duque Amadeo I heredó el trono de Carlos Manuel que había muerto el año de la peste.

Por la paz firmada entre el Piamonte y Francia, fuéle cedida á ésta la ciudad de Pinerolo y el valle del Clusón que en épocas anteriores ya le habían pertenecido.

Cuando Amadeo subió al trono, los Valdenses le enviaron una embajada para obtener la ratificación de los antiguos tratados. Prometió que se ocuparía de la cuestión de los límites, y al despedirse de los delegados les dijo: « Sedme súbditos fieles y os seré buen príncipe ».

Los frailes, enemigos acérrimos de los Valdenses, al conocer la buena acogida que éstos habían recibido del Duque, redoblaron de actividad y según su costumbre, los acusaron de varios delitos y de haber faltado á los decretos anteriores.

Los jesuitas habían fijado su residencia en Luserna. Su jefe que se llamaba Rorengo, se distinguió mucho en las controversias sostenidas con los pastores. Escribió también una historia de los Valdenses adversa á éstos. En 1630 había comprado una casa

en Torre, para destinarla á convento. Estableció en ella frailes de la orden de los « mínimos », que fueron los más celosos y ardientes misioneros que la iglesia romana pudiera desear.

En seguida desplegaron gran actividad y celo para la conversión de los herejes, ya con debates públicos, ya suscitando escándalos para perjudicarlos, ya atrayendo con caricias y golosinas á los niños que desaparecían después, sin que se supiera nunca más de sus noticias.

Los frailes eran protegidos por personas poderosas que residían en Turín y que hacían llegar á los oídos del Duque los informes más injustos y culpables respecto á los Valdenses. Esas personas formaron poco á poco una sociedad muy rica, fuerte y bien organizada, la cual tomó el nombre de: « Congregatio de propaganda fide et extirpandis haereticis », eso es « Congregación para propagar la fe y extirpar á los herejes ».

Tuvo lugar por este tiempo un cambio muy activo de escritos polémicos entre los pastores y los frailes. Uno de éstos dijo después de una conferencia que no quería más discutir con los Valdenses, porque se hacían un papa de la Biblia. Los ánimos se exasperaban. El pastor de San-Juan, Antonio Leger, tuvo que emigrar á Ginebra, porque su vida corría gran riesgo; en efecto ya le habían tendido una emboscada para agarrarlo vivo ó muerto, y había escapado gracias á la protección de los suyos que habían acudido en su defensa.

Hemos hablado ya del historiador Gilles. Debemos agregar que la idea de una historia Valdense no era nueva. Varios pastores, entre ellos Perrin, habían sido encargados de escribirla, pero como sus obras

eran deficientes, en el Sínodo de Pramollo Gilles fué designado para redactar una más completa y detallada. Se hablaba todavía el italiano en los Valles, cuando la principió, pero después de la peste habiendo prevalecido el francés por las causas enunciadas, tuvo que escribirla en este idioma. Su narración es exacta, simple, moderada; aunque algo difusa, respondió á las esperanzas del pueblo valdense. A los dos años de publicada, recibió del papa un bautismo envidiable, la excomunión.

La historia de Gilles coronó dignamente la carrera de un hombre en quien no se sabe qué admirar más, si el pastor que expone su vida por sus hermanos ó el maestro que defiende la fe contra los ataques de los adversarios.

Revistió también el cargo de Moderador de las Iglesias Valdenses, y murió á una edad muy avanzada.

Este período de la historia Valdense se distingue por numerosos episodios testigos de la maldad con que procedía el clero. Las cárceles no se abrían solamente para los Valdenses, sino también para los piemonteses y los forasteros que habían incurrido en las iras de Roma, por haber abrazado las doctrinas de la Reforma. De los presos, unos eran destinados á las hogueras, otros á languidecer en las entrañas de la tierra, hasta extinguirse. Los calabozos se hallaban puestos los unos encima de los otros; en los más oscuros y profundos dejaban á los presos morir de hambre; en otros por medio de paredes movedizas los apretaban lentamente hasta aplastarlos; algunas veces también sucumbían al veneno ó á la enfermedad.

Los que perecían por manos del verdugo eran los

más felices, porque sus sufrimientos eran acertados. Los que recobraban su libertad por influencias de amigos ó por rescate, difícilmente sobrevivían mucho tiempo, porque habían contraído en los calabozos los gérmenes de alguna enfermedad que los llevaba al sepulcro. A veces los medios eran más expeditos: así un Godin de Roccapiatta fué preso en San-Se-gundo y ahorcado de un árbol allí mismo. Dos hombres del Villar que habían desaparecido durante la estadía de un ejército en Torre, fueron hallados después muertos debajo de un montón de estiércol; llevaban en su cuerpo las señales de las torturas á que habían sido sometidos antes de ser ultimados. Otros eran condenados á remar en las galeras toda la vida.

Así tanto en las montañas como en las cárceles, en las hogueras ó sobre el mar, doquiera han tenido sus mártires los Valdenses. ¡Cuántos habrán muerto ignorados, sin que los recuerde la historia! Pero, ¡qué importa, si su nombre está escrito en el libro de la vida!

CAP. VIII.

Las pascuas piamontesas.

(1655).

Se da el nombre de « pascuas piamontesas » á la horrible matanza, la San-Bartolomé de los Valdenses, efectuada en la semana santa del año 1655.

Reinaba Carlos Manuel II, pero gobernaba como regente la viuda de Amadeo I, María Cristina.

Entre los hombres más activos é influyentes de la sociedad que buscaba extirpar la herejía, porque su primer fin la propagación de la fe no daba resultados, se distinguía el marqués de Pianezza. La marquesa también desplegabá celo extraordinario para arbitrar recursos con el objeto de comprar abjuraciones. A su muerte hizo prometer al marqués que emplearía todos los medios á su alcance, hasta la fuerza, para la conversión de los Valdenses. No le faltaron pretextos para cumplir esa promesa, como veremos más adelante.

La reina regente había prohibido á los Valdenses de establecerse fuera de los límites ó arrendar tierras, so pena de la confiscación de sus bienes. Había corrido la voz que la señora del pastor Monget del Villar, había cooperado en el incendio de un convento, y que el cura de Fenile había sido asesinado á instigación de los Valdenses, sobretodo del pastor Juan Leger, el historiador, que había sucedido á su tío Antonio, desterrado á Ginebra. No eran sino rumores, y se probó su falsedad, especialmente del que se refería á Leger. Sin embargo ya habían sido hábilmente explotados por los frailes que obtuvieron la promulgación de un edicto prohibiendo el culto público en la aldea de los Malanots en San-Juan. El encargo de hacerlo cumplir fué cometido á un delegado de nombre Gastaldo. Las garantías de que gozaban los Valdenses fueron suspendidas, hasta que hubiesen demolido los once templos que poseían fuera de los límites, despedido á los pastores extranjeros y consentido la celebración del culto católico en todas las parroquias.

Las pretensiones del clero eran cada día mayores; fué emanado un edicto muy violento que re-

stringía los límites antiguos. Por él se intimaba á todos los Valdenses radicados en la llanura de volver á los Valles en el término de tres días, bajo pena de la vida; y de vender sus bienes en el espacio de quince días, si no querían verlos confiscados. Las parroquias enteramente protestantes de Bobbio, Villar, Angrogna y Rorá, tuvieron que albergar frailes capuchinos en su seno y mantenerlos, mientras que se imponía una multa de mil escudos de oro á la parroquia que hubiese admitido á un protestante extranjero.

Gastaldo no se mostró intransigente en el cumplimiento de la ley; sin embargo, por el empeño de los clericales el edicto fué renovado. Los Valdenses enviaron en seguida una súplica al soberano. Los delegados esperaban en Turín el día designado para la audiencia, y Pianezza debía introducirlos. Pero el día anterior, al anochecer, el marqués abandonó la ciudad y fué á unirse al ejército que lo esperaba, en marcha ya hacia los Valles.

Al día siguiente ó sea el 16 de Abril 1655, cuando los delegados fueron á su palacio á esperarlo, sin sospechar nada porque eran francos y leales, el marqués en quien el jesuitismo había borrado hasta las huellas de la nobleza de la sangre y del honor militar, se hallaba pronto á franquear las puertas de los Valles.

El 17 de Abril envió un mensajero á Torre, ordenando á los Valdenses de preparar alojamiento para sus tropas. Como respondiesen que les era imposible, por tratarse de un ejército muy numeroso, atacó á los habitantes. Se defendieron denodadamente detrás de barricadas levantadas de improviso, pero, siendo tomados de retaguardia, no pudieron resistir

mucho tiempo y tuvieron que retirarse. Así la soldatesca entró en Torre é inauguró la semana santa gritando: « ¡ Viva la santa iglesia y abajo los barbets! » Barbet, derivado de barba, era un término desprecia-tivo con que los católicos designaban á los Valdenses.

El Domingo de ramos, en seguida después de misa, los soldados salieron á dar caza á los herejes, acechando y matando á los que encontraban.

De noche llegaron nuevas tropas, y el Lunes, según refiere Leger, se hallaban reunidos cerca de quince mil hombres. Libraron varios ataques á los Valdenses atrincherados en defensas naturales y fueron rechazados. Así la campaña preludiaba con una victoria para los Valdenses.

Pianezza viendo que no sería fácil vencer, se valió de la astucia y del engaño. Invita á los principales de entre los Valdenses, les expone sus dificultades para mantener la disciplina en un ejército tan numeroso, y acaba por pedirles que admitan en cada parroquia algún destacamento. Les garantiza que respetarán las vidas y las propiedades. Los Valdenses deseosos de mostrar al soberano su buena voluntad y su obediencia, ceden á las lisonjas del marqués, á pesar de las protestas enérgicas de Leger y Janavel que los exhortan á no fiarse de aquellos que creen que se puede faltar á la palabra dada á los herejes.

Así los soldados se instalan en todas las aldeas, se apoderan de todos los puntos estratégicos, lo invaden todo, y no esperan sino la señal para entregarse á la matanza de los inermes y confiados Valdenses.

CAP. IX.

La matanza.

(1655).

Ya al tomar posesión de los lugares que les habían sido designados, las tropas habían cometido algún exceso, despertando la desconfianza; así que cuando en la mañana del Sábado santo, 24 de Abril 1655, antes del aclarar, se oyeron las campanas del castillo de Torre, muchos comprendieron lo que iba á suceder. Aquélla era la señal convenida para emprender la matanza. Los soldados se habían levantado temprano, prontos al degüello, y se lanzaron á la obra como hienas sedientas.

Este luctuoso acontecimiento es sin duda de los más horribles que hayan sobrevenido á los Valdeses, si bien causaron más muertes los estragos de Provenza y de Calabria que borraron de aquellos parajes hasta el nombre de Valdense. ¿Cómo dar una idea siquiera de los nefandos crímenes que se cometieron? Sería necesario ver el país de un solo golpe de vista, penetrar en cada casa, asistir á los suplicios, distinguir en esa inmensa congoja el grito de dolor de cada ser inmolado.

« Arrancaban, dice Leger, á las criaturas de los brazos maternos y las estrellaban contra las rocas; después las tiraban al muladar. Los enfermos y los ancianos, ya hombres ó mujeres, eran quemados en sus casas ó mutilados y expuestos á los rayos solares ó al fuego, para aumentar los sufrimientos. A otros

los amarraban desnudos con la cabeza entre las piernas en forma de pelota, y luego los hacían rodar en los precipicios. Algunos con los miembros rotos y las carnes laceradas, se hallaban aún con vida, después de dos días de tormentos atroces. A las mujeres, después de ultrajarlas, las clavaban sobre postes en las encrucijadas de las calles, ó las enterraban vivas. Al degüello seguía el rapto de los niños extraviados en los bosques ó arrancados á los últimos restos de sus familias, para ser remitidos á los monasterios ó á las casas de sus verdugos. Tal es el cuadro horroroso que presentaban los Valles. Y no se diga, añade el mismo historiador, que yo haya exagerado á causa de las persecuciones personales que he sufrido. Yo mismo me trasladé de parroquia en parroquia, para recoger de los sobrevivientes testimonios auténticos, que eran legalizados por dos escribanos que me acompañaban. Aquí el padre había visto á sus hijos desgarrados y partidos por la mitad con la espada, allí la madre había presenciado la profanación de la hija, allá el hermano atestiguaba haber visto llenar de pólvora la boca del hermano, y después prenderle fuego y estallar en múltiples pedazos. ¿Qué diré? Dios mío, la pluma se me cae de la mano. Los cadáveres tirados, los cuerpos descuartizados, sin brazos, sin piernas, con los ojos ó las uñas arraucadas; otros atados á los árboles con el pecho abierto, sin entrañas ó sin pulmones y corazón. Aquí cuerpos de mujeres despedazados, allá sepulcros con la tierra recién removida, de la cual parecían aún emanar los quejidos lastimeros de las desdichadas víctimas: en todas partes duelo, espanto, desolación y muerte. He ahí lo que puedo decir.» Y el historiador agrega una

larga serie de declaraciones legalizadas, mencionando detalladamente y hasta con profusión los suplicios presenciados por testigos, y el nombre de las víctimas junto con el de los victimarios.

Algunos escritores exageraron la matanza, otros especialmente sus autores y cómplices trataron de aminorarla, y hasta algunos la negaron.

Se enviaron informes de lo sucedido, agregando muchos pormenores, al protector Cromwell, á los Estados Generales de Holanda y á los de Suiza. Leger fué á París, y de allí lanzó un manifiesto á las naciones protestantes, denunciando los crímenes cometidos contra los Valdenses. Por primera vez también se publicó su confesión de fe redactada por el mismo Leger, que tomó por base una confesión galicana.

A la nueva de las « pascuas de sangre » Europa entera se conmovió. Cromwell fijó un día de ayuno nacional, inició con generoso ejemplo una suscripción popular, é incitó los príncipes protestantes á acudir en auxilio de los hermanos perseguidos. Cuando se considera que quien escribía en favor de los Valdenses era el célebre Milton, nadie extrañará que los resultados fuesen más lisonjeros de lo que se esperaba.

Hasta los príncipes católicos se avergonzaron de tantas crueldades, y el mismo Luis XIV que revocó el edicto de Nantes, tuvo palabras de desaprobación para lo sucedido. No hay que sorprenderse, si el gobierno del Duque experimentó vergüenza ó ira, al ser objeto de tanta indignación, y trató de disculparse.

Por otra parte el marqués de Pianezza había confesado que no había podido sobreponerse al celo

feroz de sus soldados, entre los cuales había no sólo bandidos del Piamonte, sino irlandeses fanáticos que sin duda quisieron vengarse de Cromwell que los había expulsado de su país, matando á los Valdenses que él protegía.

Pra-del-Torno, la fortaleza invencible, había sido tomado, porque los Valdenses no habían tenido tiempo de atrincherarse como en tiempos anteriores así que el único asilo que les quedaba era el valle de Perosa que estaba bajo el dominio francés. Muchos se refugiaron allí.

Cada parroquia del valle de Luserna tuvo sus mártires. Recordamos entre ellos á Juan Comba de Torre, Michelin de Bobbio, los hermanos Prin del Villar que fueron descuartizados vivos, y otros cuyos nombres son frecuentes entre los Valdenses, como: Bertin, Odiu, Revel, Rostagnol, Parisa, Gonnin, Ricca, Malanot, Charbonnier, Gay, Mourglia, Malan, Albarin, sin hablar de los niños secuestrados, que nunca más volvieron á pisar los lugares donde habían nacido. También se produjeron numerosas abjuraciones debidas en su mayor parte al miedo ó á los tormentos. Tal es, someramente esbozado, el relato de la persecución llamada « pascuas de sangre » ó « pascuas piamontesas ».

CAP. X.

Janavel.

(1655).

El pueblo Valdense hubiera sido enteramente destruido por el numeroso ejército de Pianezza, si los hombres válidos no se hubiesen congregado para re-

sistir con la fuerza y proteger á sus familias. Entre todos los jefes descuella enérgico é intrépido el capitán Josué Janavel que gozó de merecida fama por sus brillantes hazañas. Pareció que con él renacieran los tiempos de los jueces de Israel.

El día de la gran matanza de los Valdenses, Janavel que habitaba en la aldea de las Viñas de Luserna, viendo que un ejército subía hacia Rorá, juntóse con seis hombres arrojados como él y se trasladó al desfiladero de Rumé, por donde forzosamente tenía que pasar el enemigo, el cual se juzgaba seguro y creía tomar la aldea de improviso. Apenas se hallan las tropas entre las paredes de las rocas, Janavel y sus compañeros apuntan y descargan sus armas; seis hombres ruedan al suelo para no levantarse más. Los otros, creyendo que se trata de una emboscada muy numerosa, retroceden. Los Valdenses escondidos detrás de las rocas con sus disparos certeros causan muchas bajas; la vanguardia se retira y empuja el grueso del ejército que se desbanda; así el batallón entero es obligado á huir. Janavel corre á Rorá y comunica á los habitantes el peligro que los ha amenazado. Ignorando la matanza que se comete en las otras parroquias en esos momentos, van á quejarse al marqués de Pianezza del ataque dirigido contra ellos. « Si han querido atacaros no es por mi orden, les contesta el marqués; ¡ jamás mis tropas cometerían semejantes atropellos! »

Entretanto al día siguiente otro batallón es enviado á Rorá por el paraje llamado Casulet. Esta vez Janavel tenía con él diez y siete hombres, de los cuales doce solamente llevaban escopeta; los demás estaban armados de hondas y cayados. Su número es reducido, pero bajo la dirección del experto capitán

valen cuanto un ejército. Los dispone en tres grupos de seis hombres cada uno: cuatro con fusil y dos de honda. Ya de antemano conoce el lugar que deberán ocupar: es un angosto pasaje donde apenas diez hombres pueden maniobrar, y él posee casi el doble. Cuando el batallón llega al alcance de las armas, suena una descarga repentina, y un oficial y diez soldados caen muertos. Las piedras y las balas producen en las filas desconcierto que pronto se trueca en confusión. « ¡ Sálvese quien pueda! » exclama alguien acobardado. Esto es suficiente para que todos huyan al que más, perseguidos por Janavel y sus hombres que pelean con denuedo y causan más bajas al enemigo en su fuga que cuando presentaba el frente.

Treinta años después, Janavel proscrito escribía: « Eramos pocos, algunos armados tan sólo de honda, y sin embargo vencimos, porque la honda manejada con destreza, presta singular ventaja á los infantes ».

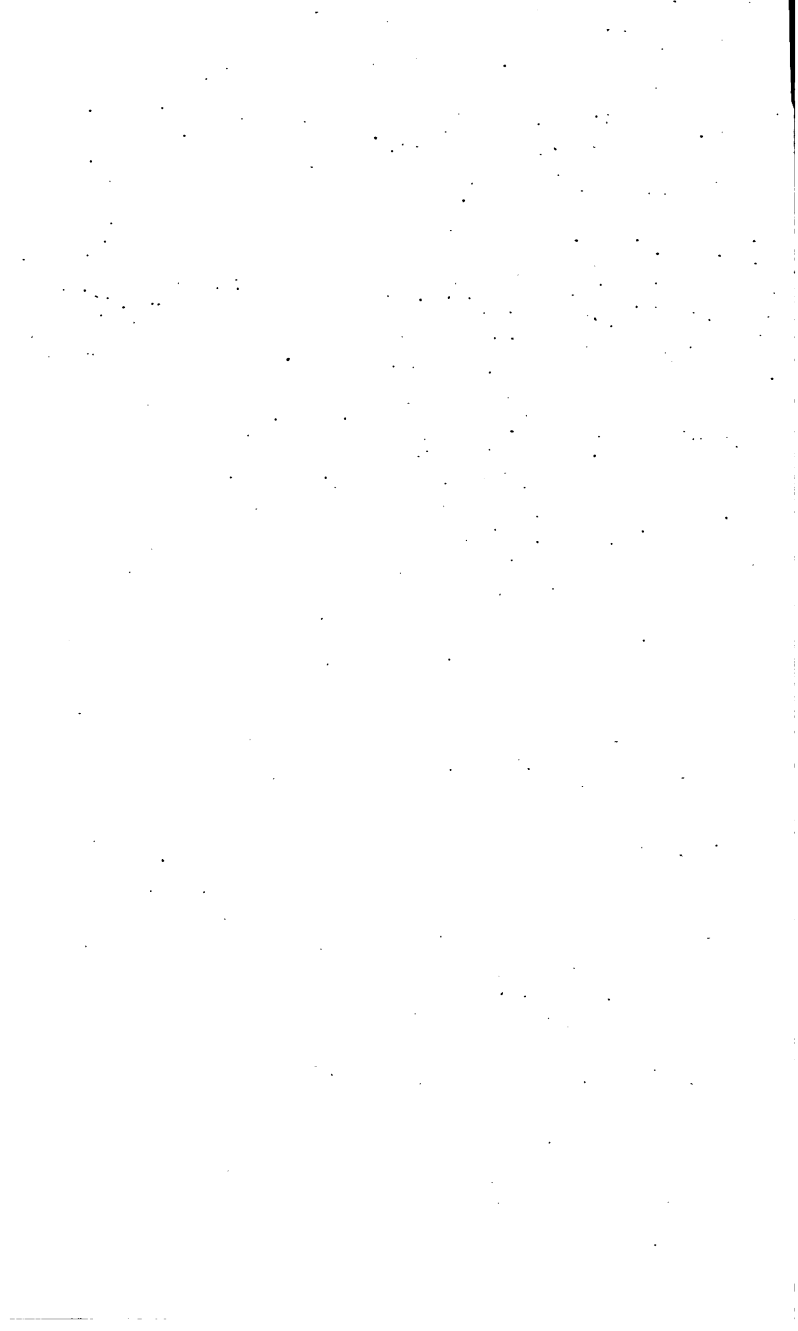
Al otro día una fuerza mucho más numerosa se adelanta hacia Rorá, apoderándose de todos los senderos, ocupando todas las posiciones ventajosas é incendiando las casas, después de saqueadas. Janavel con sus hombres contempla de lejos la devastación y ruina, pero no se atreve á acercarse á causa del gran número de enemigos. Sin embargo, cuando los ve embarazados por el botín que llevan, se arrodilla, dirige una ardiente súplica al Dios de los ejércitos, y va á situarse en un puesto estratégico, llamado Ramassé, á la espera del enemigo. Cuando éste llega, lo sorprende una descarga á quemaropa. Ignorando el número de sus asaltantes y temiendo perder el abundante fruto del saqueo, retrocede y se dirige

hacia el Villar. Los Valdenses, más prácticos del terreno y conocedores de todas las sendas, escogen el camino más breve y cortan la retirada al enemigo. Este, ante un adversario que parece multiplicarse, se da á la fuga, mientras los Valdenses desprenden grandes piedras que ruedan como avalanchas, aplastando á los soldados y obligándolos á desbandarse. Si bien la mayor parte del ejército llega al Villar, tuvo que abandonar el botín por el camino. Los Valdenses vuelven á recuperar sus bienes, sin haber experimentado ninguna baja. En Pian-prá Janavel y su hueste hacen alto, se arrodillan y dan gracias á Dios que los ha protegido y amparado.

El marqués de Pianezza lleno de ira, llama á nuevas tropas y se dispone á librar un ataque general. Un miembro de la « propaganda », el capitán Mario de Bagnolo, quiere conquistar laureles y cubrirse de gloria, destruyendo ese « puñado de aventureros »: así designa á Janavel y á su heroica escolta. Sale con tres compañías de tropas regulares, otra de voluntarios y bandidos piemonteses, y una quinta de Irlandeses expulsados de su patria por Cromwell, á causa de las matanzas cometidas por ellos contra los protestantes de esa isla. Para estimular su celo si fuere preciso, se les ha prometido las tierras de los Valdenses que podrán ocupar una vez desalojados sus legítimos poseedores. Janavel espera al enemigo en el desfiladero ya citado de Rumé, pero como una parte de las tropas amenaza atajarle el paso, se retira prontamente hacia las alturas, abriéndose paso al través de las filas enemigas. La pelea dura largo tiempo, hasta que el conde de Bagnolo viendo lo inútil de sus esfuerzos, toma el camino de la bajada. Los Valdenses quieren per-



Templo de San Giovanni.



seguirlo, pero Janavel no se lo permite, porque tiene otro plan. Bajo su guía van á situarse en un paraje muy angosto llamado Peira-Capella. La tropa de Mario tranquilizada, ya empieza á tomar aliento, cuando en el momento menos pensado los emboscados le descargan un fuego muy nutrido, despeñan grandes piedras, y producen confusión y espanto en sus filas. Unos caen en los precipicios, otros se ahogan en los torrentes, y la mayor parte sucumbe al plomo y al hierro de los intrépidos asaltantes. El capitán Mario es sacado de una laguna con gran trabajo y llevado sin sombrero, sin saco y sin calzado á Luserna, donde murió de las consecuencias pocos días después.

Entonces el marqués de Pianezza manda diez mil soldados contra Rorá, aldea defendida tan sólo por una simple compañía. Los divide en tres grupos, y cada uno se encamina al asalto por dirección diferente. Así, mientras Janavel resiste al que invade por el lado del Villar, los otros dos toman á Rorá, lo incendian y destruyen, y llevan prisioneros á todos sus habitantes. Al ver que todo está perdido, Janavel se retira hacia las alturas.

Al día siguiente recibe del marqués una esquila así concebida: « Al capitán Janavel. Vuestra mujer y vuestras hijas están en mi poder. Si queréis salvarlas abjurad vuestros errores. Si persistís en ellos, ofreceré por vuestra cabeza una suma tan considerable que no tardaréis en caer en mis manos, muerto ó vivo; si vivo, os esperan los tormentos más crueles ». Janavel contesta: « Prefiero todos los tormentos más bien que olvidar mi fe; vuestras amenazas me fortalecen en ella. En cuanto á mi mujer y á mis hijas, por más que me sean preciosas, Dios es el dueño de sus vidas, y salvará sus almas si quemáis sus

cuerpos ». Aun le queda un hijo muy joven que había entregado á un pariente residente en el Villar. Temiendo que le sobrevenga también alguna desgracia, el desdichado padre lo toma consigo, lo lleva al través de las nieves al otro lado de los Alpes, baja en el Delfinato y lo deja allí. Disfruta de algún descanso y lo aprovecha para reorganizar su pequeña escolta, aumentándola con algunas personas que espontáneamente quieren acompañarle. Luego, confiado en Dios, cruza de nuevo los Alpes, vuelve á los Valles, y se pone en campaña más fuerte, más temido y más intrépido que nunca.

CAP. XI.

Jahier.

(1655).

En este tiempo comenzó á hablarse de un capitán valdense, oriundo de Pramollo, llamado Jahier, que se había refugiado en el valle de Perosa, posesión de Francia, durante las matanzas de Pascua. Oyendo narrar las hazañas de Janavel, resolvió incorporársele con un gran número de correligionarios. Organizó una pequeña compañía, y restableció en sus bienes á los habitantes de Angrogna y Pramollo. Janavel de su lado no quedaba inactivo. Había tentado apoderarse de Lusernetta, aldea cercana á Luserna, pero los habitantes habiendo tocado á rebato, acudieron tropas en número tan considerable que se vió en la necesidad de desistir de su plan. En la retirada el atrevido capitán fué herido en una pierna por una

bala que no pudo ser extraída, y que guardó toda la vida en su carne. Esto no le impidió sin embargo de seguir en sus correrías con las cuales infundía miedo en las poblaciones de la llanura. Cada aldea quería tener una guarnición para su defensa. Tropas irlandesas fueron acantonadas en Bibiana, pero cometieron tantos excesos que los mismos habitantes á quienes debían amparar, tomaron las armas para echarlas.

Jahier escribió á Janavel, proponiéndole una cita en Angrogna, para reunirse á él, lo que fué llevado á cabo el 27 de Mayo, sobre la Vachère. Los dos jefes con sus fuerzas reunidas, se hacían más temibles y más poderosos en sus expediciones.

La primera empresa que acometieron juntos, fué dirigida contra la aldea de Garzillana. Pero lo mismo que en Lusernetta, al llamado de las campanas acudieron muchas tropas, y los Valdenses tuvieron que retirarse, llevando solamente algún ganado menor y seis yuntas de bueyes.

Al día siguiente, sintiendo la necesidad de señalarse con algún hecho atrevido, para salvar la situación, asaltaron el pueblo de San-Segundo y lo tomaron. Para protegerse del fuego enemigo, los Valdenses rodaban delante de ellos barricas llenas de pasto seco, y se aproximaron á los muros de la ciudad, desde los cuales llovían las balas, pero sin causarles daño. Llegados al pié de los baluartes, prendieron fuego á grandes montones de sarmientos y otras ramas secas. Una densa humareda escondía á los asaltantes; así pudieron derribar una puerta y penetrar en la aldea, de donde llevaron una gran cantidad de botín. Un regimiento irlandés de setecientas plazas fué sorprendido en el cuartel y pasado á cuchillo. Los habitantes indefensos fueron perdonados, y algunos fueron

retenidos como prisioneros; después la aldea fué incendiada. Era la guerra de represellas, sólo explicable por la necesidad en que se hallaban los Valdenses de infundir respeto mediante la fuerza, ya que de nada habían servido las razones cuando habían querido valerse de ellas. En pocos días llegaron á ser temidos, y la toma de San-Segundo equivalía á una victoria, pues habían sucumbido más de mil enemigos, mientras que los Valdenses habían experimentado tan sólo la pérdida de siete hombres.

La noticia cundió pronto entre las poblaciones del llano, y el terror inspirado por Janavel y Jahier se extendió á todas las aldeas vecinas. Para socorrerse mutuamente convinieron de una señal que transmitirían desde las torres, cuando se aproximase el peligro.

El marqués de Pianezza había tratado, pero en valde, de apoderarse de los principales jefes, y había puesto á precio sus cabezas. Sin embargo, la esforzada legión se aumentaba cada día con la llegada de nuevos voluntarios. El 2 de Junio formaba cuatro compañías. Celebraron un pequeño consejo de guerra en el cual deliberaron llevar el ataque á Bricherasio. Las cuatro compañías se pusieron en marcha por distintos caminos, pero á la señal convenida acudieron las guarniciones vecinas con tal rapidez que no se consiguió nada. Jahier retrocedió entonces hacia las colinas de San-Juan donde estaba Janavel, y allí embistieron con tanta violencia al enemigo que le causaron ciento cincuenta bajas, mientras los Valdenses perdieron solamente un hombre.

El Villar era la única aldea de los Valles que no hubiese sido incendiada, porque muchos de sus moradores habían cambiado de religión. Janavel les

mandó decir que viniesen á unirse á él, si no querían ser tenidos como traidores y apóstatas. Ya por miedo ó por patriotismo, muchos se juntaron á Janavel y Jahier, quienes trataron entonces de reconquistar á Torre, lo que no lograron, aunque el enemigo sufrió una pérdida de más de trescientos hombres.

El número de los defensores Valdenses sumaba á más de seiscientos. Establecieron su cuartel general en el paraje llamado Verné, sobre las colinas de Angrogna. Para proveer al sustento de tanta gente y abastecerse de víveres, había que poner á contribución los enemigos. Con ese fin Jahier y cuatrocientos hombres se dirigieron hacia Crissolo, y se apoderaron de esa aldea cuyos habitantes huyeron casi todos. Los Valdenses llevaron así sin resistencia, cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y seiscientas ovejas que fueron repartidas ó vendidas en provecho común.

Entretanto el marqués de Pianezza habiendo aliado un gran ejército, resolvió atacar á los Valdenses en Angrogna, lo que efectuó marchando en cuatro columnas con las cuales llegó á encerrar sobre una colina á Janavel y á su gente. De un lado había horrendo precipicio, del otro un ejército numerosísimo. Janavel se defendió durante cinco horas, luego viendo que el cansancio se apodera de sus tropas, las hace formar, y como una avalancha de lanzas, espadas y balas, se precipitan sobre el enemigo, desconcertándolo y produciendo la confusión en sus filas. Las tropas se desbandan pronto y se entregan á la huida. Los Valdenses las persiguen y matan quinientos hombres.

Apenas Janavel está de vuelta al campamento, llega Jahier. Viendo que el enemigo está desorgani-

zado y disperso en el llano, bajan los dos con sus tropas por las partes boscosas, para no ser vistos, y caen como el rayo sobre el enemigo, destrozándolo nuevamente. Los Valdenses mataron más de cien hombres, pero poco faltó que no pereciese Janavel, una bala habiéndole atravesado el cuerpo. Su boca se llenó de sangre, se desmayó y todos creían que iba á morir. Entregó el mando á Jahier y fué trasladado á Pinasca, tierra de Francia. Después de seis semanas de sufrimientos, empezó á recobrar nuevas fuerzas y su cura fué asegurada.

Había aconsejado á Jahier de no emprender más nada ese día, pues las tropas se hallaban fatigadas; pero un emisario habiéndole persuadido que podría fácilmente apoderarse de Osasco, Jahier deseoso de señalarse con alguna hazaña, toma con él ciento cincuenta soldados y se dirige hacia esa aldea. Ese emisario era un traidor. Condujo á Jahier en medio de una emboscada donde fué rodeado por un escuadrón de caballería y anonadado. Jahier peleó como un héroe, y después de haber hecho una gran matanza al rededor de sí y haber muerto con su propia mano á tres oficiales, sucumbió á las heridas. Su hijo que peleaba á su lado y que nunca se separaba de él, murió también así como todos los que le acompañaban, excepto uno que se escondió en un bañado y de noche llevó á los suyos la fatal noticia. Era el 15 de Junio. En ese día los Valdenses perdieron sus dos jefes más importantes.

« Jahier, dice el historiador Leger, era un gran capitán digno de ser recordado, ardiente para el servicio de Dios y sabiendo resistir á las promesas como á las amenazas. Valiente como un león y hu-

milde como un cordero, práctico de la controversia y hombre de talento, hubiera sido un jefe cumplido si hubiese sabido moderar su ardor. »

CAP. XII.

La paz de Pinerolo.

(1655).

Si la Iglesia Valdense tuvo sus mártires, también presenta en esta época sus detractores representados por los pastores del Villar y de Bobbio, Pedro Gros y Francisco Aghit, y unos cuarenta fieles entre los cuales había muchos jóvenes y hasta niños, que abandonaron su religión pasando al catolicismo. Los dos pastores se arrepintieron luego y volvieron á los Valles donde hicieron pública confesión de su falta, deplorando lo sucedido y pidiendo perdón á Dios; pero ya no ejercieron las funciones pastorales entre los Valdenses, sino que se expatriaron.

Los adversarios andaban ufanos por la muerte de Jahier y la herida de Janavel que consideraban mortal; sin embargo, las hazañas de los Valdenses habían llamado la atención pública que casi unánime, reprochaba esas guerras de exterminio. Jefes de varios países ofrecían su concurso á los perseguidos, como el célebre general francés Descombies y el coronel suizo Andrion; además les quedaban los capitanes Bertin, Albarea, Laurens, y los tenientes de Janavel y Jahier, Revel y Costabel. Leger también había

vuelto á los Valles, así que llegaban á tiempo refuerzos para los Valdenses.

El enemigo se acercaba, y fué á atacar las barricadas de la Vachère, donde sostuvieron un combate muy reñido que duró muchas horas. Los soldados del Duque habiendo alcanzado un pequeño triunfo, gritan á los Valdenses: « ¡Avanzad, restos de Jahier! » y éstos arrojando una metralla de piedras y hasta de grandes rocas, producen vacíos en las filas enemigas y contestan: « ¡Venid, restos de San-Segundo! » La pelea se convierte pronto en derrota para los asaltantes, y de nada les valen los amuletos y las medallas de los sanctos ó de la virgen María, que muchos llevaban.

El síndico de Luserna llamado Bianqui, viendo llegar el convoy de heridos y de muertos, aunque católico, dijo: « Antiguamente los lobos comían los barbets, pero parece que ahora los barbets han devorado los lobos ».

Algunos días después, el capitán Bellion y el teniente Peyronel atacaron el fuerte de Torre y lo habrían tomado, si la guarnición de Luserna no lo hubiese socorrido. Tuvieron no obstante tiempo de practicar una abertura en la pared del convento y penetrar en él, prendiéndole fuego así como á toda la aldea, y llevando prisioneros á algunos frailes. En esta ocasión dijo el general Descombiès: « Yo sabía que los Valdenses eran valientes, pero no creía que peleasen como leones ».

Entretanto los embajadores protestantes se esforzaban por mejorar las condiciones de los Valdenses. El representante de Cromwell, Samuel Morland, que escribió una historia de los Valdenses, reprobó abiertamente al Duque por haber tolerado y consentido

degüellos vergonzosos contra los súbditos más fieles que tuviese. Por fin, debido á la poderosa influencia de las naciones reformadas, la paz se firmó en Pine-rollo el 18 de Agosto 1655.

Ese tratado llamado « Patentes de gracia », decía más ó menos así: « Por haber tomado las armas contra su soberano los Valdenses merecen castigo; pero el Duque en su clemencia los perdona, y « queriendo mostrar al mundo con que ternura ama á su pueblo », proclama: la confirmación de los antiguos privilegios ó sea la libertad de conciencia; la amnistía por los delitos cometidos durante las últimas guerras; el sobreseimiento en las causas seguidas á Janavel, Leger y á sus compañeros; la exención de impuestos por cinco años, á causa de los perjuicios sufridos; la libertad á quien abjuró de volver á sus creencias; el permiso de habitar en San-Juan, pero no de celebrar cultos, y por otra parte prohibición de establecerse en la margen derecha del torrente Pellice, más abajo de Luserna, debiendo los evangélicos vender las posesiones que allí tuvieren; la celebración de la misa en todas las parroquias, pero sin que los Valdenses estén obligados á asistir á ella; la permutación de los presos, los niños incluso, siempre que sean reclamados ».

Esta última cláusula, aunque clara aparentemente, encerraba un engaño; pues, si bien Janavel consiguió que su mujer y sus hijas fuesen libertadas ¿cómo se podía esperar que lo fuesen una infinidad de niños que pasaron de monasterio en monasterio, de castillo en castillo y de una familia á otra? Cuando algún pariente los reclamaba, contestábale el jesuitismo triunfante: « Decid donde están, y en seguida os serán devueltos ». Los plenipotenciarios de las

naciones reformadas habían pedido garantías más sólidas para los Valdenses, y que el fuerte de Torre fuese arrasado; pero esto no les fué concedido y será el origen de nuevas calamidades.

CAP. XIII.

Leger.

(1660-1670).

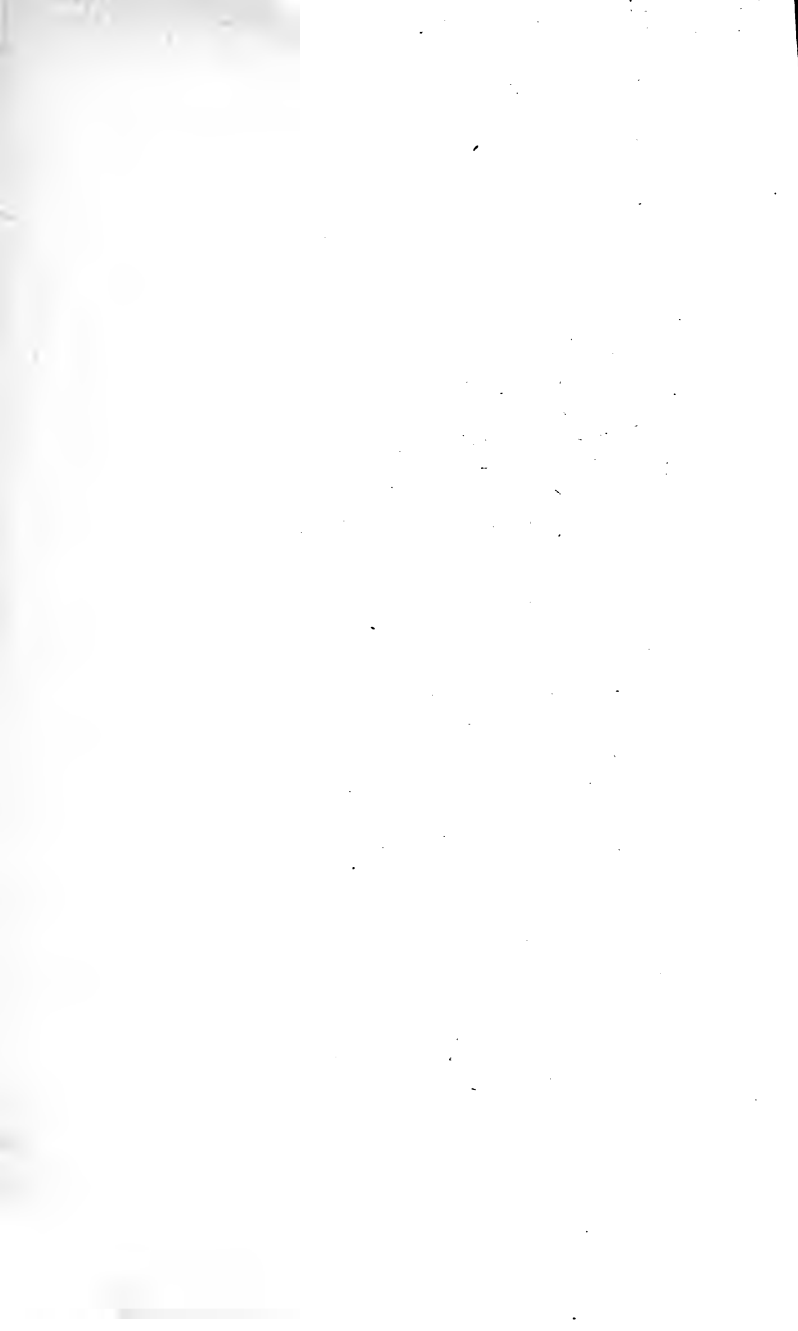
Luis XIV se había ofrecido como fiador para el cumplimiento del tratado. Los Valdenses reunidos en Sínodo le expresaron su gratitud, manifestándole sin embargo que no se soltaban los presos, que se robaban todavía niños y que se cometían atentados contra las personas y las propiedades.

Los Valdenses irritados, defendieron sus derechos no solamente con firmeza, sino hasta con audacia rayana de la exasperación.

Leger, que ya había sido condenado á muerte dos veces, se obstinaba en permanecer como pastor en San-Juan, violando así abiertamente una cláusula del tratado de paz. El Sínodo tomó la defensa de Leger, que era Moderador, y elevó una súplica al Duque pidiendo que le fuese permitido quedar donde estaba. No obtuvo contestación, y la justicia siguió su curso. El 12 de Enero 1661, Leger fué condenado á muerte en contumacia. Los Valdenses protestaron, porque el fallo se basaba en el falso testimonio de tres bandidos. Como último recurso pidieron que la causa fuese juzgada en un lugar seguro, donde Leger pudiese acudir para defenderse y presentar sus testigos; pero



Iglesia Mauriciana á la entrada de Torre.



no fueron oídos y el anterior fallo fué confirmado, condenando el Moderador por delito de lesa-majestad á ser « públicamente ahorcado de tal manera que el alma se separase del cuerpo, y que luego su cadáver fuese colgado por un pié en el patíbulo, dejándolo así por espacio de veinte y cuatro horas, y después mandarle cortar la cabeza para exponerla en público, en una columna infamante levantada sobre los escombros de su casa ». La columna fué erigida, pero sin la cabeza de Leger que había pasado los confines. Su casa y la de Janavel fueron arrasadas.

Leger había ido á Inglaterra donde recolectó cuantiosas sumas para socorrer á los Valdenses. Sus enemigos insinuaron la sospecha de que no mandase todo el dinero de las suscripciones, y si bien más tarde se probó lo infundado de esa acusacion, sin embargo le causó gran pesar. Enlutado por la muerte de su mujer, pasó á Leida en Holanda donde volvió á casarse, y escribió su « Historia general de las Iglesias Valdenses », que terminó el año 1669. Ella tiene por objeto evidente despertar la simpatía de los lectores hacia el pueblo Valdense; por eso abundan los detalles sobre las crueldades cometidas por los soldados enemigos. Trata especialmente de los acontecimientos de 1655 que ilustró con grabados representativos de las escenas más cruentas de las pascuas de sangre.

Se le culpa de no ser imparcial; sin embargo por cuanto sea manifiesta y vehemente la pasión, habla de hechos en que fué sino actor, testigo, por consiguiente con conocimiento de causa. Admiramos en Juan Leger el patriarca que lucha por la existencia

del pequeño pueblo del cual formaba parte. Se ignora la fecha de su muerte.

Los protestantes de Inglaterra, Suiza y Holanda demostraron muchísimo interés hacia los Valdenses. Habían mandado grandes sumas de dinero para aliviar su miseria, y permitirles así de levantar de nuevo sus casas y sus templos. Inglaterra fijó una renta annual para el sueldo de los pastores, Suiza concedió subsidios á los estudiantes en teología, y Holanda proveyó un fondo destinado á los maestros de escuela.

La congregación de la propaganda, á quien la prosperidad de los Valdenses pesaba, suscitó nuevas guerras y arbitró recursos para alimentarlas. Una carta escrita en los Valles en esos tristes tiempos dice: « Nos hallamos obligados á vivir con el arma al brazo, á pan y agua; sin embargo en tan gran calamidad, no falta paciencia, y se oyen los niños gritar en las calles que prefieren morir en las cavernas que abandonar la fe ».

Treinta y ocho de los principales habitantes fueron citados á comparecer ante el tribunal en Turin, entre ellos el valiente Janavel; pero sabiendo que correrían grave peligro, si se presentaban, no obedecieron y pidieron de ser juzgados en los Valles. Entoncez fueron condenados á muerte en rebeldía. Tuvieron que refugiarse en las montañas donde muchas otras personas fueron á incorporárseles, y así renacieron las guerrillas de los « bandidos » ó desterrados que bajo el mando de Janavel, se hicieron temibles. No se conformaban con defenderse. Tomaron la ofensiva, obligando el gobierno á mandar nuevos batallones. Los Valdenses derrotaron repetidas veces al marqués de Fleury y al conde de San-Damián, hasta que por

intervención de los embajadores protestantes, el 3 de Febrero 1664 se ratificaron las patentes de gracia, concediendo amnistía general, excepto para Janavel y algunos otros que emigraron. El culto fué nuevamente prohibido en San-Juan, y por eso desde entonces los fieles de esa parroquia tuvieron que ir al Ciabás, para celebrar el culto divino. Esto duró hasta el principio de este siglo.

CAP. XIV.

Preludio de una nueva persecución.

(1670-1685).

Después de tantas infructuosas tentativas para destruir á los Valdenses ó hacerles abandonar sus pretendidos errores, ya por la astucia ó por la fuerza; después de haber sufrido tantas humillaciones como lo eran el verse obligados á tratar con ellos, reconociéndoles como un derecho la práctica de su religión, que consideraban como un crimen, parecía que sus enemigos hubieran debido dejarlos en paz cultivar sus campos, apacentar sus ganados y adorar á Dios, como lo creían. Pero no fué así.

El último tratado, lo mismo que los precedentes, no era en el ánimo de sus adversarios otra cosa más que una tregua, fruto de las circunstancias, durante las cuales debían prepararse para continuar nuevamente su obra de destrucción.

Habían introducido fraudulentamente en el tratado de Pinerolo, un artículo por el cual se reservaban el derecho de reconstruir el fuerte de Torre, demolido

por los franceses en 1593. Apenas firmada la paz, emprendieron la construcción no de un fuerte, sino de una verdadera ciudadela. Los Valdenses que recordaban los males que desde ese fuerte les habían causado el conde de la Trinidad, Castrocaro y otros enviados del Duque reclamaron inmediatamente, recurriendo á la mediación de los representantes suizos. Pero la diplomacia convierte á menudo el disimulo en virtud, y respondió á los Valdenses que no se alarmasen, pues esas obras no se acabarían tal vez nunca, y sólo se habían comenzado por salvar el honor del Duque. Los Valdenses desengañados por tantas traiciones, no lo creyeron; sin embargo, por no ver en ello ningún atentado contra su fe, se sometieron obedientes como siempre á su soberano.

Al fin del año la fortaleza estaba concluída, armada y provista de una guarnición que se entregaba impunemente á toda clase de excesos, de donde se originaban quejas por un lado y venganzas por el otro. Si los Valdenses se quejaban el gobernador les decía que cuando sufriesen algún ultraje, hiciesen arrestar á los culpables; pero apenas volvían la espalda, los ponía en libertad.

Entretanto Carlos Manuel II había muerto, y le había sucedido Víctor Amadeo II, bajo la regencia de su madre, porque era menor de edad. Los Valdenses dieron una prueba más de su fidelidad hacia su soberano, sirviéndole en una rebelión ocurrida en Mondoví. Su valor y lealtad fueron apreciados, y habiendo pedido al Duque la ratificación de los antiguos privilegios, la obtuvieron.

Sin embargo, esos días apacibles no eran sino presagio de nuevas calamidades. En efecto Luis XIV, que había ordenado al general Lesdiguières, gobernador

del Delfinato, de recibir y tolerar á los emigrados Valdenses, cuando sucedieron las pascuas piamontesas, y que había permitido el desarrollo del protestantismo en sus estados, se hallaba ahora sometido á nuevas influencias que lo llevaban hacia direcciones del todo opuestas, cambiando sus sentimientos.

Para expiar las faltas de su vida disoluta, hirió de muerte la religión reformada revocando el edicto de Nantes el 18 Octubre 1685, y arrebatando así á los evangélicos sus derechos civiles y la libertad de culto.

Las consecuencias de esa medida fueron perjudiciales en sumo grado, pues la mayor parte de los protestantes emigraron, llevando consigo los caudales de su talento, de su virtud y sus riquezas. Se ha dicho con razón que la revocación de ese edicto, debilitó á Francia más de lo que la habían enaltecido todas las victorias de Luis XIV.

Ese decreto fué también aplicado con rigor en los valles de Perosa y Pragelato que se hallaban bajo el poder de ese monarca. Sus habitantes pasaron al extranjero en gran parte, y otros aconsintieron en profesar públicamente el catolicismo, aunque en su interior guardaban sus creencias primitivas. Pero los niños fueron educados por maestros católicos, y así esas iglesias del Pragelato donde se verificaron Sínodos que contaron hasta ciento cincuenta pastores y que poseyeron ochenta lugares de culto público, no pudieron tener después sino cultos particulares. Se vieron poco á poco privadas de predicación, decayendo hasta desaparecer del todo.

Luis XIV no tardó en pedir á Amadeo que adoptase contra los Valdenses las providencias que él había tomado contra los protestantes de Francia. Al

principio el Duque se resistió, pero al fin tuvo que acceder á las repetidas instancias del rey, pues, según dijo para disculparse, las ruedas grandes imprimen movimiento á las pequeñas. El embajador de Francia le había dado á entender que si él no se consideraba bastante fuerte para exterminar á los Valdenses, su amo se comprometía á arrojarlos de los Valles con catorce mil hombres, salvo guardar para sí las tierras que sus tropas ocupasen. Por eso el Duque de Saboya prefirió acometer la empresa solo, á sufrir los perjuicios que le resultarían de que fuese su poderoso vecino el perpetrador. En el tratado que concluyeron, Luis XIV se comprometía á ayudar á Amadeo con un ejército, para extirpar á los herejes.

Janavel se había refugiado en Ginebra, y conociendo las relaciones que existían entre los dos soberanos, no presegiaba nada de bueno para los Valdenses. Previendo la catástrofe, escribió á sus correligionarios aconsejándoles los lugares que debían fortificar y de que modo debían defenderse, y al mismo tiempo les señalaba la línea de conducta que deberían seguir, cuando fuesen atacados.

Los Valdenses enviaron una delegación á Turin, pero no fué atendida. Al contrario, el gobernador recibió orden de practicar reparaciones en los fuertes de Luserna, Torre y Mirabouc; al mismo tiempo todos los oficiales de las guardias del rey fueron llamados bajo las armas. La sociedad de la propagación de la fe estaba empeñada más que nunca en la conversión de los Valdenses, y trabajaba con afán para conseguirla.

El primer pretexto de que se valió el Duque para molestarlos, le fué proporcionado por el gran núme-

ro de refugiados franceses que habían buscado asilo en los Valles, después de la revocación del edicto de Nantes. Instigado por Luis XIV, emanó un decreto prohibiendo á los Valdenses de no recibir á ningún emigrado, y á éstos últimos les mandaba que saliesen de sus dominios ó abjurasen en el término de ocho días, si no querían ser encarcelados. Así, para complacer al poderoso rey, Amadeo se acarrea grandes perjuicios, arrastrando los Valles á la ruina.

CAP. XV.

La persecución de 1686.

El Duque de Saboya se constituía vasallo del monarca francés, y éste obedecía los consejos de confesores y fanáticas cortesanas.

Tal vez para Luis XIV la religión no era sino un pretexto, á fin de impedir que Amadeo entrase en la liga que se tramaba contra Francia. Lo cierto es que el Duque acabó por hacer enteramente el gusto al rey, promulgando el edicto del 31 Enero 1686 por el cual se abolían las inmunidades y franquicias contenidas en los tratados anteriores. Las asambleas religiosas debían cesar, los templos ser arrasados, y los maestros y pastores salir del país ó convertirse al catolicismo; se les concedía quince días para tomar una determinación. A los demás era intimada la abjuración, y debían hacer bautizar á sus hijos por los curas, so pena para la madre de ser azotada públicamente, y para el padre de sufrir cinco años de galeras.

El terror se apoderó de todos los corazones. Elevaron una súplica al Duque, pero fué desatendida; lo único que consiguieron fué un pequeño plazo en el cumplimiento del edicto. Los gobiernos protestantes de Europa se conmovieron, y los cantones suizos mandaron dos representantes á Amadeo para que intercediesen en favor de los Valdenses. Le presentaron una extensa memoria en que le demostraban lo condenable é injusto de su proceder, bajo cualquier punto de vista que se considerase. El les dió á entender claramente que quien lo obligaba á exterminar á los Valdenses, era el rey de Francia. Los dos delegados se dirigieron entonces á los Valles. En varias asambleas expusieron lo inútil de sus esfuerzos para conseguir que el Duque revocase su edicto.

La situación se presentaba sino desesperada, muy amenazadora. Los Valdenses oyeron consternados esas explicaciones, y más se alarmaron cuando les propusieron la emigración en masa. A fuera de las dificultades materiales para quince ó diez y seis mil personas de abandonar sus casas y bienes, para ir á vivir en país extranjero poco menos que de caridad pública, los Valdenses eran retenidos por el amor á la patria y el recuerdo de las gloriosas hazañas de sus antepasados, con sus luchas y sus martirios.

Era difícil aunar todos los pareceres. Unos querían defenderse á todo trance, antes que abandonar el suelo natal; otros esperaban ablandar al Duque; y no faltaban quienes estuviesen dispuestos á emigrar.

Sin resolver nada definitivamente, encargaron á los representantes de entenderse con Amadeo, sometiéndose de antemano á lo que ellos determinasen,

siempre que se les garantizase seguridad en el viaje de expatriación.

Como las tropas francesas y piamontesas comenzaban á concentrarse al pié de los Valles, sus habitantes juzgaron prudente de tomar algunas precauciones. Eso irritó al Duque el cual resentido quiso entenderse directamente con ellos, pero con la condición de que antes depusiesen las armas.

Entretanto el 9 de Abril emanó un nuevo decreto que confirmaba el anterior é intimaba á los Valdenses que querían emigrar, de salir del país en el término de ocho días. Amadeo pensaba desunir á los Valdenses y verse así libre de los que estaban dispuestos á emigrar. Después vencería con las armas á los más recalcitrantes. Pero su plan surtió un efecto contrario, pues en dos asambleas celebradas en Roccapiatta los delegados Valdenses resolvieron por unanimidad de resistir hasta lo último y defender su patria, como lo habían hecho sus antepasados.

Las negociaciones quedaron interrumpidas. Según su costumbre los Valdenses empezaron con el ayuno y la oración; después se prepararon á la defensa.

Quien mas que nadie había influido en hacer adoptar ese temperamento de la resistencia, era Enrique Arnaud. Nacido en Embrun el año 1641, de noble familia protestante, por asuntos de religión siendo aún muy joven, había tenido que emigrar a Torre donde había cursado latin y otras materias, en los tiempos de Janavel, Leger y Pianezza. Después había pasado á Suiza y Holanda para perfeccionar sus estudios, y se cree que los dejase por algunos años para las armas. Había estudiado teología en Ginebra, y de vuelta á los Valles ejerció el pastorado en varias parroquias. Tenía naturaleza de soldado, y por

eso cuando se presentó el peligro, no tuvo reparo en abandonar á su familia por el honor de la bandera valdense. Incitaba el pueblo á la resistencia, y como los recursos faltaban, se fué á Suiza para arbitrarlos, pero parece que no obtuvo resultado.

Entretanto las fuerzas unidas de Francia y Piamonte se acercaban para envolver los Valles en cruento ataque. Antes de entrar en el valle de Luserna, Amadeo pasó revista en la llanura de San Segundo á su ejército, uno de los más numerosos de que hubieran tenido que defenderse los Valdenses.

Las tropas francesas al mando del célebre general Catinat compuestas de varios regimientos de caballería, siete ú ocho batallones de infantería, y parte de las guarniciones de Pinerolo y Casal, se disponían á emprender la marcha hacia los valles de Perosa y San Martín.

En pos de los ejércitos acudían voluntarios prontos, como aves de rapiña, á abatirse sobre la presa.

Los Valdenses por su parte, apenas habían reunido mil quinientos hombres, es decir uno contra diez, desventaja demasiado considerable, si no hubiesen confiado en Dios. Además, debiendo ser atacados por muchos lugares á un tiempo, tenían que diseminar esas fuerzas ya tan escasas.

CAP. XVI.

Guerra y capitulación.

(1686).

Era el 22 de Abril cuando los dos ejércitos combinados se pusieron en marcha, divididos en varios cuerpos.

Las tropas de Catinat siguieron la orilla izquierda del Clusón, y al llegar á la aldea de San-Germano destacó una división de caballería é infantería para arrojar de ella á los Valdenses, mientras él con el grueso del ejército marchaba adelante.

Los defensores de San-Germano al mando de Enrique Arnaud, desalojados de la aldea, fueron á parapetarse en las alturas, donde sostuvieron un ataque muy recio que duró diez horas. La caballería no podía maniobrar á causa de lo escabroso del suelo y de los matorrales, y los Valdenses peleaban con tanto brío que la infantería empezaba á cansarse, así que en una salida repentina volvió caras, siendo perseguida hasta más allá del Clusón.

Solamente dos Valdenses murieron en este encuentro, mientras que costó á los franceses quinientos hombres entre muertos y heridos.

El jefe de esas fuerzas, coronel Villevielle, para salvarse tuvo que guarecerse con cincuenta ó sesenta hombres en el templo de San-Germano, desde donde se defendía con nutrido fuego, mientras los Valdenses rodeaban la iglesia y trepaban al techo para desplomar sobre él las pesadas pizarras. Hubiera tenido que rendirse, si sus compatriotas no hubiesen acudido en su socorro con fuerzas considerables, antes del anochecer.

Catinat encontró sin defensa el valle de San-Martin. Sus habitantes habían mandado comisionados á Turin, declarando que se sometían al edicto del 9 de Abril y que estaban prontos á expatriarse; por eso no se habían preparado para la resistencia, así el ejército enemigo los sorprendió de improviso y desarmados.

No se conformó con saquear, quemar y violar;

asesinaron sin distinción de sexo ni de edad, á cuantos no tuvieron tiempo de buscar en las montañas un amparo contra su barbarie. Seis familias tomadas prisioneras fueron enviadas á Perosa, y allí ahorcadas. Juan Ribet de Massello fué quemado á fuego lento, por no haber querido abjurar de sus creencias. En la aldea de las Fontaines, cerca de Rodoretto, cuatro mujeres alcanzadas en su huida por los soldados, fueron degolladas sobre los cadáveres de sus pequeños hijos. Los árboles del camino servían de patíbulo á las desdichadas víctimas que eran sacrificadas, después de horribles padecimientos y mutilaciones.

Catinat, dejando una parte de sus tropas en el valle de Sau-Martín, pasó los montes haciéndose guiar por mujeres Valdenses que llevaba desnudas al frente de su ejército, obligándolas á caminar con la punta de su espada, y fué á caer sobre Pramollo, donde los Valdenses estaban reunidos en el distrito de Peumian.

Atrincherados como estaban, hubieran podido resistir eficazmente, si no hubiesen prestado oído á los engaños y mentiras de Catinat. Para vencerlos les comunicó que los habitantes del valle de Luserna se habían entregado á Víctor Amadeo, quien los había perdonado, y los exhortó á hacer lo mismo. « Deponed las armas, agregó, y también seréis perdonados ». Como los Valdenses demostrasen recelo á causa de los excesos cometidos en el valle de San-Martín, el general les aseguró que, aun cuando todo su ejército pasase por sus casas, ¡no tocaría ni una gallina! Confiados en la palabra del héroe de tantas batallas, se entregaron.

Entonces obrando con la perfidia acostumbrada,





los hombres fueron apartados y enviados á las cárceles de Luserna, mientras que la multitud indefensa de mujeres y niños fué librada á los instintos brutales y feroces de la soldatesca que cometió contra ellos toda clase de crímenes.

Entretanto el ejército de Saboya al mando de Don Gabriel, tío del Duque, había atacado el valle de Luserna. Con su caballería y artillería despejó pronto la llanura de Valdenses, y acometió en seguida el ataque contra los refugiados en las colinas de San Juan y Angrogna. La lucha duró un día entero y siguió al otro, sin que las fuerzas del Duque lograsen apoderarse de las trincheras defendidas por los Valdenses.

Don Gabriel de Saboya habiendo llegado á saber que los habitantes del valle de San-Martin no se habían defendido, y que los de Pramollo se habían entregado, pensó valerse de los mismos medios que Catinat para conseguir que los Valdenses depusiesen las armas. Parlamentó con ellos, ofreciendo garantizarles la expatriacion si consentían en rendirse; y al mismo tiempo les hizo ver los peligros de la resistencia, pues pronto las tropas francesas llegarían en su auxilio y les cortarían la retirada. Les mandó además una carta en la cual decía: « Entregad las armas y confiad en la clemencia de su alteza: se os perdonará, y os aseguro que vuestras personas y las de vuestras mujeres é hijos serán respetadas ».

Los Valdenses entonces entregaron las armas y capitularon, y el ejército piamontés ocupó sus trincheras. Con el pretexto de llevarlos á presencia del Duque, para hacer ante él acto de sumisión, los amarraron como galeotes y los condujeron á Luserna donde los retuvieron prisioneros; mientras las mujeres y niños

eran víctimas de la salvaje brutalidad de la soldatesca que cebaba en ellos sus instintos más crueles, repitiendo las horrendas escenas ya anteriormente descritas.

Los Valdenses aun resistían en otros puntos, pero engañados con falsas promesas y desanimados al conocer la capitulación de la mayor parte de sus correligionarios, no tardaron también en entregarse bajo las mismas condiciones, es decir de poder expatriar, y no fueron tratados con más humanidad.

Los últimos en deponer las armas fueron los de Bobbio, después de una heroica resistencia, el 12 de Mayo. Muchos fueron decapitados ó arrojados desde el monte Bariound y desde el Cruel en los torrentes.

El libro titulado « Historia de la persecución de 1686 » está lleno de detalles espantosos, al referir los crímenes con que se mancharon aquellos soldados que tomaban el nombre de « propagadores de la fe ». Sería necesario tener un corazón empedernido para no apiadarse de las inmensas calamidades sufridas por los Valdenses en esta época. Algunos jefes enemigos avergonzados de tanta barbarie, desaprobaron lo sucedido; lo cual demuestra que no todos se habían despojado de sentimientos humanitarios.

« Los Valles están desiertos, todos sus habitantes muertos, ahorcados, degollados ó prisioneros, escribía un oficial francés, y los niños repartidos entre las familias católicas del Piamonte ». « Este país, decía el mismo general Catinat en su informe, está enteramente destruído; ya no queda nada, ni gente ni animales, porque no hay altura que no haya sido recorrida y donde no mande todavía diariamente soldados. Las tropas experimentaron mucha fatiga á causa de las asperezas del terreno, pero fueron re-

compensadas con el botín. El Duque de Saboya tiene cerca de ocho mil prisioneros; ignoro lo que hará de ellos, pero confío en que no dejaremos este país, antes del completo exterminio de esta raza de barbets. Mandé emplear medios algo crueles contra aquellos que, escondidos en las montañas, nos dieron trabajo para cazarlos. Al ser sorprendidos siempre tienen cuidado de dejarse agarrar sin armas. Los que tomamos armados, en seguida se fusilan ó se entregan al verdugo ».

El Duque terminó la obra destructora, promulgando un edicto por el cual los Valdenses fueron acusados del crimen de lesa-majestad por haber tomado las armas contra él. Todos sus bienes fueron confiscados.

CAP. XVII.

El cautiverio.

(1686).

Víctor Amadeo había triunfado; Luis XIV debía estar satisfecho.

Los Valdenses estaban prisioneros, y los enemigos creyeron haber purgado para siempre de la herejía los valles alpinos.

El ministro de Pral, Leidet, que se había refugiado en una caverna, fué oído mientras cantaba en la soledad; llevado preso á Luserna fué ahorcado, resistiendo cuanto hicieron los religiosos para que abjurase. La tranquilidad con que subió al cadalso, y el fervor con que dirigió á Dios su última oración, ad-

miraron y conmovieron á todos los circunstantes. Sus últimas palabras fueron las pronunciadas por Jesu-Cristo expirando: « Padre mío, en tus manos encomiando mi alma ».

¡Cuánto se engañaba el enemigo, al creer en la eficacia de las armas para extirpar las creencias de los Valdenses! pues el hierro y el fuego nunca llevan el convencimiento al espíritu, y esas creencias volvieron á retoñar en los Valles á pesar de la violencia. Seiscientos años de persecuciones no bastaron á extinguirlas, y hoy aun brilla allí la luz del Evangelio.

No todos los Valdenses se habían entregado: en las cavernas, en los bosques, en el fondo de los torrentes y en las rocas más encumbradas, se habían ocultado algunos pocos. Cuando las tropas se hubieron retirado, salieron de sus escondites y se pusieron de acuerdo para ayudarse mutuamente. Pronto llegaron á hacerse temibles en sus correrías hacia los sitios habitados para aprovisionarse de víveres, y si bien le salió al encuentro repetidas veces el adversario, nunca logró intimidarlos ni alcanzarlos. Entonces les ofreció salvoconductos para expatriarse, pero aquellos hombres desconfiando por las muchas traiciones que habían presenciado, no los admitieron sino con la expresa condición de que les entregasen cierto número de rehenes que guardarían consigo, hasta que hubiesen transpuesto la frontera. Además exigieron la libertad de sus parientes, y así emigraron al extranjero, llegando á Suiza en el mes de Noviembre.

Los Valdenses habían sido encerrados en las fortalezas del Piamonte, y el Duque deseando agradecer sus servicios al rey de Francia, le había regalado qui-

nientos de los más robustos, para que remasen las galeras de su magestad « cristianísima ».

Una relación diaria escrita en italiano por el capitán Salvageot, da una idea de las peripecias pasadas por los Valdenses en esta época. Cuando la mayor parte cayeron prisioneros, Salvageot se retiró á las montañas de Rorá. Como no podía encontrar alimentos, porque todo había sido saqueado, fué á ocultarse en la casa de un amigo católico que además de darle albergue, fué á pedir su indulto. Pensando que Salvageot deseara abjurar, lo hicieron bajar á Luserna, y como no lo consiguiesen, después de algunos días de tratativas infructuosas lo encarcelaron. Su mujer vino á visitarle. Como quisiese entrar en la cárcel, un cura le dijo: « Tened cuidado, pobre mujer, si entráis no saldréis más de allí ». Sin embargo era tan dichosa de verle que no pudo resistir á la tentación, y entró con su hija que llevaba de la mano, pernoctando con los demás prisioneros.

« Durmieron, dice Salvageot, sobre el desnudo suelo, sin paja, sin cobijas y sin cena; feliz aquel que podía tener una piedra por cabecera, los pastores como los demás. En los primeros días de mi cautiverio ví llegar cuatrocientas personas de Pral, mujeres, niños y ancianos; y en tan miserable estado que hasta los prisioneros se apiadaban de ellos. Cada día llegaban nuevos grupos; había á veces familias enteras, y los soldados arrancaban á las criaturas de los brazos maternos con tanta violencia, que algunas se quedaron muertas en el acto. ¡No había sentimientos humanos en esa gente! » observa Salvageot con lacónica simplicidad.

« Quedamos tan largo tiempo sin paja para dor-

mir, que insectos asquerosos cubrían las paredes del calabozo, y no se podía salir, porque la guardia lo impedía. No se podía tampoco conseguir agua para lavarse, ni hasta para tomar á veces, y la comida era muy escasa ».

« El 17 de Mayo vino la orden de marchar. Los hombres fueron atados de á dos. Cuando salimos de Luserna, las calles estaban atestadas de gente presenciando el desfile, y nos dirigian insultos y malas palabras: « Herejes del diablo, vuestro fin se acerca... », y cuando tomamos el camino de Turín: « Mirad una vez todavía vuestras montañas y después no las veréis nunca más ». Había muchos de nosotros que lloraban ».

En Turín fueron divididos en grupos, y los pastores confinados á parte. En un principio fueron tratados bastante mal, pero después sus condiciones mejoraron, y pudieron pasear sobre los bastiones. Había muchas personas de la ciudad que les daban abundantes limosnas. Después tuvieron que marchar á Vercelli, para hacer lugar á otros que llegaban. Sin embargo Salvageot permaneció en Turín. Tuvo la desgracia de perder su mujer, quedándole tan sólo una hijita de cinco años. Muchas otras mujeres murieron también con sus criaturas, y no había ninguno que no padeciese de alguna enfermedad.

Los enfermos eran cuidados por religiosos que los atendían solícitos, y hasta daban algún dinero á los más necesitados, para que se procurasen alguna comodidad y alivio, y « lo más sorprendente, añade Salvageot, es que no hacían diferencia entre los que habían abjurado y los que se habían mantenido fieles á su religión. Al contrario, parecían apreciar más á éstos últimos ».

Los prisioneros habían sido repartidos en catorce ciudadelas del Piamonte; un gran número había perecido de pena ó de enfermedad en los calabozos. Un cambio tan completo de vida había encorvado hacia la tumba aquellos montañeses acostumbrados al aire puro, á la vida del campo y sobretodo á la libertad. Los malos y escasos alimentos, la peor calidad del agua, su amontonamiento en salas angostas sobre paja podrida, el calor sofocante del verano, los insectos que devoraban sus cuerpos enflaquecidos, todo contribuía á que las enfermedades se agravasen y degenerasen en epidemia. Muchos sucumbieron, y el Duque de Saboya no debió ya saborear las delicias de la victoria, viendo acabarse de tal manera su obra de destrucción.

El cuadro que presentaban los Valles, era por cierto bien triste: las campiñas desiertas, sin que nadie interrumpiese el lúgubre silencio, las aldeas convertidas en cementerios, mientras acá y acullá vagaban en los desolados campos los lobos y las aves de rapiña.

Respecto á los niños, la mayor parte, cerca de dos mil, fueron distribuidos entre las familias pudientes, para que los criasen en la religión católica. Se acostumbraba entre los ricos de poseer á lo menos un « convertido », como los llamaban. La nobleza hacía alarde de tener uno ó dos en sus vehículos como lacayos, y se reconocían fácilmente porque llevaban un gorro de color rojo y de forma particular. Esa costumbre fué decayendo poco á poco, y entonces esos infelices abandonados murieron de tristeza y de miseria.

« Por fin, dice Salvageot, se empezó á hablar de nuestra próxima salida del país. Ya permitíase á al-

gunas de nuestras mujeres de salir de la cárcel para ir á comprar provisiones; después concedióse lo mismo á los hombres, pero acompañados de dos guardas, y más tarde pudieron salir solos; así nos encaminábamos hacia la libertad », es decir hacia el destierro.

CAP. XVIII.

El destierro.

(1686-1687)

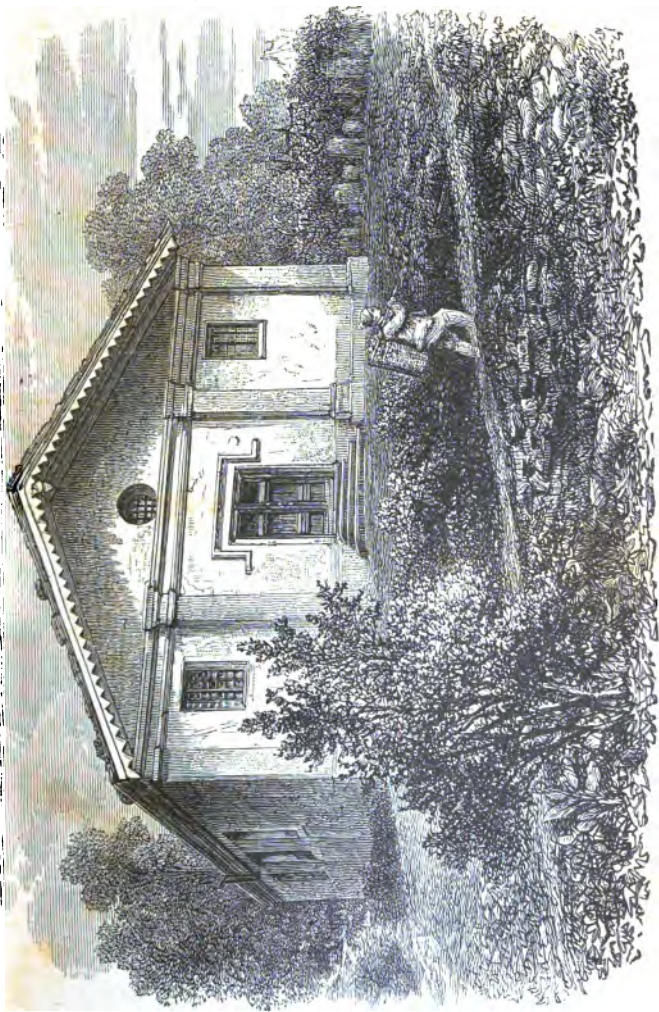
Los países protestantes habían renovado sus instancias en favor de los Valdenses cerca de la corte ducal, y los delegados suizos obtuvieron por fin que el Duque los dejase ir. Le prometieron en cambio que los internarían, para que no pudiesen volver atrás.

Amadeo habíase rehusado á entregarlos á los Venecianos que los habían pedido para emplearlos en sus naves, quizás por no faltar del todo á la palabra empeñada, cuando se habían entregado á discreción.

Ahora que la congregación de la propaganda había obtenido abundante mies de abjuraciones y que la muerte había causado muchas víctimas, se persuadió finalmente á permitir la expatriación á los Valdenses.

Verdad es que para aumentar el número de conversiones, se había retardado el viaje hasta el invierno.

El camino que debían seguir, era el Monte-Cenis,



Templo de Ciabas.



y les era prohibido alejarse del derrotero señalado bajo las más severas penas.

La nieve blanqueaba ya los pasos de los Alpes y cubría los caminos y senderos, amenazando con sus avalanchas y torbellinos á los viajeros atrevidos que se animasen á atravesarlos, cuando los Valdenses en grupos se pusieron en marcha.

No todos sin embargo partieron: muchos de los niños diseminados en el Piamonte fueron perdidos para siempre, y todos los que habían abjurado fueron dirigidos hacia las llanuras pantanosas de Vercelli, para trabajar en los arrozales. Habían renunciado á sus creencias por miedo á los sufrimientos y á la muerte, y ahora su condición era mucho peor que la de los proscritos, pues éstos abrigan la esperanza del regreso á los Valles que efectuarán algún día, mientras ellos sucumbirán á las fiebres ó serán objeto de tan escrupulosa vigilancia que nunca podrán volver.

En muchas fortalezas no se comunicó á los prisioneros su libertad sino muy tarde, y en Luserna se fijaron carteles, pero en las esquinas de las calles donde los Valdenses no podían enterarse de ellos. No se dió conocimiento á los presos de Mondoví de que estaban libres para marchar á Suiza, hasta las cinco de la tarde. Era la víspera de Navidad, y se les dijo que si no se ponían en marcha en seguida, corrían peligro de volver á ser presos el día siguiente. Extenuados como estaban, prefirieron ponerse en camino á sufrir nuevamente la cárcel. Tan intenso fué el frío de aquella horrible noche que ciento cincuenta murieron en la marcha sin que pudieran ser socorridos.

Al llegar al pié del Monte-Cenis una columna de

Valdenses, algunos de ellos conocedores de las montañas, divisando una pequeña nube á lo lejos, la hicieron notar al oficial que los escoltaba, advirtiéndole que todos se exponían á perecer si continuaban el camino. El oficial se negó á detener la marcha, y en la noche murieron bajo el torbellino de nieve ochenta y seis Valdenses y también algunos soldados. Los grupos de expatriados que siguieron el mismo camino, encontraron un mes después los cadáveres tendidos sobre la nieve.

Cuando la primera columna llegó á Ginebra y refirió la crueldad con que eran tratados tanto en las prisiones como en el viaje, los magistrados de esa república mandaron agentes que se estacionaron en los principales puntos del tránsito con los medios necesarios para socorrer á los desvalidos, proveyéndolos de cobijas, zapatos, alimentos y de cuanto necesitasen. Para infundirles aliento y atender mejor á sus necesidades, algunos comisionados acompañaron á los desterrados durante todo el viaje hasta Ginebra. Como la mayoría de ellos se componía de enfermos, ancianos y mujeres, las dificultades de la marcha eran aumentadas.

Cuando los Valdenses habían depuesto las armas y se habían entregado, eran más de doce mil, y ahora alcanzaban apenas á tres mil.

He aquí lo que refiere Salvageot respecto á la columna de que formaba parte:

« Después de habernos halagado con muchas promesas para que abandonásemos nuestras creencias, nos dejaron ir el 27 de Febrero 1687. La salida se efectuó en buen orden. Los que no podían caminar y los niños fueron colocados sobre carretas, y cuando el camino era intransitable para vehículos, se les

proporcionaban monturas. Cruzamos casi toda Saboya á caballo, y cuando los conductores no cumplían su obligación debidamente, el sargento les daba de golpes. Los sargentos eran muy buenos y tenían cuidado de que no se nos causase ningún daño ».

Los Valdenses que habían sido tomados en armas, lejos de ser libertados como los demás presos, fueron remitidos á las galeras, y más tarde empleados en la construcción de fortalezas.

Los ministros habían sido retenidos también, á pesar de las frecuentes instancias de los representantes suizos, y « dos días después de nuestra salida de Turín, agrega Salvageot, fueron separados con sus familias en otro cuarto. Se colocaron guardas á las puertas para que nadie pudiese salir, y así nuestros pobres pastores que creían ser de los primeros en marcharse, quedaron en la cárcel. Les decían que era para la salvación de sus almas, y que después su alteza les concedería alguna ventaja, pero en cuanto á los Valles no pensasen en verlos nunca más ».

Los ministros presos eran en número de nueve; otros seis habían logrado ponerse en salvo cuando los Valdenses se habían entregado, entre ellos Enrique Arnaud; uno llamado J. P. Danna había abjurado, y escribió algunos tratados en favor de la iglesia romana.

Los pastores fueron remitidos desde la ciudadela de Turín á la de Niza, junto con bandidos condenados á galera, conducidos á pié y con mucho rigor. Tal fué la concesión otorgada por el gobierno ducal á las peticiones de los delegados suizos que pidieron les fuesen entregados con otros presos de nota que gemían también en los calabozos de Turín. De-

spués fueron distribuidos en tres plazas fuertes. Los soltaron tan sólo en Junio de 1690, cuando ya los Valdenses habían reconquistado sus valles y Amadeo quería granjearse su amistad, por haber interrumpido sus relaciones con Francia.

Los Valdenses recibieron amplia hospitalidad en Ginebra. Los Suizos les demostraron sentimientos nobles y generosos, y rivalizando en fraternidad, cada uno quería llevar á su casa los más débiles y enfermos; cuando estaban tan exhaustos que no podían caminar, los llevaban á sus hogares en camillas.

Entre los que habían acudido á su encuentro, hallábase un viejo proscrito, el célebre Janavel.

La generosidad de los habitantes de Ginebra es tanto más digna de alabanza, cuanto que ya habían abierto sus puertas á los Hugonotes expatriados á raíz de la revocación del edicto de Nantes, y habían hecho ingentes sacrificios para socorrerlos. Su ejemplo es uno de los más hermosos que presente la fraternidad humana.

Triste era el cuadro que ofrecían los desterrados, y Ginebra presenció en aquel invierno escenas verdaderamente conmovedoras. Así cuando un grupo llegaba, los que le habían precedido iban á buscar á sus parientes, y entonces se oían por una parte gritos y lamentos de los que recibían malas noticias, y por la otra júbilo y alegría de los que encontraban á los suyos, después de una larga separación y casi ya perdida la esperanza de volverlos á ver.

« En Suiza, dice una relación de 1698, los Valdenses fueron acogidos no solamente como hermanos, sino como personas que llevan consigo la paz y la bendición en las familias ».

CAP. XIX.

En el destierro.

(1687-1688).

La hospitalidad de Ginebra era limitada por el convenio hecho con el Duque, según el cual los Valdenses no podían quedarse cerca de los confines, sino que debían ser internados en Suiza, y si fuese posible más lejos todavía. Además tenían que hacer lugar á otros que se hallaban en camino y que eran esperados.

Varias ciudades de Suiza querían recibirlos, y á medida que se iban reponiendo de sus fatigas y de las penalidades sufridas, eran distribuidos en los cantones donde se les alojaba y proveía de lo necesario. El elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, les había ofrecido tierras en sus estados. Cerca de setecientas personas, entre ellas Salvageot, aprovecharon el generoso ofrecimiento y fueron á establecerse en la aldea de Stendal.

Pero al deseo de volver al suelo natal estaba arraigado en todos los corazones, y no querían alejarse mucho para tener más facilidades de poder regresar. Apenas los desterrados Valdenses se hallaban radicados en alguna parte, sus miradas se volvían hacia atrás á sus hijos esparcidos en el Piamonte, á sus pastores prisioneros y á sus montes queridos.

Habían mandado tres hombres á los Valles para que se enterasen del estado en que se hallaban. Al saber que sus tierras habían sido vendidas en parte,

y en parte confiscadas ó regaladas al clero y á órdenes religiosas, el deseo de volver y hacerse justicia fué aún más vehemente.

Por eso el Duque de Saboya vigilaba á los proscritos por medio de agentes. Un espía habiendo preguntado porque no emigraban más lejos, recibió la respuesta de que ellos querían morir en su patria. Por otras conversaciones entabladas con ellos había llegado al convencimiento de que los Valdenses preferían hacerse matar en su país, antes que vivir en tierra extranjera. Les pesaba no haber prestado fe á los consejos de Arnaud y no haber resistido hasta quedar libres ó morir, tan insoportable les parecía la vida que ahora llevaban.

Sin ideas fijas, sin plan ni resolución, se volvían molestos y huraños, sobretodo donde las condiciones de vida eran algo penosas. Los Suizos que habían creído poderlos dirigir hacia Alemania, donde se presentaban perspectivas halagüeñas por los ofrecimientos de duques y príncipes, al ver á sus huéspedes malcontentos, intratables á veces, desconformes, empezaban con razón á cansarse, y los predicadores los trataban con severidad y hasta con dureza en sus sermones.

Varios grupos de Valdenses habían emigrado al Wurtemberg donde el Duque había puesto á su disposición tierras cultivables, pero la mayor parte volvieron, á causa de las dificultades religiosas que habían surgido entre ellos y los habitantes del país, que eran luteranos. Otros se habían establecido en el Palatinato, pero al aproximarse los ejércitos franceses en guerra con Alemania, tuvieron miedo, sin duda recordando los males que les habían causado las tropas de Catinat en 1686, y regresaron á los cantones suizos.



Interior del templo de Shonenberg.



La tentativa de colonización en el Brandeburgo no había dado mejores resultados, y si algunos permanecieron allí varios años, obliga dosmás bien por la necesidad, otros volvieron atrás en seguida murmurando que habían encontrado buenos príncipes, pero mala alimentación.

Así en todas partes la Providencia parecía oponerse al alejamiento de los Valdenses, obligándolos por la fuerza de las circunstancias á regresar siempre á Suiza y á mantenerse á la expectativa. Se comprende el despecho de los cantones suizos y se explica que algunos á veces hayan procedido con rigor; sin embargo ¡cómo debía parecerle amargo á los Valdenses el pan del ostracismo en tales circunstancias!

Más de una vez habían demostrado su gratitud por la generosa hospitalidad recibida, y al partir para otro país algunos habían dirigido á los Señores de Berna la siguiente carta: « Aunque nos falten las palabras aptas para expresar el agradecimiento que sentimos por vuestros beneficios, seríamos indignos de ellos si antes de alejarnos de vuestros estados, no os tributásemos humildes y sentidas gracias. Esperamos que á ejemplo del señor que se conforma con las bendiciones y alabanzas de sus criaturas, Vuestras Excelencias aceptarán los sentimientos de nuestros corazones que, henchidos de vuestra benignidad, atestiguarán en países lejanos la inmensa caridad con que habéis proveído á nuestras necesidades. Tendremos cuidado de perpetuar el recuerdo de ella en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos, para que todos nuestros descendientes sepan que, después de Dios que por sus infinitas compasiones impidió que fuéramos consumidos, debemos agradecerlos á vosotros la conservación de nuestra vida y la libertad ».

« Parece que estas pobres gentes, decía el representante del elector de Brandeburgo, cambian todos los días de plan y no pueden fijarse en ninguno. Abusan de los favores que reciben de los príncipes, y suspiran sin cesar por su país y los suyos ».

« Se resolvió por fin, dice uno de los desterrados, de arriesgar cualquier empresa con tal de repatriar ».

Quien más que nadie se empeñaba para el regreso de los Valdenses, era Janavel; pero una herida que nunca sanaba enteramente, y su edad avanzada le impedían de ponerse á la cabeza de la audaz empresa, por más que le costase renunciar á ella. Sin embargo le consagró los esfuerzos de su mente aun robusta, escribiendo instrucciones para el viaje y para la defensa de los Valles. A su rededor se formaron las primeras reuniones para discutir el gran proyecto, hasta que el Consejo de Ginebra, sabedor de lo que se tramaba, expulsó de la ciudad al viejo capitán para no verse comprometido con el Duque de Saboya.

Enrique Arnaud también se ocupaba del mismo asunto, y aunque Amadeo asalairase sicarios para que lo asesinasen, será como veremos más adelante el que llevará á efecto la gloriosa hazaña.

CAP. XX.

Tentativas de regreso.

(1687-1689)

Los Valdenses intentaron volver á sus Valles por primera vez á fines de Julio de 1687. Se reunieron en los alrededores de Lausanne desde Basilea, Zurich, Ar-

govia y Neuchatel, para embarcarse cerca de la aldea de Ouchy y atravesar el lago de Ginebra, hasta la orilla opuesta que pertenecía á Saboya. Se habían congregado en número de trescientos cincuenta, pero los Señores de Berna cuya autoridad se extendía sobre el país de Vaud, se opusieron en nombre de la ley á su salida, y los obligaron á volver á sus residencias. Evitaron así tal vez su completa destrucción en Saboya, pues no estaban bien preparados, y para una empresa de tal trascendencia se precisaba no solamente armas para combatir contra las tropas de Amadeo que ocupaban los pasos y desfiladeros de Saboya, sino dinero para comprar víveres y buenos jefes que dirigiesen la expedición.

A pesar de haber sido frustrado su plan, no lo abandonaron. Por algún tiempo se mantuvieron quietos, madurando una nueva tentativa que debía tener lugar la noche del 9 al 10 Junio de 1688. La pequeña ciudad de Bex, situada en el extremo meridional del país de Berna cerca de un puente sobre el Ródano, fué escogida como punto de reunión.

A la cabeza del movimiento estaba Enrique Arnaud, pero el secreto difícil de guardar entre tantos fué descubierto, y esta expedición abortó como la primera. Los más valientes ya habían atravesado la Suiza, dirigiéndose á Bex; con el mismo objeto, sesenta que servían en la guarnición de Ginebra habían desertado, cuando el Consejo de esta ciudad y los Señores de Berna y Zurich se pusieron en movimiento é impidieron la realización del plan; para mayor desgracia una barca cargada de armas no había llegado á destino.

De seis á setecientos Valdenses había ya reunidos en Bex, cuando el bailío de Aigle les intimó la or-

den de no pasar adelante. Como simpatizaba con ellos, los reunió en el templo y los arengó con lágrimas, exhortándolos á la paciencia y haciéndoles comprender que sus proyectos eran temerarios. « ¡Pobres Valdenses, añadió, Dios se apiadará de vosotros y algún día os reconducirá á vuestros Valles! ». Arnaud habló á sus compatriotas sobre las palabras del Evangelio: « No temáis, oh manada pequeña », y comprendiendo la justicia que asistía á los cantones, aconsejó á los suyos que desistiesen de la empresa.

Esta segunda tentativa tuvo gran resonancia en Saboya y en Suiza. Víctor Amadeo tomó sus precauciones. Prohibió á los Valdenses que volviesen so pena de la vida, y por medio de sus agentes encargó al gobierno helvético que velase con mayor escrupulosidad sobre los desterrados.

Para preparar con mejor éxito una nueva expedición, Arnaud acompañado del capitán Besson de San-Juan, partió á Holanda con ánimo de consultar á Guillermo de Orange. El príncipe les demostró mucho interés por sus planes, y les facilitó ingentes sumas para llevarlos á cabo.

En el otoño de 1688 estalló la guerra entre Francia y Alemania. La situación política de Europa parecía favorecer los designios de los expatriados. Saboya estaba desguarnecida de tropas, porque el Duque precisándolas para dominar una revuelta en Mondoví, había tenido que retirarlas. Una guerra general amenazaba los estados europeos.

Francia, atacada por el emperador de Alemania y por Holanda, y temerosa de Inglaterra de cuyo trono acababa de apoderarse el príncipe de Orange, no podía ya socorrer al Duque de Saboya contra los

Valdenses quienes una vez apoderados de sus montañas, sabrían defenderlas y no se dejarían ya arrojar de ellas.

Las dificultades provenían ahora para ellos no de sus enemigos, sino de los cantones suizos y de su política de neutralidad. El gobierno helvético los vigilaba y estaba alerta. No obstante, las experiencias de las tentativas precedentes valieron á los Valdenses. Se pusieron de acuerdo con mucho sigilo para una nueva expedición. El secreto se hallaba tan bien guardado que fuera de los jefes, los demás marchaban sin saber adonde.

Su propósito era de reunirse en el bosque de Prangins, distante una legua de la frontera de Saboya en línea recta, al través del lago de Ginebra; pero debían esperarse en los alrededores donde un gran número de conjurados se hallaban ya escondidos y dispuestos á repatriar. Evitaban mostrarse en el bosque de Prangins, para no llamar la atención sobre él y para engañar á las autoridades.

Desde hacía dos meses los refugiados pensaban en los preparativos, y habían comunicado la fecha de la reunión á los diseminados en los cantones más lejanos, y hasta en los límites de Baviera, Würtemberg y Palatinato, para que tuviesen tiempo de acudir á la cita. Los jornaleros, los artesanos, los obreros dejaban el servicio, se procuraban armas y clandestinamente, caminando de noche para no ser vistos, iban á incorporarse á los grupos que se formaban á orillas del lago de Ginebra.

No todos sin embargo llegaron al punto de reunión; ciento veinte y dos hombres procedentes de los Grisones, San-Gall y Würtemberg, fueron arrestados en los cantones católicos, á pedido del conde

de Govon, residente de Saboya, y conducidos á Turín de donde no salieron hasta que se firmó la paz. En el trayecto algunos fueron castigados bárbaramente, así el médico Bastía que fué molido á palos y llevó las señales de los golpes toda la vida.

La desaparición sucesiva y paulatina de los Valdenses llamó la atención de los bailíos, algunos de los cuales fueron avisados que numerosos grupos en armas se concentraban hacia la aldea de Nyon. Como se celebraba una solemne fiesta religiosa, para no interrumpirla convinieron en reunirse después, apenas fuese terminada, y tomar las medidas oportunas.

Entonces fué demasiado tarde porque los Valdenses ya habían salido, dando principio á la memorable hazaña de su vuelta á los Valles, una de las empresas más heroicas y arriesgadas que la historia recuerde.

CAP. XXI.

El glorioso regreso.

(1689).

Era la noche del 16 de Agosto, cuando los Valdenses en número de cerca de novecientos, después de la oración hecha por Arnaud, se embarcaron en la playa junto al bosque de Prangins, aprovechando los botes de los curiosos que habían acudido en gran número, al saber que se preparaba una expedición.

La travesía del lago se efectuó sin incidentes, y unas barcas que se habían alejado, empujadas por



Oracion de Enrique Arnaud sul lago de Geneva.

el viento, encontraron un grupo de diez y ocho personas que venían de Ginebra para incorporarse á los viajeros. Llegados á la costa de Saboya, mandaron hacia atrás las barcas para buscar á los que aun se hallaban del otro lado, pero los barqueros desertaron de miedo; así que doscientas personas no pudieron embarcarse. Otros veinte llegados muy tarde, fueron arrestados. Un botero, llamado Signat, habiéndose demorado algo para despedirse de los expedicionarios, fué abandonado por sus compañeros. Entonces se decidió á acompañar la columna de los valientes que, trepando por los Alpes, vuelven á sus valles nativos bajo el impulso del amor hacia la patria.

La vida que llevarán será llena de peligros, pero ninguno retrocede ni tiene miedo, porque van á recobrar lo que es suyo y á plantar de nuevo el estandarte de la religión verdadera en su país. Los seguiremos en esta gloriosa empresa, tomando por guía la historia de Arnaud que se valió de las relaciones y apuntes de Huc y Reynaudin. Al capitán Robert se debe también otra relación.

« Esa historia, dice Arnaud, que ha atravesado las montañas, rodando en los precipicios y de un valle á otro, será dura y áspera, pero no por eso dejará de ser verdadera, y si no se hallará ese lenguaje refinado que gusta á este siglo, en cambio resplandecerá en ella la pura verdad ».

Los peregrinos desembarcaron entre las aldeas de Nernier é Ivoire, y en seguida colocaron centinelas en todas las avenidas; después hicieron formar la tropa y la dividieron en veinte compañías: seis comprendían á los emigrados franceses bajo el mando de los capitanes Martin, Privat, Lucas, Turel, Fon-

fréde y Chien; trece estaban formadas por las parroquias Valdenses: Angrogna tuvo tres compañías cuyos jefes fueron Lorenzo Buffa, Estevan Frache y Miguel Bertin; San-Juan, dos con los capitanes Bellion y Besson; Torre, una bajo las órdenes del capitán Juan Frache; Villar, una con el capitán Pellenc; Bobbio, dos con los capitanes Martinat y Mondon; Prarostino, una con el capitán Odin; San-Germano y Pramollo, una con el capitán Robert; Massello, una con el capitán Trou Poulat; y Pral, una con el capitán Peyrot. Se formó además una compañía de voluntarios, y después se repartieron todas las fuerzas en tres cuerpos á la manera de los grandes ejércitos: vanguardia, centro y retaguardia. La expedición contaba tres pastores: Arnaud, Chion y Montoux, y era mandada por Turel secundado eficazmente por Arnaud, en sustitución del capitán Bourgeois que debía mandarla y que no había llegado á la hora establecida.

Antes de ponerse en marcha, se descubrieron y arrodillaron cerca del lago que los separaba de la hospitalaria Suiza, y oraron con fervor pidiendo á Dios que los ayudase en la reconquista de sus hogares; luego partieron.

El pastor Chion habiéndose adelantado algo para pedir un guía, fué tomado prisionero y conducido á Chambery donde quedó hasta la paz.

El primer lugar poblado á que llegaron fué Ivoire que amenazado, abrió sus puertas y dejó pasar á los Valdenses. Se llevaron á varios señores y magistrados como rehenes, y también para que sirviesen de guía; pero esas medidas se adoptaron con mucha prudencia.

La disciplina en la expedición era tan rigurosa

que los campesinos acudían sin temor con los curas á su frente, para mirar al ejército que pasaba, y hasta algunos lo saludaron con estas palabras: « ¡ Dios os acompañe! »

El cura de Filli les abrió su sótano para que se refrescasen, y no quiso aceptar compensación pecuniaria.

El país empezó sin embargo á demostrarles hostilidad. Al trepar la montaña que conduce á Boëge, encontraron doscientos paisanos armados los cuales aunque fueron fácilmente puestos en fuga, les hicieron comprender la necesidad de no alarmar las poblaciones del tránsito. Al efecto se valieron de un ardid que dió el resultado apetecido. Desde Boëge hicieron escribir á uno de los gentiles-hombres una carta concebida en estos términos: « Estos señores han llegado aquí en número de dos mil, y nos han suplicado que los acompañásemos para dar cuenta de su conducta que podemos asegurar es muy moderada; pagan todo lo que toman y no piden más que el paso libre. Por esto os suplicamos que no toquéis á rebato, y que hagáis retirar vuestra gente si está ya sobre las armas ».

Esta carta firmada por todos los caballeros llevados en rehenes, produjo el objeto deseado, pues se despertó una especie de emulación en el camino entre los habitantes para ver quien daría más pronto lo que se precisaba. Preparaban de antemano víveres, cabalgaduras y carretas, y así el viaje no sufría demora.

Al anoecer llegaron á Viú donde descansaron dos horas. Después se pusieron de nuevo en marcha, aprovechando la claridad de la luna. Enviaron otra carta parecida á la anterior á San-Joire, y tam-

poco no encontraron resistencia; al contrario, todos salían sobre el umbral de sus puertas para presenciarse el desfile. Los magistrados mandaron poner en medio de la calle un barril de vino para los soldados, y los recibieron amigablemente. Pero se detuvieron poco tiempo, siguiendo su marcha hasta media noche.

Hicieron alto en campo raso, y después de haber hecho la oración y colocado los centinelas, se entregaron al descanso, á pesar de una lluvia muy fina que incomodaba bastante. Tal fué la primera jornada.

A la mañana siguiente hacia las diez, llegaron cerca del torrente Arve en frente de la aldea de Cluse que estaba rodeada de murallas. No podían pasar adelante sin atravesarla, y los campesinos desde lejos amenazaban é insultaban á los Valdenses. El combate parecía inminente. Pero los rehenes habiendo oído que serían los primeros sacrificados, si había necesidad de pelear, pidieron permiso para escribir á las autoridades, lo que les fué concedido. Varios nobles que se adelantaron hacia los peregrinos, fueron tomados prisioneros, menos uno que fué enviado á la aldea con un oficial valdense para parlamentar.

— « ¿ Dónde está la orden? » preguntáronle.

— « A la punta de nuestras espadas », fué la respuesta.

Esas palabras atrevidas les dieron á entender que se trataba de un asunto serio, y entonces capitularon.

Los proscritos atravesaron la plaza en medio de dos hileras de habitantes en armas. Después se hi-

cieron traer provisiones que pagaron á entera satisfacción de los dueños.

De Cluse á la ciudad de Salanches el valle es muy angosto, y las aguas del Arve desbordaban por el derretimiento de las nieves y la lluvia. En el castillo de Maglan tomaron dos nuevos rehenes y recibieron aviso de que la travesía de Salanches les sería disputada.

Antes de llegar á la ciudad, había un puente guardado por más de seiscientos hombres que esperaban á los Valdenses, preparados á la defensa. Les mandaron decir que los dejaran pasar por el puente y por medio de la ciudad. Como la respuesta fuese evasiva, después de un largo debate, los Valdenses viendo que el enemigo quería ganar tiempo para preparar mejor la resistencia, se precipitaron en columna cerrada sobre el puente y lo forzaron cruzando la ciudad, sin ser molestados.

Acamparon á una legua de allí, en la aldea de Cablau donde á duras penas encontraron de que comer, y un poco de fuego para secar sus vestidos. Se hallaban empapados por la lluvia que había caído todo el día.

CAP. XXII.

Al través de los Alpes.

(1689).

El Lunes 19 fué una de las jornadas más fatigosas para la expedición. Tuvieron que trepar montañas ásperas por senderos de cabras cubiertos de

nieve, huyendo de los lugares habitados para evitar á los enemigos.

Se levantaron de madrugada, descargaron sus armas humedecidas por la lluvia, para volverlas á cargar, luego se pusieron en camino.

La aldea de Migève fué la última que los Valdenses atravesaron, y si bien los habitantes se hallaban bajo las armas, no opusieron ninguna resistencia. Al llegar sobre la montaña encontraron caseríos abandonados y descansaron un rato á causa de la lluvia. Había restos de provisiones y leche, y los soldados se abstendían de tomarlos por escrúpulo, no hallándose presentes los dueños, lo que sorprendió á los rehenes quienes decían que en la guerra los víveres se tomaban donde se encontraban, sin formalizarse por ello. Esas palabras y el hambre que comenzaba á acosarlos, determinaron los Valdenses á hacer uso de esos alimentos que de buena gana hubieran pagado, si hubiesen sabido á quien. Habiendo recobrado nuevas fuerzas, empezaron á subir la montaña de Haute-Luce, una de las más escarpadas y áridas. Esa montaña inundada por las lluvias, envuelta en nubes, cubierta de nieve y rasgada por precipicios intransitables, ofrecía mil obstáculos. El guía habiéndose extraviado, se buscaron algunos pastores para sustituirlo, pero pronto se apercibieron que esos saboyardos dirigían á la tropa por los senderos más largos y peligrosos. Entonces Arnaud los amenazó con ahorcarlos, y con sus exhortaciones reanimó á la extenuada caravana.

Después de mucho trabajo llegaron, ya de noche, á una triste aldea llamada San-Nicolás de Verose, donde no hallaron sino establos vacíos para hospedarse. Ese lugar rodeado de montañas abruptas,

profundo como un abismo, desierto y frío como la tumba, es el albergue de algunos pastores durante el verano. Los Valdenses se vieron obligados á sacar la madera del techo de esas miserables cabañas, para prender fuego y calentarse; pero eso era evitar un mal por otro mayor, pues la lluvia que continuaba á caer, los alcanzaba nuevamente rindiéndoles casi inútil ese asilo.

El Martes 20 de Agosto, los viajeros impacientes por abandonar un lugar tan poco abrigado contra las intemperies, y temerosos de alguna perfidia de los saboyardos, se pusieron en marcha más pronto que de costumbre. Un tiro disparado por casualidad hirió al capitán Meynier, y el capitán Chien, acobardado por las penurias sufridas y tal vez á causa de su delicada salud, abandonó la expedición.

Empezaron á trepar la montaña del cuello Bonhomme, uno de los más altos contrafuertes del Monte-Blanco, con la lluvia sobre las espaldas y la nieve hasta la rodilla. El cuello había sido fortificado el año anterior, en previsión del regreso de los Valdenses, pero el gobierno piamontés había retirado sus tropas, cansado de ocupar un puesto tan desventajoso y solitario. Así los desterrados encontraron el camino expedito.

Bajaron después á orillas del Isère que tuvieron que cruzar varias veces, á causa de las sinuosidades de su curso. Cerca de San Mauricio hallaron un puente con barricadas, cuyo pasaje parecían dispuestos á disputarles los campesinos, que se habían armado de horquillas. No era un obstáculo insuperable; sin embargo, trataron con el señor del lugar que mandó despejar el puente, concediéndoles el paso libre. Al aproximarse los Valdenses huyó á refugiar-

se en su castillo, de miedo que lo llevasen con los rehenes.

Estos, apenas veían á alguna persona de distinción, decían á los jefes: « He ahí un lindo pájaro para nuestra jaula ». Dos curas fueron encerrados en ella, y otro fué despedido por ser muy anciano.

Al anochechar acamparon cerca de la aldea de Scy, que al principio había manifestado sentimientos hostiles tocando á rebato, pero después llevó á los Valdenses víveres en abundancia, los cuales fueron pagados.

El 21, quinto día de la expedición, se levantó el campamento antes del aclarar, y en el camino se encontraron todas las aldeas abandonadas. Un hombre que no había huído con los demás, les vendió pan desde su balcón; pero siguieron hasta Sainte Foi antes de pararse y tomar alimento. Allí los recibieron con tanta cortesía que esa acogida les pareció sospechosa; Arnaud que se hallaba á retaguardia, se adelantó obligando á varios de esos aduldadores á seguir con ellos en calidad de rehenes.

Esa noche fueron á acampar en Laval donde por primera vez desde el principio de la expedición, Arnaud y Montoux disfrutaron de algunas horas de descanso en una cama, mientras el señor de la aldea obsequiaba á los oficiales.

El Jueves 22 de Agosto atravesaron la aldea de Tignes. Como varios de los rehenes se habían evadido, se tomaron dos curas y un abogado para reemplazarlos. Luego se empezó á subir el monte Iseran donde algunos pastores brindaron á los viajeros leche de sus rebaños, previniéndoles que eran esperados por tropas enemigas al pié del Monte Cenis. Esa noticia, lejos de desalentar á los desterrados,

aumentó su ardor. Reorganizaron las compañías, nombraron algunos oficiales nuevos y luego se pusieron en marcha.

Después de haber cruzado la montaña, llegaron á una pequeña aldea llamada Bonneval, cuyos habitantes los recibieron muy bien. No sucedió así en la de Besas que atravesaron en seguida, pues los aldeanos se mostraron arrogantes con los viajeros, lo que obligó éstos á castigarlos, llevando algunas mulas y aumentando el número de rehenes con el cura, el dueño del castillo y seis campesinos que para mayor bochorno fueron atados unos con otros. Al salir de la aldea pasaron un torrente, y fueron á establecer el campamento cerca de un caserío abandonado donde estuvieron expuestos á la lluvia toda la noche.

El séptimo día de marcha fué señalado por un acontecimiento importante; hallándose cerca de la posta del Monte-Cenis y juzgando que pronto se conocería su llegada por medio de ella, fueron á quitarle todos los caballos que tenía; al regreso se apoderaron de los equipajes del cardenal Ranuzzi que contenían papeles particulares de importancia. Se dice que el cardenal murió de dolor, creyendo que sus papeles estarían perdidos; sin embargo los conductores del convoy habiéndose quejado á los oficiales, todo el botín fué devuelto.

« Lo que padecieron los Valdenses, dice Arnaud, al pasar el grande y el pequeño Monte-Cenis sobrepaja toda imaginación. La tierra hallábase cubierta de nieve, y tuvieron que bajar de la montaña de Tourliers más bien por un precipicio que por un camino. Para colmo de desgracias la noche los sorprendió, y muchos se extraviaron en las montañas, ren-

didados por el cansancio y el sueño. Los demás llegaron en el valle del Jaillon en el qual pasaron la noche, calentándose al fuego y secando sus ropas ».

CAP. XXIII.

Salbertrand.

(1689).

Los expatriados llevaban ya ocho días de marcha al través de las montañas de Saboya, cuando al levantar el campamento y emprender la marcha, se apercibieron que el enemigo coronaba las alturas. Un gran número de aldeanos y una parte de la guarnición de Exilles, estaban apostados ventajosamente y arrojando grandes piedras atajaban el paso. Sin embargo, los Valdenses habiendo reforzado la vanguardia con cien hombres se adelantaron, y al llegar cerca del enemigo enviaron el capitán Pellenc y dos rehenes á parlamentar. Los rehenes dispararon y Pellenc fué retenido prisionero.

Viendo entonces la imposibilidad de forzar el paso, los expedicionarios se retiraron, escudándose detrás de las rocas y los árboles, para evitar los trozos de piedra que el enemigo desprendía de la montaña, y resolvieron de volver á subir por donde habían bajado. Era menester trepar valiéndose tanto de las manos como de los piés; la desesperación de los rehenes era tan grande que, agobiados por tantas fatigas, apenas podían tenerse en pié y pedían como un favor que los matasen. Muchos de ellos, aprovechando la ocasión, quedaron atrás y se escaparon.

Los mismos Valdenses efectuaron aquella marcha con tanta dificultad que más de cuarenta se extraviaron, y muchos fueron hechos prisioneros, entre ellos el cirujano Juan Malanot que durante cuatros días estuvo escondido en una caverna, y al fin fué descubierto y conducido á Turín donde permaneció hasta la paz. Otro cirujano, Juan Muston, fué capturado sobre tierras de Francia y condenado á galeras perpetuas. « Por su constancia y firmeza, dice Arnaud, merece ser mencionado en esta historia ».

Llegados á la cumbre de la montaña los Valdenses hicieron toçar los clarines y esperaron dos horas, para dar tiempo á los atrasados ó extraviados de juntarse á la expedición. No pudiendo detenerse más sin peligro, aunque muchos faltasen todavía, se pusieron de nuevo en marcha, y describiendo un largo rodeo, llegaron á una legua de Salbertrand donde pidieron á un aldeano si encontrarían víveres, pagándolos bien, á lo que respondió: « Id no más, que se os dará todo lo que queráis, y se os prepara una buena cena ».

Estas palabras amenazadoras aumentaron las sospechas de un pronto ataque, pero ya no era tiempo de vacilar. Cenaron en la aldea y siguieron su camino. A media legua del puente de Salbertrand descubrieron en la llanura treinta y seis fogones, indicio de un campamento de más de dos mil hombres. Un cuarto de hora más adelante la vanguardia era detenida por una avanzada del enemigo.

No dudando ya de que se iba á pelear, se reunieron todos para la oración, y á favor de la oscuridad de la noche marcharon sobre el puente.

Al llegar junto á él, respondieron al « ¿ quién vive? » del enemigo atrincherado: « ¡ Amigos! con tal

que los dejaran pasar ». No queriendo amigos á esa condición, empezó un fuego terrible que duró un cuarto de hora; y no obstante no causó daño; porque los Valdenses se habían arrojado á tierra, á tiempo para que las balas pasaran por encima de ellos. También fueron acometidos á retaguardia por una columna que les cortó la retirada. Le hizo frente Arnaud, el capitán Mondon y dos refugiados franceses.

La expedición se hallaba entre dos fuegos y los Valdenses parecían perdidos, cuando algunos bien inspirados arriesgándolo todo, empezaron á gritar: « ¡Valor, compañeros, el puente está ganado! » aunque no lo estuviese. Estas palabras infundieron tal coraje que todos juntos se precipitaron sobre el puente, unos empuñando el sable, otros la bayoneta, y arrollaron al enemigo que huyó en sus trincheras perseguido por los Valdenses.

La victoria de éstos fué tan completa que el marqués de Larrey, jefe del ejército enemigo, que salió herido en un brazo, no pudiendo conformarse con su desgracia, exclamaba: « ¡Es posible que pierda al mismo tiempo el combate y mi honor! » y viendo que la resistencia era inútil, añadió: « ¡Sálvese quien pueda! » El mismo se hizo llevar en una litera á Briançon, y de allí á Embrun.

« El combate duró dos horas, y fué tan recio, dice Arnaud, que el sable de los Valdenses despedazaba las espadas de los franceses y hacía brotar chispas de los caños de los fusiles, al chocar contra ellos ».

Muchos enemigos se mezclaron á los Valdenses, pensando tener oportunidad de huir durante la noche, pero eran fácilmente reconocidos á su manera de dar la consigna que era: Angrogna y que ellos pro-

nunciaban: Grogna. Esto sólo costó la vida á doscientas personas.

Las pérdidas del enemigo alcanzaron á seiscientos hombres, mientras que las de los Valdenses no fueron sino de veinte y ocho ó treinta entre muertos y heridos. Durante la pelea los rehenes aprovecharon la confusión evadiéndose todos, á excepción de seis.

Los vencedores se proveyeron de municiones de guerra, y se apoderaron de un gran botín, pues el enemigo había abandonado todo. Arrojaron al río lo que no pudieron llevar, y pegaron fuego á la pólvora. Se produjo un estruendo tan fuerte que fué oído hasta Briançon.

Tocaron después la trompeta para reunirse, y de contento tirando al aire sus sombreros, dieron gracias á Dios que les había concedido la victoria sobre sus enemigos.

Como temían que llegasen refuerzos al enemigo, juzgaron más prudente seguir la marcha hacia el valle del Prigelato que emprendieron por la montaña del Sci.

El cansancio de tan penoso viaje y el sueño fueron causa de que, á pesar de la vigilancia de la retaguardia para obligar los atrasados á marchar, ochenta hombres quedasen dormidos en el camino. Cayeron en manos del enemigo.

El Domingo 25, noveno día de marcha, los expedicionarios descubrieron por primera vez las lejanas cumbres de los Valles. Su alegría fué inmensa. Se arrodillaron y dieron gracias á Dios que les permitía ver de nuevo su país natal, orando y confesando en alta voz sus pecados.

Algunas horas después cruzaron el torrente Clu-

són, descansaron en la aldea de Traverse donde comieron algo, y fueron á dormir en la aldea de Jusseaux, al pié de la garganta del Pis.

El valle del Pragelato estaba ocupado por curas; pero aunque fuese Domingo, ninguno celebró misa, sino que todos huyeron, abandonando sus iglesias y pensando únicamente en ponerse en salvo.

Durante la noche empezó de nuevo á llover, por eso partieron un poco más tarde que de costumbre.

Un destacamento de piamonteses que ocupaba el paso del Pis, fué puesto fácilmente en fuga, y los Valdenses empezaron á bajar, apoderándose de seiscientas ovejas que les proporcionaron alimento en abundancia. Restituyeron sin embargo la mayor parte á sus dueños mediante algún dinero.

El Martes 27, después de una marcha de diez días, ocuparon la Balziglia que es la primera aldea valdense en la extremidad norte del valle de San-Martin.

Más de novecientos hombres habían atravesado el lago de Ginebra, y apenas llegaban á seiscientos los que pasaron revista en la Balziglia. Trecientos pues habían quedado en el camino, entre extraviados, prisioneros, desertores, heridos ó muertos.

CAP. XXIV.

El juramento de Sibaud.

(1689).

El país estaba en armas contra los Valdenses. En todas partes había tropas del Duque de Saboya, y los mismos ocupantes de sus antiguos dominios, extran-



Tempio Valdese de Turin



jeros en su mayoría, no les concedían asilo sino á la fuerza, y á su menor descuido los entregaban al Duque. La situación se presentaba casi desesperada. Por eso adoptaron medidas extremas como aquella de no dar cuartel á los enemigos tomados prisioneros, para que no hiciesen conocer su exiguo número y las miserias que pasaban. Con todo no perdieron coraje y lucharon hasta poseer nuevamente sus valles queridos.

Comieron y descansaron en la Balziglia, luego descendieron á lo largo del torrente para tomar el camino de Pral. Arnaud dividió su gente en dos cuerpos, mandando uno por las montañas de Rodoretto y otro por el cuello de las Fontaines, para escudriñar si había enemigos. Reuniéronse en la aldea de los Guigou donde encontraron todavía su templo en pié, aunque adornado de reliquias romanas que arrancaron. Después Arnaud celebró un culto, predicando sobre las palabras: « Nuestro socorro es en el nombre de Jehová, que hizo los cielos y la tierra ». La asamblea cantó los salmos 74 y 129, tan conocidos, que empiezan respectivamente: « Faut-il, ô Dieu, que nous soyons épars... » y: « Dès ma jeunesse ils m'ont fait mille maux... »

Al día siguiente subieron á la garganta de Julián, defendida por doscientos soldados piemonteses. « ¡Venid, venid, barbets del diablo! les gritaban, ocupamos todos los pasos y somos más de tres mil ». Arnaud dividió su tropa en tres cuerpos y acometió al enemigo á pesar de sus bravatas; lo derrotó en pocos minutos, apoderándose de todos sus víveres, municiones y bagajes, y matándole en la fuga más de treinta hombres. Los Valdenses sufrieron la pérdida del capitán Josué Mondon, que sucumbió á consecuencia de sus heridas,

y fué sepultado bajo un peñasco en el caserío de las Pausettes. Descendieron en el valle de Luserna y sorprendieron la aldea de Bobbio, arrojando á los nuevos habitantes.

El primero de Setiembre, siendo ya dueños del pueblo por la retirada de los residentes saboyardos y de las tropas que habían ido á acuartelarse en el Villar, como era Domingo, juzgaron necesario descansar. Se constituyeron en asamblea religiosa á la sombra de los corpulentos castaños de Sibaud, cerca de Bobbio. Escucharon con recogimiento las exhortaciones del pastor Montoux, que predicó sobre las palabras de San-Lucas XXI, 16: « La ley y los profetas fueron hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y quienquiera se esfuerza á entrar en él ».

Después deliberaron sobre sus intereses, y se impusieron á sí mismos leyes para garantía del orden y de la justicia en el célebre pacto ó juramento de Sibaud. Todo se ejecutó con la mayor solemnidad. Juraron sumisión y fidelidad á la causa común, anhelando sólo el restablecimiento en la herencia de sus padres con la libre práctica de su religión. El juramento fué prestado en nombre de Dios por los jefes á la tropa, y por ésta á los oficiales; todos levantaron la mano al cielo en signo de ratificación solemne á lo establecido en el pacto.

De esta manera templaron sus almas para la lucha desigual y los padecimientos de toda clase que los esperaban, superiores sin duda á los que podría soportar la generalidad de los hombres.

He aquí lo más importante de ese juramento: « Dios por su divina gracia habiéndonos reconducido en el país de nuestros antepasados, para restablecer el servicio de nuestra santa religión, nosotros

pastores, capitanes y otros oficiales, juramos y prometemos delante del Dios viviente para nosotros y nuestros soldados, y sobre la vida de nuestras almas: de guardar entre nosotros la unión y el orden; de no separarnos nunca ni desunirnos, mientras Dios nos conserve la vida, aun cuando no quedásemos más que tres ó cuatro; de no parlamentar jamás sin participación del consejo de guerra....

¡ Y nosotros, soldados, prometemos y juramos hoy delante de Dios, de ser obedientes y sumisos á las órdenes de nuestros oficiales, de permanecerles fieles hasta la última gota de nuestra sangre...

Y para que la unión que es el alma de todas nuestras empresas, quede siempre inalterable entre nosotros, los oficiales juran fidelidad á los soldados, y los soldados á los oficiales. Prometiendo todos juntos á nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, de arrancar de la cruel Babilonia los restos dispersos de nuestros hermanos, para restablecer con ellos y mantener en los Valles, el reinado del Evangelio hasta la muerte! »

El regreso á los Valles se había cumplido; era necesario ahora tomar posesión de ellos, y para eso uno de los jefes calculó que se precisaban esfuerzos aun mayores.

Los Valdenses siguiendo los consejos de Janavel, aunque ya muy reducidos en número, se repartieron en dos grupos y ocuparon simultáneamente el valle de Luserna y el de San-Martín.

CAP. XXV.

Luchas en los Valles.

(1689).

Aunque el Villar estaba guarnecido, los Valdenses salieron de Bobbio resueltos á atacarlo. Parte de la guarnición que lo defendía huyó, y parte se encerró en el convento fortificado con sólidas murallas. Se acercaron, haciendo rodar delante de ellos barricas detrás de las cuales se guarecían de las balas, y lo sitiaron para obligarlo á capitular. La llegada de refuerzos les impidió conseguir su objeto, y tuvieron que retirarse precipitadamente sobre Bobbio. Montoux cayó prisionero y fué conducido á las cárceles de Turín. Arnaud con seis hombres se vió repetidas veces rodeado de enemigos, y ya en tres ocasiones había hecho la oración, pensando caer en sus manos, cuando pudo por fin reunirse á los suyos, escapando puede decirse milagrosamente.

Los enemigos se apoderaron de Bobbio y no dejaron piedra sobre piedra, reduciéndolo en escombros. Más tarde el Villar habiendo caído en poder de los Valdenses, sufrió la misma suerte, pues lo hicieron volar por medio de minas.

Los Valdenses se redujeron á la defensiva, retirándose en las alturas de Serre-le-Cruel adonde llevaron á los enfermos y heridos. Ochenta hombres que se habían refugiado en las montañas de Angogna, habiendo recibido refuerzos recorrieron la campaña, explorando las aldeas en busca de víveres.

Cerca de la Vachère hicieron frente á seiscientos enemigos, matándoles cien, sin perder más que cuatro hombres.

Pero estas victorias no mejoraban su situación. Su miseria era extremada, y más de una vez no tuvieron por alimento sino frutas silvestres. Veinte y nueve hombres volvieron una noche de sus exploraciones, llevando tan sólo un pan de nueces con el cual tuvieron que conformarse. Un destacamento que se juntó al campo volante antes del combate que acabamos de mencionar, había pasado dos días sin comer, y para reconfortarlos no se les pudo dar más que un pedazo de pan grande como la palma de la mano. La noche de ese mismo día, refugiados todos ellos entre las rocas, se estimaron felices con poderse alimentar de repollos crudos. No se animaban á cocinarlos, de miedo de ser descubiertos por el fuego que hubieran tenido que encender. El día después al Crouset, para aplacar el hambre no tuvieron sino una sopa de garbanzos y cebollas, sin sal ni grasa; lo que no impidió que la comiesen con mucho apetito.

Sin embargo, el pequeño ejército buscaba de un lado y otro provisiones mejores con que se alimentaba y sostenía, guardando para reserva lo que sobraba. Habiendo permanecido dos días en Pral, cosechó en los campos todo el trigo que pudo y lo molió, mientras una expedición dirigida sobre el Queyras traía rebaños; así se abastecían de abundantes víveres.

En medio de esas luchas los deberes religiosos no eran olvidados. Arnaud administró la Santa-Cena á las tropas que lo acompañaban, y fué luego á Bobbio para celebrarla con el grupo que allí se encontraba.

La situación de los enemigos por otra parte no era tampoco muy lisonjera. Las familias católicas establecidas en los bienes de que habían sido despojados los Valdenses, tuvieron que abandonarlos á la llegada de sus legítimos poseedores, y las tropas debían llevar consigo sus provisiones. Con mucha frecuencia los Valdenses se las quitaban, acechando y sorprendiendo sus convoyes.

Como el enemigo se había retirado hacia la llanura á causa de la proximidad del invierno, los Valdenses aprovecharon la oportunidad y recogieron parte de los productos, nueces, manzanas, castañas y trigo, que almacenaron en las grutas ó en excavaciones practicadas en la tierra en lugares apartados y seguros, con señales conocidas de ellos solos.

El número de los defensores reducido ya por los combates y escaramuzas, mermaba siempre más por las deserciones. Entre todas fué sentida la del capitán Turel, hombre valiente y estimado. Desesperando talvez del éxito final de la empresa, desertó para librarse de las fatigas, privaciones y peligros que los acosaban del continuo. Tuvo su deserción un desenlace muy desgraciado, pues hecho prisionero y llevado á Grenoble, fué descuartizado vivo con otros doce presos.

El Israel de los Alpes estaba dividido en dos columnas: una operaba en el valle de San-Martín, otra en las alturas de Bobbio; el llamado campo volante compuesto de los hombres más ágiles y resueltos, recorría la campaña en todas direcciones, acosando y molestando al enemigo. Así Rorá fué incendiado, y las tropas del Duque experimentaron pérdidas sensibles.

Habiendo llegado muchos refuerzos al enemigo

los Valdenses se vieron en la necesidad de abandonar á Serre-le-Cruel, lo que hicieron después de haberle pegado fuego. Se refugiaron en un asilo más seguro, á las Pausettes al pié de l' Aiguille, punto fácil de defender.

En más de un encuentro el agresor tuvo que arrepentirse de su audacia, y á veces los Valdenses tomaron la ofensiva, como en Sibaud. Los sesenta hombres que se estacionaban en las Pausettes, bajaron y forzaron las fortificaciones detrás de las cuales estaba atrincherado el enemigo, arrojando al capitán y á algunos de los suyos desde los barrancos y causándoles más de treinta bajas, mientras ellos no tuvieron ninguna.

Pronto sin embargo llegaron refuerzos al enemigo, y en número tan considerable que los Valdenses abandonaron su nuevo retiro y hasta l' Aiguille, que era casi imposible tomar, dejando en poder del enemigo sus rebaños y sus provisiones acumuladas allí en gran abundancia. El enemigo las esparció por el suelo, pisoteándolas para destruirlas, y prendió fuego á las cabañas.

Los Valdenses perseguidos de peñasco en peñasco, obligados á ocultarse entre los precipicios ó en heladas cavernas, no pudiendo conseguir víveres sino con inminente peligro, hubieran sucumbido miserablemente si la Providencia no hubiese velado sobre ellos, reuniéndolos después de infinitos trabajos, al cuerpo principal que operaba en el valle de San-Martín.

CAP. XXVI.

Retirada á la Balziglia.

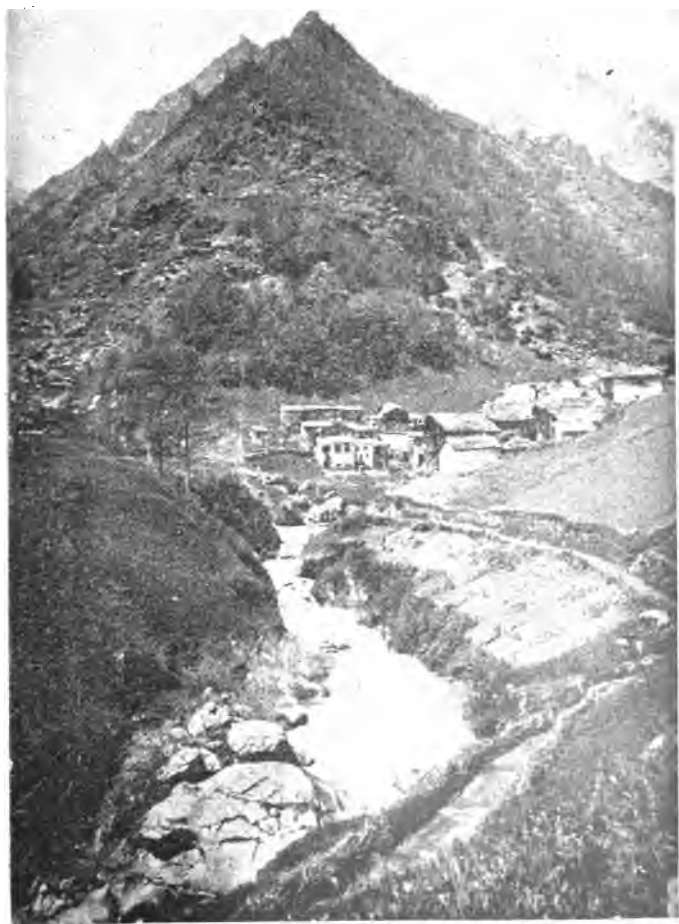
(1689).

Habían entrado en los Valles numerosos batallones de piemonteses y franceses, bajo las órdenes del marqués de Parelle y del señor de l'Ombraille. Esas tropas ocupaban todas las aldeas y todos los pasos, á excepción de algunos caseríos abandonados y de senderos casi impracticables. El valle de Rodoretto asaltado en el mes de Octubre, había sido evacuado por los Valdenses que consideraban demasiado difícil defenderlo.

La deserción continuaba, especialmente entre los emigrados franceses. Ni el trágico fin de Turel, ni mejores sentimientos detuvieron al capitán Fonfrède que huyó con el teniente y veinte hombres de su compañía. Fueron arrestados por tropas enemigas en el Pragelato y ahorcados.

La situación de la pequeña falange valdense era crítica, en frente de fuerzas veinte veces más numerosas.

El 22 de Octubre, dos mil franceses habiendo pasado del Pragelato al valle de San-Martín y habiendo acampado en Champ-la-Salse, los Valdenses se reunieron al anoecer en Rodoretto, para determinar á qué partido había que atenerse. ¿Adónde retirarse? era el problema. En las montañas de Bobbio, aconsejaban unos; en las alturas de Angrogna, proponían otros; y la desunión, ruina segura, parecía hacer brecha en las filas.



La Balziglia.



Se levanta entonces el piadoso Arnaud exclamando que es menester pedir consejo á Dios, y sin esperar contestación invoca con fervor á Aquel que es fuente de sabiduría. Después exhortando sus compañeros á sacrificar sus vistas particulares en beneficio de todos, indica un tercer partido: la retirada á la Balziglia conforme á las instrucciones de Janel. La propuesta es aceptada por unanimidad.

Esa misma noche se pusieron en camino, atravesando, para evitar al enemigo, precipicios y barrancos tan escarpados que era preciso valerse tanto de las manos como de los piés. Los rehenes, aprovechando el descuido de sus guardianes durante la marcha, huyeron todos sin que se oyeran más noticias de ellos.

La Balziglia es el último punto habitable en la extremidad Noroeste del valle de San-Martín sobre el torrente de la Germanasca. Está separada del valle del Prigelato por los pasos de Dalmian y del Pis en la misma dirección, y por el de Clapier hacia el Este. La aldea situada á los dos lados del torrente, se halla unida por un puente de piedra.

Inmediato á ella y en la margen derecha se levanta el monte escarpado de los Cuatro Dientes, dividido en plataformas que se elevan unas sobre otras, formando una verdadera fortaleza natural, accesible tan sólo del lado del arroyo. Tres fuentes le suministran agua.

Sobre esta roca y en la parte llamada el castillo, los Valdenses establecieron su campamento resueltos á esperar de pié firme al enemigo y defenderse hasta la última extremidad, sin fatigarse más en correr de una montaña á otra.

Al efecto construyeron trincheras, caminos cubier-

tos, fosos y murallas, y cerca de ochenta cabañas que rodearon de canales para desviar el agua. Sobre el torrente de la Germanasca había un molino abandonado; lo compusieron y les prestó grandes servicios. Levantaron también un fortín sobre una roca más elevada que el campamento, y una guardia velaba constantemente para descubrir los movimientos del enemigo. Arnaud predicaba dos veces por semana, y cada día de mañana y de noche dirigía la oración.

Hacia algunos días que habían empezado esos trabajos, cuando fueron rodeados por los batallones franceses, al mando del señor de l'Ombraile. Se libró el ataque el 29 de Octubre. Los franceses tomaron el puesto adelantado del Passet y acometieron después con gran energía el puente de la Germanasca, pero fueron rechazados con pérdida de sesenta hombres.

Renunciando entonces á nuevos ataques en vista de lo bien fortificado que estaban los Valdenses, el enemigo convirtió el sitio en bloqueo, hasta que el rigor de la estación lo obligó á retirarse á cuarteles de invierno en Perrero y Maniglia. Antes destruyó casas, árboles y cuanto creyó ser útil á los Valdenses. Se despidió de ellos, gritandoles que tuviesen paciencia y los esperasen hasta Pascua.

En el mes de Noviembre el señor de l'Ombraile, avisado por un espía de que los Valdenses se servían del molino de Massello, envió un destacamento de quinientos hombres para destruirlo. Dos refugiados franceses fueron muertos en esta gloriosa empresa, y un tercero preso. Este fué obligado á cargar la cabeza ensangrentada de sus compañeros, y á marchar así hasta Perosa. « Oraba á Dios con tanto ardor, dice

Arnaud, que el juez, aunque católico, suplicó á de l'Ombraille que se lo entregase, pero de l'Ombraille que no hablaba sino de exterminar todo, amenazó al juez de mandarlo ahorcar con el preso ».

El gobernador de Pinerolo no quiso permitir que ese degradado fuese ejecutado sobre las tierras del Duque, por eso lo mandaron al castillo de Bois en el valle del Prigelato, dominio de Francia. Su oración antes de morir, arrancó lágrimas á todos los presentes: « Muero, dijo, por una causa justa; Dios protegerá á los que perseguís, y por un hombre que matéis á los Valdenses, les suscitará quinientos ».

Hubiera podido salvar su vida por medio de la abjuración, prefirió glorificarla con el martirio. Su cabeza fué expuesta en un poste sobre el camino nacional, y los que pasaban decían moviendo la cabeza: « ¡ He ahí el fin de los barbets! ».

CAP. XXVII.

El invierno de 1690.

Gracias á la retirada del enemigo, los Valdenses pudieron salir de la Balziglia y recorrer libremente la parte del país abandonada por los franceses. Los primeros tiempos desde su regreso habían transcurrido en medio de las privaciones y de los combates, pero ahora se hallaban tranquilos, porque nadie se atrevería á atacarlos entre la nieve y los rigores del invierno.

Sus fuerzas apenas alcanzaban á seiscientos hombres: cuatrocientos en la Balziglia, un centenar en

los montes de Angrogna, y otros tantos divididos en pequeñas partidas, recorriendo las salvajes asperezas de Bobbio y, como el águila, buscando asilo entre las rocas.

Pasaron el invierno preparándose á la defensa y aprovisionándose de víveres. El enemigo había destruido cuanto estaba á su alcance, para que los Valdenses no pudiesen encontrar alimentos, y les cerraba el paso hacia los lugares habitados donde hubieran podido conseguir, así que parecían estar en grave apuro; « pero, dice Arnaud, lo más sorprendente fué que las avenas de Pral y Rodoretto, las cuales no habían sido cosechadas en 1689, se conservaron intactas, cubiertas por la nieve, y fueron recogidas por los Valdenses en los meses de Febrero á Abril de 1690. ¿ Será posible, agrega, que alguien desconozca la mano de Dios en esta circunstancia extraordinaria en que fué permitido efectuar la cosecha, no en la estación acostumbrada, sino en la enteramente opuesta? »

Además fuertes destacamentos hacían excursiones á los valles del Pragelato y del Queyras, y traían sal, grasa, vino y otras provisiones.

Entre los episodios de aquel invierno merece ser citado el siguiente: Un grupo de doce Valdenses habíase refugiado en una gruta llamada Balma d'aut, en el territorio de Bobbio; pero el hambre los obligó á descender para buscar alimentos. Vueltos á su asilo, temerosos de que sus pisadas en la nieve los delatasen, se decidieron á trepar más arriba, buscando un nuevo escondite en la caverna de la Biava, en un paraje inaccesible. Su resolución fué prudentísima y muy acertada, pues apenas estaban en marcha, vieron venir hacia ellos una tropa de ciento

veinte y cinco hombres armados que los habrían sin duda sorprendidos y rodeados un cuarto de hora antes. Tirando en seguida su ligero bagaje, escalieron una altura inmediata y rompieron fuego contra sus enemigos, matándoles doce hombres é hiriéndoles trece, con lo cual los obligaron á volverse hacia el llano, mientras ellos continuaban su camino.

Llegados á la gruta adonde se dirigían, tuvieron la certeza de no ser atacados, tan difícil era su acceso; pero el frío era tan intenso que después de dos días de insufrible martirio, prefirieron abandonarla, á riesgo de ser despeñados en los precipicios y perecer envueltos en los torbellinos de nieve, ó ser arrastrados por las avalanchas.

Entristecidos por el sufrimiento, animados de resoluciones sombrías, seguían su camino cuando descubrieron un grupo armado. Desesperados, prefiriendo morir más bien que trepar otra vez los senderos por los cuales habían bajado, se atrincheraron detrás de una casa y abrieron el fuego, matando á uno de los que creían sus contrarios; mas ¿cuál no fué su sorpresa al reconocer que esa columna era compuesta por hermanos que les tendían los brazos y venían en su busca? Derramando lágrimas corrieron hacia ellos, y pasaron la garganta de Julián, dirigiéndose á la Balziglia donde hallaron abrigo, reposo, alimento y seguridad, lo cual habían creído no encontrar nunca más.

En la Balziglia el invierno se pasó tranquilamente, y las únicas interrupciones á sus tareas y á su vida monótona, fueron las visitas y los mensajes de parientes y amigos para inducirlos á capitular. Se les ofrecían honrosas condiciones, con tal que se alejasen del país.

El enemigo buscaba intimidarlos por medio de esas confidencias de parientes; sobre lo que los esperaba cuando llegase la primavera, y les manifestaba abiertamente que un numeroso ejército los rodearía para anonadarlos. En cartas escritas en las cárceles de Luserna por algún amigo supuesto, los conjuraban de no comprometer su suerte con una resistencia porfiada é inútil, y también los suplicaban de pensar á sus mujeres y á sus hijos dejados en Suiza, que serían privados de sostén por su inconcebible tenacidad. Lo que más claramente indica que esos mensajes eran obra de sus enemigos, es el reproche que les dirigían respecto á su expedición conquistadora, calificándola de acto de rebelión y de crimen contra su soberano legítimo.

A todas esas amenazas Arnaud se contentó con responder por medio de una nota dirigida al marqués de Parelle, á quien suplicaba la hiciese llegar á manos de su alteza. Decía en ella que los Valdenses «reclamaban solamente la posesión de las tierras que les habían pertenecido desde tiempo inmemorial. Que siempre habían abonado con escrupulosidad los impuestos y que habían sido leales á sus príncipes, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es de César, lo cual no los libraba de verse perseguidos y errantes por el mundo. Esto los justificaba de volver á tomar posesión de sus hogares del modo que mejor pudiesen, y que si hacían uso de armas, era sólo en defensa de sus vidas. En fin concluían diciendo que ellos estaban resueltos á permanecer en sus tierras y ser siempre súbditos fieles de su príncipe por cuya prosperidad y la de su familia pedirían á Dios en sus oraciones, y so-

bretodo para aplacar la cólera del Señor que parecía airado contra toda la tierra ».

Como no había llegado aún la hora en que el príncipe reconocería la justicia que asistía á los Valdenses, la negociación fué interrumpida sin que se obtuviera resultado alguno.

Los países extranjeros se interesaban por ellos, y algunos como Holanda les enviaron socorros, pero fueron interceptados por las tropas francesas.

Las fortificaciones de la Balziglia habían sido completadas, y el lado hacia el torrente que ofrecía un acceso más fácil por ser menos escarpado, había sido objeto de cuidados especiales. Se habían construído pequeños parapetos de tierra y fuertes palizadas, por medio de árboles dispuestos de tal manera que presentaban sus ramas al enemigo y el tronco con las raíces á los Valdenses. Y para darles más consistencia y firmeza, los habían cargado con inmensas piedras de modo que no era más fácil arrancarlos que escalarlos.

Con la conciencia tranquila y poniendo su confianza en la protección divina, los Valdenses esperaban la vuelta del enemigo.

CAP. XXVIII.

Sitio de la Balziglia.

(1690).

Apenas las nieves empezaron á derretirse y los caminos y gargantas de los Alpes á ser algo transitables, los franceses se dirigieron hacia la Bal-

ziglia desde los valles de San-Martín y Prigelato por los cuellos de Clapier y del Pis. Los que cruzaron este último paso, estuvieron dos días en la nieve sin prender fuego de miedo de ser descubiertos, reducidos á arrimarse los unos á los otros, mientras esperaban la orden de ponerse en marcha para investir la plaza.

El ilustre general Catinat mandaba las tropas reunidas al rededor de la Balziglia, compuestas de veinte y dos mil hombres, diez mil franceses y doce mil piemonteses; emprendió el ataque contra los quinientos Valdenses, creyendo tomarlos prisioneros á todos y acabar en un día.

El fuego comenzó el Lunes 1º de Marzo de 1690 por la mañana. Los dragones acampados en un bosque á la izquierda del castillo, atravesaron el torrente y se emboscaron á lo largo de sus orillas, bajo una lluvia de balas que les causó muchas pérdidas. Centenares de soldados de su alteza real quedaron muertos en el mismo puesto que habían ocupado. El grueso de las fuerzas enemigas se acercó á las casas que hay al pié de la roca fortificada; pero se retiró muy pronto, dejando el campo sembrado de cadáveres y llevándose gran número de heridos.

Observando un ingeniero los alrededores de la fortaleza, creyó que debía asaltarse por la derecha donde parecía estar el punto más débil. Al efecto una columna de quinientos hombres escogidos del regimiento de Artois, se adelantó al paso de carga en esa dirección hasta llegar al pié de los bastiones, tiroteando á los Valdenses. Setecientos aldeanos del Prigelato y del Queyras seguían la columna para ayudarle á arrancar las palizadas y los para-

petos, y siete mil infantes debidamente colocados los protegían con fuego incesante.

Si bien aquella parte de la fortaleza parecía mas accesible, los Valdenses con ingeniosa industria la habían fortificado, como se ha dicho, con terraplenes y árboles cuyas ramas se extendían hacia la pendiente por donde debían subir los enemigos, de modo que los asaltantes se engañaron, al creer que bastaba apartar esas ramas para abrirse paso. Esa barrera insuperable los detuvo, mientras los Valdenses teniéndolos tan cerca, les hacían un fuego mortífero; los más jóvenes cargaban los fusiles, y los tiradores más expertos los descargaban con rapidez, casi sin errar tiro, á pesar de la nieve que caía en abundancia y humedecía la pólvora.

En cuanto la columna volvió cara y empezó á bajar la cuesta en desorden, los Valdenses salieron tras ellos, persiguiendo y acuchillando los restos de esa tropa escogida de la cual escaparon con vida sólo diez ó doce, sin armas y sin sombrero. ¡ Cosa sorprendente é increíble, si no estuviese atestiguada por historiadores verídicos, los Valdenses no tuvieron en esa acción ni muertos ni heridos!

El coronel Parat que había dicho á sus soldados, indicándoles el castillo: « Es preciso que vayamos á dormir esta noche en esa cabaña », cayó prisionero y fué llevado á esa cabaña, pero en calidad de preso y no como vencedor, según su augurio. Se le concedió de hacer venir un cirujano, para curarle de sus heridas, y fué también muy útil á los Valdenses.

Los enemigos consternados se retiraron aquella misma noche, los franceses á Massello, y los piemonteses, que habían permanecido como simples espectadores sin tomar parte en la pelea, á Champ-la-

Salse. Tres días después pasaron al valle del Prage-lato con el fin de reorganizar las tropas y descansar, resueltos á volver para vengar la afrenta sufrida y á morir, antes que abandonar su empresa.

Al despojar á los muertos, los Valdenses encontraron sobre los cadáveres gran cantidad de escapularios y otras medallas que los soldados de Luis XIV consideraban como preservativos eficaces contra la muerte y contra los ataques del diablo, con el cual se les había hecho creer que los Valdenses mantenían íntimas relaciones.

El general Catinat, mortificado por la derrota sufrida, no quiso exponerse más, para no ver frustradas sus esperanzas al bastón de mariscal de Francia, grado que parecía ambicionar mucho. Por eso delegó la ejecución de la empresa al marqués de Feuquières, embajador del rey de Francia ante la corte de Saboya, y le trazó el plan del ataque. En nada lo modificó Feuquières, pareciéndole inmejorable, y recibió de antemano el título de « domador de los barbets ».

El 10 de Mayo los Valdenses vieron de nuevo al enemigo aproximarse, y se replegaron á su roca fortificada, abandonando los puestos exteriores. Aquella misma noche los invasores acamparon cerca de la Balziglia, en número de doce mil solamente y cuatrocientos paisanos. Procediendo con más cautela que en el ataque anterior, divididos en cinco brigadas, cercaron completamente el fuerte, construyendo parapetos á medida que adelantaban un paso, para protegerse detrás de ellos. Así fueron estrechando la línea sitiadora, hasta llegar en algunas partes á tiro de mosquete.

De día, la salida era imposible á los Valdenses, pues apenas el enemigo apercibía el sombrero de uno de

ellos le disparaba cien tiros. Los soldados se escudaban detrás de los parapetos y de bolsas llenas de lana que las balas no podían traspasar. De noche, los sitiados efectuaban enérgicas salidas, destruyendo las obras del enemigo que empleó doce días para rodear la fortaleza de trincheras y fortificaciones.

Cuando todo estuvo pronto, arboró una bandera blanca, ofreciendo á los Valdenses honrosa capitulación, si querían deponer las armas. Le respondieron: « No somos súbditos del rey de Francia y ese monarca no es dueño de nuestro país, para que tratemos con sus oficiales. Estamos en la herencia que nos han dejado nuestros padres, y esperamos con la ayuda del Dios de los ejércitos vivir y morir en nuestra patria, aunque no quedásemos más que diez ». A las amenazas de Feuquières diciendo que dispararían el cañón, los Valdenses contestaron que las tempestades producían más estruendo que el cañón, y que sin embargo sus montañas no se estremecían.

Feuquières viendo las dificultades para dar un asalto, y la inutilidad del fuego de fusilería, hizo llevar algunos cañones sobre el monte Guignevert desde el cual dominaba la Balziglia. Arboró otra vez una bandera blanca y después una colorada, para dar á entender á los sitiados que si no se entregaban, no debían esperar perdón.

Ya se había anunciado en Pinerolo que todos los Valdenses que no sucumbiesen en la fortaleza, serían ahorcados en esa ciudad.

Los sitiados no habiendo dado contestación alguna, el cañón empezó á hacer resonar las montañas con su estampido, y disparó toda la mañana del día catorce con tan buen éxito que abrió muchas brechas

en los bastiones construídos tan sólo con piedras, sin mezcla.

Los franceses se lanzaron al asalto en tres columnas, á pesar del nutrido fuego de los Valdenses que arrojaban también enormes piedras. Estos tuvieron entonces que retirarse á las partes más elevadas de la roca, en el fortín, abandonando sus posiciones al enemigo que en seguida las ocupó.

La Balziglia no podía ser defendida por más tiempo; ya había resistido á varios ataques y sostenido un sitio digno de una plaza fuerte. Afortunadamente para los sitiados el día tocaba á su fin. Los franceses que se habían apoderado de la parte inferior de la fortaleza, remitieron la continuación del ataque á la mañana siguiente. Esto salvó á los Valdenses. Dios velaba aún sobre ellos y no los desamparaba.

CAP. XXIX.

La huida de la Balziglia.

(1690).

La situación de los Valdenses no podía ser más crítica; sus obras de defensa no habían podido resistir á la artillería y habían tenido que abandonarlas en parte; su número era demasiado exiguo para hacer frente á un asalto general en que hubieran tenido que batirse uno contra veinte ó más. Tampoco parecía posible que hubiesen podido escaparse durante la noche, al través de las trincheras enemigas, porque los franceses para calentarse, habían encen-

dido tan grandes fogatas que las montañas y todas las inmediaciones estaban alumbradas como de día.

Los franceses celebraban ya su victoria, y enseñaban á los Valdenses las cuerdas con que habían de ahorcarlos.

« En fin, dice Arnaud, los sitiados vieron que no había sino la mano de Dios que los pudiese salvar de sus enemigos. Confiando pues en la divina Providencia, se afirmaron más en la creencia de que Aquel que los había librado de tantos peligros, los había dejado llegar á tal extremo tan sólo para darles á conocer mejor de que modo velaba para su conservación ».

En efecto, en el momento mismo en que la situación se presentaba más desesperada, haciendo vislumbrar una muerte cruel y horrenda, sobrevino una densa niebla que se extendió á la entrada de la noche sobre todo el valle. Aprovechando esta circunstancia que juzgaron providencial, los Valdenses se decidieron á abandonar sus puestos y á huir bajo la guía del capitán Trou Poulat, que era de la Balziglia y conocía el terreno palmo á palmo.

Examinando á la luz de las fogatas las posiciones del enemigo, Poulat declaró que sólo había una senda ó más bien un espantoso precipicio por donde se podía huir. Los Valdenses se encaminaron sigilosamente uno tras otro, y llegados á ese abismo, lo franquearon arrastrándose sobre las rodillas y agarrándose á las ramas de los arbustos ó al pasto. Los primeros que pasaban, tanteaban el terreno con las manos y los piés, hasta encontrar un punto firme donde pisar, y lo señalaban á los demás. Todos se habían descalzado para no producir ruido.

Pasaron en esta forma cerca de un cuerpo de guar-

dia enemigo, y en ese mismo instante un valdense queriendo valerse de las dos manos para trepar, soltó inadvertidamente un pequeño caldero que, rodando entre las piedras por el precipicio, llamó la atención de un centinela. Este dió la voz de: ¿Quién vive?, pero, añade burlescamente Arnaud, no siendo de aquellos que los poetas fingen haber hablado antiguamente, el caldero no contestó, por lo cual el centinela creyendo sin duda haberse equivocado, no repitió la alerta.

Los Valdenses siguieron su camino, y practicando escalines en la nieve endurecida, treparon la montaña del Guignevert, dirigiéndose hacia Salsa.

De mañana al aclarar, los enemigos asombrados apercibieron á los fugitivos en las alturas, y empezaron á gritar que los barbets huían. En seguida un destacamento fué enviado para perseguirlos.

El coronel Feuquières que ya había anunciado la capitulación de los Valdenses, tuvo que escribir de nuevo diciendo:... « En verdad no tengo la culpa. Estas rocas y la niebla más densa que nunca se haya visto, los favorecieron ». Entre los soldados católicos corría la voz de que Arnaud fuese un brujo. Pero los más argüían de los últimos acontecimientos que « la Providencia tomaba cuidado visiblemente de la conservación de aquel pequeño pueblo ». Lo mismo pensaban los Valdenses, y tan es así que uno de sus capitanes, Robert, solía repetir: « Lo que Dios guarda está bien guardado ».

Cuando el enemigo llegó á Salsa, los Valdenses ya se hallaban en Rodoretto, y así huyendo de una cumbre á otra, seguidos de cerca por sus encarnizados perseguidores, multiplicándose en marchas y contramarchas de día y de noche, entre las nieves y en me-



Escola latina de Pomaretto.



dio de los precipicios y barrancos, llegaron á Pramollo el 17 Mayo 1690, y se aprovisionaron de víveres. La guarnición y los habitantes católicos se atrincheraron en el cementerio. Los Valdenses los acometieron valerosamente y los obligaron á retirarse, causándoles cincuenta y siete bajas, mientras que ellos mismos no tuvieron sino tres muertos é igual número de heridos. El comandante Vignaux tomado prisionero con tres oficiales, refirió á los Valdenses que Víctor Amadeo no tenía sino pocos días para decidirse entre Luis XIV ó los aliados que le hacían la guerra.

Desde el día siguiente la determinación del Duque fué conocida; entraba en la coalición formada por Inglaterra, Holanda, Austria y Alemania contra Luis XIV. Esta resolución importaba para los repatriados paz y amistad. Y ya no hubo lugar á dudas cuando después del mensaje enviado por orden de Víctor Amadeo, los Valdenses recibieron víveres y municiones en abundancia.

Los generales del Duque les entregaron también la aldea de Bobbio, para que la defendiesen.

Pronto empezaron á llegar algunos pastores y otros prisioneros, y todos llenos de alegría, narraban su excarcelación y las palabras que el Duque en persona les había dirigido, asegurándolos que serían libres con tal que le fuesen fieles, y que no sólo los dejaría predicar en los Valles, sino hasta en Turin.

¿Quién podría explicar el gozo que embargaba sus ánimos al verse libres? En tantos meses de una lucha desigual, en medio de trabajos y miserias increíbles, su número había mermado considerablemente, y todo lo que podían esperar era una muerte cruel, después de algunos meses más de fatigas, pa-

decimientos y combates. Ahora todo cambiaba de aspecto.

Amadeo hizo una paz interesada con los Valdeses. Los precisaba para la defensa de los confines. Ellos se unieron de buena gana á las tropas piemontesas y realizaron brillantes expediciones. Uno de sus capitanes habiéndose apoderado de una valija de correspondencia dirigida al rey de Francia, Arnaud fué encargado de llevarla al Duque.

Víctor Amadeo recibió á los delegados Valdeses con amabilidad, y pronunció estas memorables palabras: « Tenéis un solo Dios y un solo príncipe, servidlos fielmente. Hasta ahora hemos sido enemigos, en adelante debemos ser buenos amigos. Otros fueron causa de vuestras desgracias, pero si ahora exponéis vuestras vidas para servirme, como es vuestro deber, yo expondré la mía por vosotros, y mientras tenga un pedazo de pan, no os faltará vuestra parte ».

Apenas la noticia de tan feliz cambio fué conocida, los restos esparcidos del pueblo Valdense se apresuraron á volver á su patria. Los jóvenes que estaban sirviendo en las familias católicas del Piemonte, las mujeres y los niños quedados en Suiza, los emigrados en la lejana Alemania, todos volvieron á los Valles para restablecer el culto de sus padres, reedificar los templos derribados y las casas incendiadas, y cultivar los campos abandonados.

La población Valdense que después del regreso de todos los expatriados no pasaba de cuatro mil almas, se aumentó rápidamente por numerosos casamientos. Una era de paz y de prosperidad pareció

al fin abrirse para esa comarca, durante tanto tiempo azotada.

Arnaud volviendo hacia atrás la mirada, admira la grandiosa sucesión de los acontecimientos y exclama con acentos de triunfo: « Fuí creído temerario é imprudente, pero los hechos han demostrado que Dios fué quien dirigió todas las cosas, y ahora el pobre Arnaud se halla en compañía de los generales, festejado de todos aquellos que antes lo hubieran devorado vivo. Esto es obra de Dios: ¡ A El solo sea la gloria! »

CAP. XXX.

Nuevo destierro.

(1690-1698).

Los Valdenses sostuvieron con bravura la causa de Víctor Amadeo contra Luis XIV en las gargantas de los Alpes, unidos al ejército piemontés.

Cuando la calma empezó á restablecerse, los pastores se dedicaron á organizar la iglesia. Convocaron una asamblea general ó Sínodo en la aldea de los Coppiers, el 18 de Abril 1692; su primer acto fué proclamar un día de ayuno, el 4 de Mayo, para dar gracias á Dios que los había reconducido á su patria, y también para humillarse con sentimientos de arrepentimiento y mayor fe.

Hacia el fin de ese año ya doce iglesias se habían organizado, pero después de tantas calamidades se concibe fácilmente cuan ardua debía ser la tarea de arbitrar recursos para el sostén de los pastores.

Inglaterra acudió como siempre geuerosa en auxilio de los Valdenses, proporcionándoles doce subsidios que fueron aumentados después, según las necesidades. Se recibieron también otros socorros del extranjero, especialmente de Holanda, y en ese mismo año celebráronse cinco Sínodos.

Como se notaba la falta de pastores, Lausanne, Basilea y Utrech crearon pensiones destinadas á jóvenes de los Valles que tuviesen intención de dedicarse al sagrado ministerio y ejercer después en su patria.

Hasta 1694 no publicó Víctor Amadeo el edicto por el cual restablecía á los Valdenses en sus antiguos derechos y privilegios. El papa contrariado por la tolerancia del Duque, en una bula del mes de Agosto del mismo año declaró ese edicto nulo y de ningún valor, ordenando á los inquisidores que no lo tuviesen en cuenta para perseguir á los herejes. El Duque se resintió por las ingerencias del papa, y obtuvo del Senado que su edicto fuese confirmado nuevamente y la bula papal prohibida.

Mas no habian concluído las tribulaciones para los Valdenses. Las vejaciones empezaban de nuevo. Querían obligarlos á pagar los impuestos atrasados aun del tiempo que habían faltado de los Valles, lo que importaba una suma bastante crecida, muy por encima de los recursos con que contaban. « No se concibe, dice un historiador, como puedan vivir en ese país. A fuerza de impuestos se verán en la necesidad de emigrar, para buscar en otra parte los medios de vivir. Serán obligados á vender sus bienes á vil precio, y muchos católicos no esperan más que eso ».

Algún tiempo después, en 1696, el rey de Francia

consiguió de Amadeo que abandonase la coalición y se pasase á su lado, prometiéndole muchas ventajas. Concluyeron un tratado estipulando que los Valdenses de los valles pertenecientes al rey de Francia, refugiados hacía tiempo y ligados por lazos de parentesco y de intereses con los valles piamonteses donde se hallaban establecidos, serían expulsados; y que los súbditos del Duque de Saboya no tendrían relación alguna con los vasallos del rey de Francia.

El Duque de acuerdo con ese tratado, intimó á los residentes franceses que saliesen de su territorio en el espacio de dos meses, á contar desde el primero de Julio de 1698, bajo pena de la vida y confiscación de sus bienes. Los propietarios que en el término indicado no hubiesen vendido sus posesiones, debían recibir el precio de costo de manos del intendente de Pinerolo. Además estaba vedado á los pastores de poner el pié en los estados del rey de Francia, so pena de diez años de galera.

Este cruel edicto dirigido contra los refugiados franceses, comprendía cerca de tres mil personas que habían encontrado en Piamonte una nueva patria, y habían contraído muchas relaciones de amistad con sus hermanos en la fe. El ilustre Arnaud y seis pastores más de los trece que había entonces en los Valles, fueron incluídos en la proscripción por su origen francés. Uno de ellos era el señor Montoux, compañero de Arnaud en su inmortal empresa, y compañero ahora también en su dolorosa peregrinación.

Arnaud que era Moderador, tuvo que presentar su renuncia y tomar de nuevo el camino del destierro, para buscar un asilo para sí y para sus compañe-

ros de fe y de desgracia que se confiaron á su dirección.

Los pastores Valdenses reunidos en Sínodo extraordinario en Bobbio el 12 de Agosto, quisieron expresar á Arnaud su simpatía: « Esta separación, dice la carta que le entregaron, al privarnos de vuestros útiles y muy gratos servicios, nos es dolorosa en extremo... Por el amor y la estima que todos os profesan, os presentamos á Dios en nuestras fervientes oraciones, para que tengamos el consuelo de veros algún día de nuevo entre nosotros; así que no nos despedimos para siempre, sino con la esperanza de que los tiempos cambiarán y que volveréis ».

Hacia el fin de 1698 los proscritos se pusieron en marcha, divididos en siete grupos, cada uno bajo los cuidados de un pastor, y se dirigieron hacia Ginebra la cual se mostró hospitalaria como siempre. Brindó albergue á los desterrados ese invierno con la condición de que llegada la primavera, abandonarían el país, por estar muy recargado de habitantes su territorio.

La expulsión de 1698 fué de más tristes consecuencias que el primer destierro, pues los expatriados de ahora ya no volverán á su patria.

CAP. XXXI.

Las colonias de Alemania.

(1699-1721).

Arnaud desplegó gran actividad y celo para encontrar un paraje donde establecer á los Valdenses. No querían separarse unos de otros. Después de muchas tratativas y debido tal vez á sus numerosas

correspondencias á Holanda, Inglaterra y Alemania, obtuvo por fin autorización del gobierno de Würtemberg de colocar en los alrededores de Studgard esas tribus errantes que contaban gran número de familias Valdenses. En el transcurso del año 1699 los refugiados tomaron posesión de sus nuevas moradas.

Los primeros tiempos fueron bastante penosos para los pobres colonos, porque debían edificar sus casas y preparar sus campos para la producción. Precisaron los socorros de sus amigos de otros países; pero desde el segundo año sus esfuerzos se vieron coronados de resultados satisfactorios. Pronto en las tierras incultas que les habían sido concedidas, se levantaron numerosas aldeas franco-valdenses que ostentaban ejemplo de moralidad, industria y trabajo. Recordando con afectuoso pensamiento la patria lejana, los desterrados bautizaron sus nuevas residencias con nombres de los lugares que habían tenido que abandonar. Así Perosa, Pinasca, Luserna, Serre, Gros-Villar, Bourset, sin mencionar las pequeñas aldeas de Lanvers, Vigna, Cartera, Saret, etc.

Algunos de estos nombres desaparecieron después, y fueron sustituidos por otros de origen alemán.

En la pequeña ciudad de Dürmentz, donde se establecieron los artesanos que había entre los emigrados, existe aún hoy una calle llamada francesa, por haber sido poblada en un principio por los reformados venidos de los Valles.

Los Valdenses empezaron á cultivar la morera y la viña, y uno de ellos, Signoret, introdujo el cultivo de la papa que hasta entonces era desconocida en Alemania.

Sobre el suelo germánico esas víctimas del odio fanático de Luis XIV no conocieron nunca más las tribulaciones que habían sufrido antes. Protegidos por príncipes de su religión, tratados con justicia y bondad, como los demás súbditos, vivieron sino en medio de la prosperidad á lo menos en paz.

Durante más de un siglo las colonias Valdenses del Württemberg gozaron de relativa libertad en cuanto á su organización eclesiástica. Conforme á las tradiciones de su iglesia, proveían al culto y á la instrucción, edificando templos y escuelas, y reuniendo el sueldo de sus pastores y maestros, carga muy pesada para gente pobre como lo eran; sin embargo fueron aliviados en muchas ocasiones por los subsidios que les remitía de vez en cuando la caritativa Inglaterra. Durante mucho tiempo tuvieron pastores de la madre patria ó salidos de su seno; pero después de un siglo, perdieron poco á poco su carácter de pueblo á parte, y se asimilaron á los habitantes del país cuyo idioma y costumbres acabaron por adoptar.

En el año 1823 las comunidades Valdenses se unieron á la iglesia luterana, cesando así su organización eclesiástica á parte.

El año 1899 celebraron el bicentenario de la fundación de las colonias. Más de doscientos años transcurrieron desde que los primeros expatriados pisaron el suelo de Suabia. ¡Qué cambio en ese lapso de tiempo! ¡Qué triste espectáculo debían ofrecer esas columnas de harapientos que llegaban en parte descalzos, esas mujeres y niños, arrastrados en miserables carros cubiertos de lona!

Ahora sin duda no cambiarían sus campos, sus



Comin. P. Lantaret, D. D.



prados, sus rebaños y sus quintas de árboles frutales por su patria de origen.

Existen todavía muchos apellidos comunes en los Valles; una aldea cuenta veinte y cinco familias de Gilles, y si no fuera por los casamientos mistos y los cambios de domicilio, los descendientes de los Valdenses deberían alcanzar á algunos miles.

Solamente diez congregaciones han conservado el carácter valdense en toda su pureza: su población llega á 2840 almas. Casi todas las aldeas son iguales, y se diferencian de las demás por su forma. La vida es más holgada que en los Valles. Cada casa posee una pequeña biblioteca, y casi en todas se ve el retrato de Enrique Arnaud. Los demás habitantes del Würtemberg consideran á los Valdenses como hermanos, y los aprecian como si fuesen miembros de sus familias. En todas partes se levantan aldeas encantadoras rodeadas de campos cultivados con esmero. Poseen casas hermosas, y sobretodo hermosas escuelas con buenos maestros, y pastores que predicán fielmente la palabra de Dios.

Arnaud había fijado su residencia en los alrededores de Dürrmentz, en Schönenberg. Sin embargo aprovechó pronto la ocasión favorable que se le ofreció, para volver á sus queridos Valles, y desempeñó el pastorado en San-Juan hasta el año 1707. La oportunidad le había sido proporcionada por el mismo Duque Víctor Amadeo II, que cansado de su alianza con Luis XIV, le había declarado nuevamente la guerra, requiriendo como siempre el auxilio de las compañías Valdenses y de los refugiados franceses.

El valor de las milicias Valdenses sirvióle de poderosa ayuda en multitud de encuentros, y le demo-

straron su fidelidad, cuando el mismo Duque en persona, perseguido de cerca por las tropas francesas, tuvo que buscar un asilo en medio de ellos, en 1706. Fué sustraído á las persecuciones del enemigo, y á la familia Durand-Canton de Rorá cúpole el honor de ofrecerle hospitalidad. Como recuerdo de su visita dejóle su vaso, el servicio de plata que usaba, y un acto auténtico autorizando dicha familia á sepultar sus muertos en el jardín de su casa.

En 1707 los Valdenses del valle de San-Martín, seducidos por las lisonjas y promesas de los generales franceses, celebraron un tratado por el cual se erigían en pequeña república, bajo la protección del rey de Francia, prometiéndole de no tomar las armas contra él. Arnaud desplegó, aunque inútilmente, toda su influencia para impedir semejante aventura de la cual no tardaron en arrepentirse. A pesar de eso, fué acusado de haber querido establecer una república valdense, y tuvo que expatriar.

Partió en 1707 para Londres, y quedó allí hasta el año siguiente. Renunció á los honores y á la gloria que le ofrecía el rey de Inglaterra. Rehusó el mando de un regimiento, aceptando tan sólo el diploma de coronel de sus ejércitos.

El modesto pastor efectuó todavía un viaje á los Valles, y en 1709 se retiró á Alemania, dedicando sus cuidados á los expatriados. A ellos consagró los últimos días de su vida.

Fué en esta época cuando redactó la « Historia del Glorioso Regreso de los Valdenses á sus valles », mandada imprimir por primera vez en 1710.

Desempeñó las funciones de pastor en Schönenberg. No conociendo el alemán, más de una vez se vió en apuros, en medio de una población que no de-

mostraba sentimientos muy benévolos hacia los nuevos venidos.

El venerando pastor descansaba en medio de sus compañeros de destierro, visitándolos y animándolos todos los días en sus trabajos: « Dios entiende todos los idiomas, les decía; trabajad y tened confianza en El ».

Murió pobre y rodeado de sus hijos, á la edad de ochenta años, el 8 de Setiembre 1721.

En el humilde templo de Schönenberg, al pié de la mesa de la comunión y en frente del púlpito, se distingue una lápida en que se leen dos epitafios en latín.

He aquí su contenido: « Bajo esta piedra descansa el venerando y valiente Enrique Arnaud, pastor de los Valdenses y coronel. — Ves aquí sus despojos mortales; pero ¿quién podrá jamás describirte sus hazañas, sus luchas y su fe inquebrantable? Solo, el hijo de Jessé combate contra millares de Filisteos, y solo tiene apretado su campo y su jefe ».

La paz de Utrech firmada en 1713, convirtió en real la corona ducal de Saboya, aumentando sus estados con la Sicilia cambiada poco después por Cerdeña, y devolviéndole el valle del Prigelato que estuvo cerca de dos siglos bajo la dominación de Francia. Sin embargo era con la condición de que nada podía ser innovado respecto á la religión. Muchos pragelanos que habían adoptado el catolicismo por librarse de persecuciones, al verse incorporados al Piamonte, creyeron que podrían disfrutar de la misma libertad que los Valdenses, y dejaron el culto á que se habían sometido por miedo, para practicar públicamente el Evangelio.

El clero católico que se veía abandonado por sus

feligreses, se quejó al gobierno. El Duque hizo entonces cumplir la cláusula respecto á la religión, expulsando de su territorio á los protestantes que no querían abjurar de nuevo.

El rey de Prusia intervino, pero inútilmente, en su favor, y trescientas personas prefirieron abandonar sus hogares antes que su fe. Se trasladaron á Suiza, y de allí á las colonias establecidas en Alemania por sus compatriotas en las expediciones precedentes.

Como siempre que tan crueles medidas se habían tomado, no todos tuvieron el valor suficiente para expatriarse; algunos volvieron á abjurar sus creencias, con la esperanza de que llegarían tiempos más propicios para poder practicar libremente su religión. Esos tiempos no llegaron, y esta época es una de las más tristes para la historia de los Valdenses, porque señala la extinción completa de la Reforma en el valle del Prigelato.

Con la paz de Utrech se puede decir que terminan para los Valdenses las persecuciones á mano armada, aunque todavía seguirán por mucho tiempo las restricciones y arbitrariedades creadas por el fanatismo y la intolerancia que veían escapárseles la preda.

CAP. XXXII.

Antes de la revolución francesa.

(1720-1789).

Esta época se distingue por un decaimiento general del sentimiento religioso, aun entre los Valdenses.

La tierra de los antepasados, regada por la sangre

de los mártires, parecía haber adquirido tan gran precio en medio de las tribulaciones, que se perdía de vista la patria celestial. Las persecuciones con sus miserias habían irritado los ánimos, y los recuerdos de las luchas por la patria y la fe hacían olvidar las del espíritu. Las influencias de afuera también contribuían á la falta de creencias religiosas.

Eran los tiempos de Voltaire y de Rousseau. La corrupción y la tiranía estaban en su apogeo. La duda brotaba de los mismos santuarios de la fe, invadidos por la hipocresía. Al principio, parecía que la libertad adormecida se iba á despertar, pero después degeneró en licencia, y quiso derrocar las mismas bases de la sociedad civil y religiosa. La duda proclamada en la literatura y en la escuela lo invadió todo. Los estudiantes traían á los Valles las nuevas ideas, y como no habían encontrado en la religión ninguna fuerza regeneradora, conservaban solamente sus exterioridades.

La situación política no presentaba perspectivas más halagüeñas que la religiosa, antes de la revolución. En el edicto de 1730 era prohibido á los Valdenses de comprar tierras ó de establecerse con el fin de comerciar, fuera de los Valles. No les era permitido ejercer ninguna profesión liberal como escribano, médico, abogado; ni ocupar grados elevados en el ejército ó en la magistratura. Les era vedado hacer prosélitos entre los católicos y no debían oponerse á que estos los hiciesen entre ellos. No podían aumentar el número de sus templos ni de sus pastores, aun en los Valles, ni reclamar á los niños arrebatados para ser criados en la religión romana. En fin no tenían facultad de celebrar asambleas religiosas fuera de sus templos, sin la presencia del

pastor. Ese edicto establecía también que el culto católico podía ser celebrado en los Valles, aun donde no tuviese ningún adherente.

Muchas de estas ordenanzas eran armas terribles entre las manos de los enemigos de la libertad religiosa. Los Valdenses se esforzaron en vano de obtener leyes más justicieras y más benignas. Las ideas de tolerancia que empezaban á abrirse camino en el mundo, todavía no hacían brecha en los espíritus retrógrados del clero, deseoso más bien de aumentar los rigores. Los Valdenses continuaban á vivir aislados de los demás súbditos piemonteses, y no sólo eran vigilados con severidad, sino que se hallaban expuestos á continuas restricciones.

Además los Valles padecieron durante casi todo el siglo décimo octavo de una gran pobreza debida, ya á los acontecimientos públicos, ya á las malas cosechas y á la falta de trabajo; triste resultado de todas las interdicciones que pesaban sobre los Valdenses.

Por la abdicación voluntaria de Víctor Amadeo segundo, le había sucedido Carlos Manuel tercero que reinó hasta el año 1773. Le siguió Víctor Amadeo III quien ocupó el trono hasta después de la revolución.

Los servicios que los Valdenses prestaron en más de una ocasión á su soberano, les valieron algún alivio á sus desdichas. La bravura de que dieron prueba en el sitio de Cúneo, en 1744, y tres años después en la batalla de l'Assiette ganada gracias al valor de los Valdenses, les mereció elogios por parte de sus jefes y la estima de Carlos Manuel III que los llamaba « sus buenos y fieles servidores ». Debido á esto tal vez les fueron concedidos algunos

pequeños favores. Pudieron tener escribanos de su religión, la justicia se mostró más imparcial hacia ellos, y la autoridad hasta defendió sus intereses en varias circunstancias.

La iglesia romana al contrario recrudesció en su antagonismo. Consiguió que los casamientos mistos fuesen prohibidos, á menos que el cónyuge protestante abjurase. Estableció en Pinerolo un « hospicio ó refugio para los catecúmenos » donde se alimentaba á los infelices que, impelidos por el hambre ó la vergüenza, vendían su conciencia por un trozo de pan. Los niños atraídos con disimulo ó arrebatados, eran encerrados allí, y muy difícilmente se podía conseguir que fuesen devueltos.

Los ilegítimos pertenecían de derecho al hospicio, y es sabido que se consideraban como tales aún los nacidos de padres unidos legalmente, pero que no habían hecho bendecir su unión por el cura.

El reclamarlos era tiempo perdido. Juan Richard de Pral perdió dos niños que le fueron quitados por el cura de Perrero. Fué á pedirlos al cura, pero éste no los restituyó y dijo que habían abjurado. Contestóle Richard que el menor que tenía tan sólo siete años, no se hallaba en edad de juicio para un tal acto, y de consiguiente no sabía lo que hacía, pero todo fué inútil. No los vió más. ¡Qué desesperación para los padres en tales circunstancias! Hasta los Sínodos elevaron reclamaciones en determinados casos, pero no fueron oídos ó no se les contestó.

Toda clase de culto había sido prohibido en San-Juan, por eso los Valdenses se reunían en el templo del Ciabas sobre el territorio de Angrogna; si había algún enfermo el pastor no podía pasar á su lado más de un día, y debía ser acompañado por un laico.

Los Sínodos no podían funcionar sin la presencia de un delegado real. En fin se suscitaban dificultades de mil maneras.

Pero si la existencia de la Iglesia Valdense era tan precaria que parecía colgar de un hilo, ese hilo era tenaz y lo regían manos fuertes, sin hablar de la mano que gobierna los destinos de las naciones, y que estaba por romper muchas cadenas.

CAP. XXXIII.

La revolución y el imperio.

(1789-1814)

Es indudable que entre los Valdenses perseguidos por tantos siglos, las ideas de libertad preconizadas por la revolución francesa, debieron despertar fervientes simpatías. Sin embargo, un pastor habiéndose permitido hacer mención desde el púlpito de los acontecimientos que sucedían en Francia, fué llamado al orden por sus colegas y suspendido en sus funciones durante seis meses.

En las guerras que precedieron la invasión francesa, todas las milicias Valdenses ocupaban los confines para defender los intereses de su soberano Víctor Amadeo III. Entretanto el fanatismo aprovechaba la oportunidad de que las familias estaban desguarnecidas de sus protectores, para fraguar el plan de una nueva San-Bartolomé. Los conjurados pasaban de setecientos. En la noche del 14 al 15 Mayo de 1793 esa horda de asesinos, á una señal convenida de antemano, debía salir de sus escondites

para acuchillar á las indefensas familias Valdenses. Pero había también católicos generosos que no quisieron entrar en ese plan, horrorizados de lo que estaba por suceder, entre ellos el cura de Luserna Don Brianza y el capitán Odetti de Cavour. No trepidaron en avisar á los Valdenses del peligro que los amenazaba. El general Gaudin, su jefe, no quería creer en tanta perfidia hasta que le presentaron la lista de los conjurados. Entonces al anochecer esparcieron una falsa alarma, y así las compañías Valdeses tuvieron un pretexto para bajar á defender á sus familias. Viendo esas tropas aguerridas los traidores huyeron; pero el rey apercibió al general Gaudin y lo destituyó, porque había abandonado su puesto: « Majestad, contestóle, ese día fué el más hermoso de mi vida; impedí efusión de sangre y no tuve que hacer derramar ».

El fuerte de Mirabouc habiéndose rendido á los franceses, los Valdenses fueron acusados de estar en connivencia con ellos; un oficial de nombre Davyt fué condenado á muerte; el coronel Marauda y el mayor Goanta fueron encarcelados.

Algunos aconsejaron al rey que, para granjearse la simpatía de los naturales defensores de la frontera, hiciese cesar las molestias contra los Valdenses, especialmente el rapto de niños que era sin duda la más odiosa, pero todo fué en vano.

Animado de buenos sentimientos cuando necesitaba el auxilio de los Valdenses, el gobierno volvíase intransigente cuando ya no los precisaba; así fué por mucho tiempo.

Habiendo subido al trono Carlos Manuel IV en 1796, los Valdenses solicitaron exención de los impuestos que tenían que pagar para el sostén del culto católico,

y admisión en los empleos municipales, pero no obtuvieron respuesta favorable.

Cuando sucedió la invasión francesa con Bonaparte á la cabeza, el rey tuvo que retirarse á Cerdeña.

El gobierno provisorio abolió la inquisición y la tortura, proclamando la libertad de imprenta y la igualdad para los protestantes admitidos así á disfrutar de las mismas prerogativas que los católicos.

Era un cambio completo que, como maná, bajaba del cielo sobre un pueblo oprimido. No es pues extraño que los Valdenses celebrasen el advenimiento de la república con la fiesta del árbol de la libertad, lo mismo que Turín y otras ciudades del Piamonte.

Pero ese reinado fué breve, porque obtenido á costa de mucha sangre derramada; si bien los Valdenses se vieron mezclados en algunos tumultos, fueron moderados; sus veleidades noveleras se apaciguaron pronto. Así cuando el conde de Rorá requerido por sus títulos que en un exceso de republicanismó querían quemar, les dijo que al mejor que tenía ningún daño le podían causar, y era el de amigo de los Valdenses, todos se retiraron á sus casas avergonzados, sin cometer el más insignificante desorden.

Cuando sobrevino la invasión austro-rusa al mando de Souvarow, los franceses tuvieron que evacuar el Piamonte. Trescientos heridos y enfermos que huían delante de los Cosacos fueron generosamente socorridos por el pastor de Bobbio, Manuel Rostan, quien les repartió alimento y todo lo que tenía, para aliviarlos. Luego, como los Cosacos se acercaban, los habitantes realizando una hazaña casi sobrehumana cargaron á aquellos infelices sobre sus hombros, y atravesando la garganta de la Cruz fueron á depositarlos del otro lado de los Alpes, después de una

marcha de diez horas entre la nieve y los precipicios.

Los austro-rusos ocuparon los Valles, causando á los habitantes mucho miedo, pero poco daño. Gracias al coraje de Pablo Appia de Torre que no titubeó en entregarse como fiador de la neutralidad de los Valdenses, muchas víctimas fueron perdonadas. Hasta pudieron guardar sus armas, después de prometer que no harían uso de ellas, sino en casos extremados cuando fuesen atacados. Un grupo de cuarenta Cosacos quedó algún tiempo de guarnición en Torre, bajo el mando de un oficial, y no cometieron ningún atropello. Tomaban tan sólo uvas, nueces y frutas verdes que echaban en la olla con la carne y algunos trozos de vela, luego devoraban todo. Cuando los rusos llegaron á los Coppiers, el sacristán tocó las campanas á rebato, y como no quiso dejar de hacerlo, probablemente porque no entendía sus señas ó porque estaba asustado, lo mataron.

Los Valdenses se hallaron casi durante un año entero entre los ejercitos beligerantes, sin sufrir grandes perjuicios.

En 1800, Napoleón de vuelta de Egipto franqueó los Alpes, cual nuevo Aníbal, y derrotó á los austriacos en Marengo, quitándoles las más ricas provincias de Italia.

Los Valdenses pasaron de nuevo bajo el dominio francés y disfrutaron de completa libertad religiosa. Una comisión ejecutiva del gobierno establecida en Turín, considerando el corto número de católicos que había en los Valles, redujo sus parroquias á trece de veinte y ocho que eran, y pasó á los Valdenses las rentas de las iglesias suprimidas. El Moderador tenía que administrarlas, á fin de pagar con ellas á los pa-

stores, pues los subsidios ingleses habían sido suprimidos, á lo menos en parte.

El Sínodo agradeció al gobierno republicano los beneficios concedidos, aunque en lo referente á esas rentas nunca recibieron nada, por el secuestro impuesto á los bienes nacionales.

El Moderador Geymet fué nombrado sub-prefecto, sustituyéndole en el cargo Rodolfo Peyran. Era Moderador-adjunto el piadoso Josué Meille.

Después de algún tiempo Napoleón, coronado emperador, volvió á Italia para ceñir su frente con la corona de hierro, en Milán.

Se paró algunos días en Turín, y recibió una delegación de la Mesa Valdense. Habló el señor Peyran en nombre de sus colegas.

— ¿Es Ud. un miembro del clero protestante de este país?

— Sí, majestad; soy Moderador de la Iglesia Valdense.

— ¿Sois cismáticos?

— Cismáticos no, pero separados.

— ¿Entre vosotros ha habido gente valerosa?

— Sí, majestad; por ejemplo el pastor y coronel Arnaud que condujo nuestros antepasados á los Valles.

— Vuestros montes son la mejor defensa que tengáis. César los cruzó con gran dificultad... ¿La expedición de Arnaud es cierta?

— Sí, majestad; pero creemos que Dios protegió á nuestros padres.

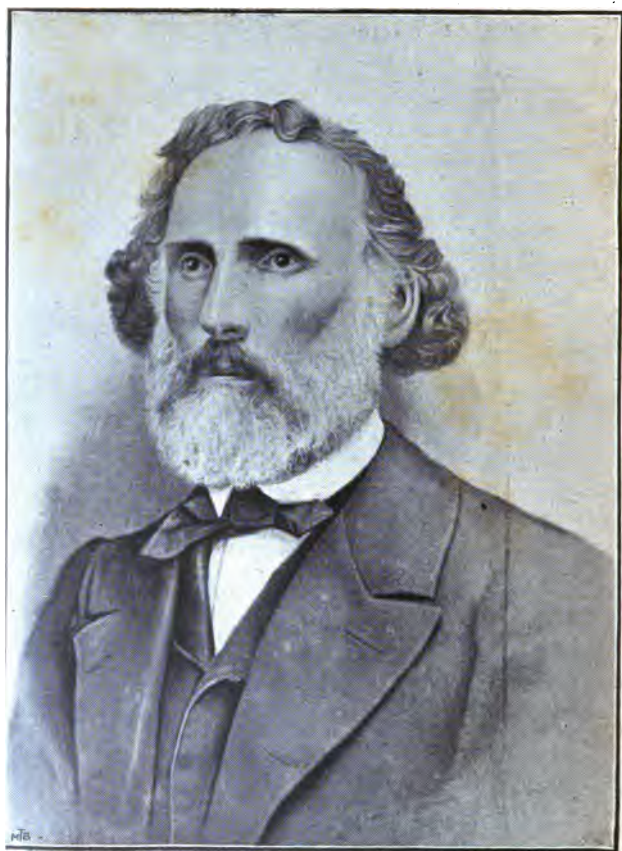
— ¿Desde cuándo sois iglesia independiente?

— Desde los tiempos de Claudio, obispo de Turín.

— ¿Qué sueldo percibe vuestro clero?

— Por ahora no tenemos sueldo fijo.





M. Morel, 1º Pastor de Col. Valdense.

— ¿No recibíais una subvención de Inglaterra?

— Sí, majestad; los reyes de la Gran Bretaña fueron siempre nuestros protectores y amigos, hasta estos últimos tiempos.

— ¿Y ahora?

— La subvención fué suspendida, desde que somos súbditos de vuestra majestad.

— ¿Estáis organizados según nuestras leyes?

— No, majestad.

— Presentad un proyecto, remitidlo á París y seréis organizados en seguida.

El proyecto fué hecho y no tardó en obtener la sanción imperial. La Iglesia Valdense fué dividida en tres consistoriales: Torre, Prarostino y Villasecca, y los pastores gozaron del sueldo asignado á los eclesiásticos de tercera clase.

Geymet continuó á ocupar la sub-prefectura de Pinerolo, mientras duró la dominación francesa.

Los pastores prestaron juramento el 6 Octubre de 1805. En esta ocasión oyeron de boca del prefecto Loysel palabras á las cuales, sin duda, no estaban acostumbrados: « La libertad de conciencia, dijo, es el más sagrado de los derechos del hombre. Los extravíos habidos á este respecto no pueden ser considerados sino como efecto de bárbara ignorancia. La religión será siempre respetada por los gobiernos ilustrados. Siendo vínculo entre Dios y los hombres, ella unirá á éstos en idénticos sentimientos de gratitud hacia el Creador, proveerá nuevas fuerzas para la práctica de las virtudes sociales, y proporcionará una vida pacífica y feliz. Los verdaderos cristianos no deben nunca desviarse de aquellos principios de mansedumbre que el Evangelio prescribe. ¡Felices habitantes de los Valles! ¿no son aquellos princi-

pios los que profesáis? ¡Ojalá los guardéis siempre en vuestros corazones! »

No faltó quien acusase á los Valdenses de ingratitud hacia la casa de Saboya, por haberse sometido á Napoleón. Acusación injusta é infundada, pues no hubieran podido resistir á las fuerzas francesas, y además Carlos Manuel había abdicado.

Los Valdenses no podían mirar con desagrado el principio mejor de la Revolución: la libertad de conciencia, fruto lejano de la Reforma; esa libertad la corte de Saboya no parecía dispuesta á concederla. Además bastante caro la habían pagado los Valdenses con la pérdida del subsidio inglés, desde el fin del año 1797.

Bajo el punto de vista histórico, nada de importante sucedió durante la dominación francesa que merezca mencionarse. El templo de San-Juan fué edificado entre 1806 y 1808, y el culto prohibido en esa parroquia hasta entonces, pudo celebrarse con entera libertad.

En 1808, ocurrió un fenómeno que llenó los Valles de consternación: el terremoto. Sacudidas violentas se sintieron durante varios meses; muchos edificios se derrumbaron y otros llenos de grietas, amenazaban del continuo la vida de sus moradores. Grandes trozos de rocas se desprendieron de las montañas, rodando con gran estrépito á los valles. Las parroquias que más sufrieron fueron las del llano. Nadie se atrevía á vivir en su casa; pasaban la noche bajo tiendas. Agricultura, comercio, todo fué abandonado.

El prefecto de Turín visitó las parroquias más castigadas por el azote, entrando sin miedo en las casas más deterioradas, ejerciendo muchos actos de caridad y socorriendo á los pobres con limosnas.

De regreso á Turín inició una suscripción que produjo cincuenta mil francos; después se dirigió al emperador, solicitando su concurso. Napoleón mandó medio millón para aliviar tantas desgracias.

Los últimos años de la dominación francesa transcurrieron en relativa quietud para los Valdenses.

CAP. XXXIV.

Reacción.

(1814-1830).

Después de la infausta expedición de Rusia, Napoleón tuvo que abdicar, retirándose á la isla de Elba.

En este tiempo Víctor Manuel I volvía á Turín en medio del aplauso general, recobrando sus antiguos dominios, excepto una pequeña parte de Saboya que le fué entregada después.

La alegría del pueblo fué sincera, pero desapareció cuando fué conocido el edicto del 21 de Marzo 1814 que hacía retroceder la situación de los Valdenses al estado en que se hallaba al empezar la revolución francesa. Se apresuraron en mandar al rey una delegación, para obtener algún alivio á los rigores. Recibieron muy buena acogida los delegados; Víctor Manuel les mostró un saco que había llevado en Cerdeña con remiendos puestos por la reina, pero no consiguieron nada.

El clero dominaba enteramente al rey; fué visto seguir la procesión descalzo, y mandaba prender á los transeúntes que no se descubrían, cuando ella

pasaba. Los Valdenses comprendieron que no había que forjarse ilusiones.

Efectivamente, por medio de avisos repartidos en los Valles á principios de 1815, fuéles intimado de no salir de los límites y de cerrar el templo de San-Juan, edificado durante la dominación francesa.

Las parroquias católicas suprimidas por Napoleón fueron restablecidas, y los bienes entregados á la Mesa Valdense fueron devueltos. El sub-prefecto Geymet, por ser Valdense, fué removido de su empleo, y pasó sus últimos años enseñando en la escuela latina, con el más que modesto sueldo de 700 francos.

Entretanto Napoleón tentaba de nuevo la suerte de las armas que le fué fatal en Waterloo. Los enemigos de los Valdenses los acusaron de haber favorecido los planes del emperador, pero sin dar pruebas.

El rey se resolvió á conceder algo á los pastores, en vista de la escasez de su estipendio. Asignó 500 francos á cada uno de ellos; además toleró que los Valdenses guardasen los bienes adquiridos fuera de los límites. Permitióles ejercer las profesiones liberales y abrir el templo de San-Juan, con la condición de que el frente fuese tapado con una pared, porque miraba hacia la iglesia católica que estaba poco distante, y molestaba al cura y á sus cuarenta fieles, número á que alcanzaban entonces los católicos en San-Juan. Fué levantada una pared de tablas que duró veinte años.

Los Valdenses no tomaron parte en los acontecimientos de 1821 que causaron la abdicación de Víctor Manuel en favor de su hermano Carlos Félix.

Enviaron una delegación al nuevo rey, pero no fué recibida. Se excusó diciendo: « A los Valdenses

les falta una sola cosa; de ser católicos ». « Señal que reconocía en ellos muy buenas cualidades », advierte argutamente un autor.

Su patriotismo les granjeó el respeto hasta de sus más severos censores. Uno de ellos termina sus críticas con las siguientes palabras: « Recordaré para su gloria que ni la revolución de 1821, ni las conjuraciones descubiertas después, tuvieron en la lista de los conjurados el nombre de un solo Valdense, renovando así en tiempos calamitosos las mismas pruebas de fidelidad que habían dado sus antepasados. Esta conducta merece nuevos honores por parte del soberano, y si mi débil y oscura voz llegase hasta los pies del trono, quisiera interceder en favor de ellos. El amor á la verdad exige que yo diga que el monarca debería recompensar á un pueblo que, sin profesar la misma religión, supo hacer oídos de mercader á rebeldes y á conjurados, dando así un ejemplo que si hubiese sido imitado por católicos de otras naciones, no llenaría la historia de páginas de sangre y desventuras ».

Tal no era el parecer de Carlos Félix, pues en lugar de tratarlos con moderación, empezó á causarles nuevas molestias. Quiso echarlos de Pinerolo; no les permitió abrir una escuela en Turín y vigiló con pueril escrupulosidad la venta de libros religiosos. Alejo Muston, autor de la historia « El Israel de los Alpes », tuvo que expatriar, huyendo de noche por el cuello de la Cruz, y la venta de su libro fué prohibida.

En el año 1824 se fundó el hospital de Torre, gracias á una cuantiosa donación de Alejandro I de Rusia. Se efectuaron otras suscripciones, y así se pudo conseguir el edificio necesario y fondos con cuya

renta se sufragan los gastos del hospital. El de Pomaretto fué abierto un poco más tarde.

El conde Walburg-Truchsess, representante del rey de Prusia cerca de la corte de Cerdeña, debe ser considerado como uno de los mejores amigos de los Valdenses. Protegió los intereses de su culto y fundó en Turín la capilla de las legaciones protestantes, para uso de todos los evangélicos. En ella fueron llamados á predicar varios pastores valdenses, entre ellos Juan P. Bonjour y Amadeo Bert.

En esta época la fe estaba adormecida en los Valles. Los ministros predicaban la virtud y ensalzaban las buenas costumbres; pero no buscaban el avivamiento de las creencias, despertando la conciencia. Salvo raras excepciones, se consideraban como ministros de una religión oficial, asalariados para decir un sermón los Domingos, bautizar, casar y presidir los entierros... cuando no dejaban que lo hiciese el maestro.

En muchas parroquias el pastor se confundía de tarde con sus oyentes de la mañana, para tomar parte en sus juegos y diversiones; ó bien con la desposada abría el baile que seguía á las bodas. Como lo dijo muy bien Samuel Vincent: « Los pastores predicaban, el pueblo escuchaba, el consistorio conservaba las formas del culto, y afuera nadie hacía caso de la religión ni la poseía ».

El Moderador Pedro Bert había tratado de despertar algo la vida religiosa, escribiendo un libro de historia en forma dialogada y sustituyendo las canciones frívolas por otras de índole moral, pero no obtuvo resultado.

En 1825 el apóstol de los Altos Alpes, Félix Neff, visitó los Valles. En seguida se dió cuenta del

estado de letargo en que estaban sumidas las iglesias. Predicó con vehemencia en casi todas las parroquias; en Torre, el tambor que estaba pronto á dar la señal para reunir la sociedad del tiro, se fué turbado, sin hacerlo, impresionado por las palabras de Neff.

En San-Juan se produjo un cisma entre el pastor Mondon y los que deseaban el avivamiento religioso, secundado por Antonio Blanc, David Lantaret y los hermanos Gay.

La visita de Félix Neff despertó el interés por los asuntos religiosos, y dió origen á las reuniones populares que son de gran utilidad para una iglesia.

La instrucción en los Valles en este período era muy descuidada. ¿Qué se podía esperar de esas escuelas alojadas en establos, que funcionaban durante tres ó cuatro meses, con maestros cuyos sueldos variaban entre cuatro y ocho francos mensuales? Su sabiduría marchaba de par con su sueldo, y sus nociones de pedagogía se hallaban á menudo condensadas en un pesado bastón ó en un látigo de largo alcance, que paseaban con aire de amenaza por toda la escuela, infundiendo el terror entre los educandos. ¡Felices aquéllos que al cabo de algunos inviernos de semejante régimen, llegaban á leer y escribir medianamente, y á declamar una corta oración ó los diez mandamientos!

En 1825, Carlos Félix permitió á los Valdenses de cercar con paredes sus cementerios, y de ensancharlos donde fuese necesario. Esto para los muertos, pero en cuanto á los vivos su condición quedaba en el estado de siempre, y no era por cierto honrosa para la época.

CAP. XXXV.

Antes de la emancipación.

(1830-1847).

Carlos Alberto subió al trono el 27 Abril de 1831.

Por los empeños contraídos y los escrúpulos de la época, no se atrevió á hacer grandes innovaciones. Sin embargo, puso fin á algunos rigores que humillaban á los Valdenses. Pudieron alcanzar grados elevados en el ejército, y cuando el rey supo que el mayor Bonnet, comandante de la plaza de Aosta, había sido sepultado ignominiosamente al lado de un camino, por ser evangélico, mandó que trajesen su cuerpo á Torre por cuenta del estado, y que le fuesen tributados los honores militares correspondientes á su grado.

La época ya no era propicia á la intolerancia y á las vejaciones, y entonces los adversarios de los Valdenses buscaban otros medios para combatirlos.

Se distinguió entre todos el obispo de Pinerolo, el saboyardo Charvaz. Como había sido preceptor de los hijos de Carlos Alberto, gozaba de muchos favores ante la corte. Los aprovechó para dañar á los Valdenses.

Al Moderador que había ido á visitarle, le manifestó abiertamente que los edictos no habían sido abrogados, y que haría todo lo posible para que fuesen cumplidos.

Escribió dos libros y varias cartas pastorales, para desacreditar á los Valdenses. La lucha era desigual

é injusta para éstos, pues no podían contestar, porque la censura no permitía que sus libros fuesen vendidos. No les faltaban hombres instruídos que hubiesen podido hacerlo, pero era exponerse á ser encarcelado por injurias á la iglesia del estado. Respondieron por medio de cartas manuscritas que se pasaban de uno á otro.

Charvaz reorganizó el hospicio para los infelices que, impelidos por el hambre ó la pereza, abjuraban con el fin de hacerse mantener. A los hombres les conseguía algún empleo, y á las mujeres les daba una pequeña dote y les buscaba un marido. La mayor parte regresaban más perversos que antes, y vivían despreciados por todo el mundo.

Los jóvenes eran incitados con promesas falaces á presentarse, y eran admitidos con tal que tuviesen doce años los varones y diez las mujeres. Algunos fueron robados á sus padres, bautizados por el cura y conducidos al hospicio. Es de todos conocido lo que pasó con una pobre ciega, descendiente de Enrique Arnaud, encerrada en ese hospicio. No solamente no fué restituida á su padre que la reclamaba, sino que éste tuvo que abonar anualmente la suma de trescientos francos para mantenerla. En 1842, un niño de cinco á seis años fué robado en pleno día, en el territorio de Torre.

« El obispo perseguía aquellas pobres gentes, dice un escritor, y los ministros del rey trataban de suavizar las disposiciones de los edictos; de manera que muchas veces aconteció que los ministros daban ejemplo de caridad y de mansedumbre al obispo, y éste de crueldad á aquéllos ».

Cuando el gobierno ordenó á los Valdenses que volviesen dentro de sus límites, la Mesa envió una

delegación al rey, exponiéndole lo angosto que eran los Valles para contener tanta población. Entonces se dejó dormir el asunto. Cuando el rey quiso obligarlos á vender los bienes que poseían fuera de los límites, consiguieron que el decreto no fuese cumplido, bajo la condición de que cada uno de los interesados presentase una solicitud, que era atendida.

La influencia clerical era sin embargo muy poderosa hasta en la dirección de los asuntos públicos. Tan es así que el código civil promulgado en 1837, sancionó las ordenanzas restrictivas que hacían retroceder la condición de los Valdenses á doscientos años atrás.

En 1839, había sido preciso obtener autorización superior para edificar el templo de Maniglia.

En el mes de Enero de 1840, el gobierno prohibió que se celebrasen reuniones religiosas en el territorio de San-Juan. El obispo se quejó al Ministro, porque los profesores de la escuela latina presidían reuniones, y tuvieron que suspenderlas.

El cura de Rorá por su parte exigió de los Valdenses que saliesen del templo antes de las diez, porque estaba cerca de la iglesia católica, y podían estorbar su culto.

Un gran número de Valdenses y hasta dos oficiales ingleses tuvieron que comparecer ante la justicia, por no haberse descubierto cuando pasaba la hostia.

En Angrogna, la procesión dió una vuelta entera al templo durante el sermón, cantando con gran fuerza, y un ujier entró en la iglesia para imponer silencio al pastor.

Los Valdenses estaban obligados á observar las fiestas católicas, y los que trabajaban eran pasibles



de multa. Por ese motivo desde 1834, se reunieron en asamblea religiosa en las alturas de Angrogna, y así tuvo origen la fiesta del 15 de Agosto, que continúa á celebrarse cada año en memoria de los tiempos pasados.

A los escribanos les era vedado autorizar un título de venta de la propiedad de un católico á favor de un protestante. Los consejos municipales debían tener mayoría católica, y para completar el número de consejeros donde los católicos escaseaban de elementos, se nombraban mendigos y hasta iletrados. Había síndicos que apenas sabían firmar, y en San-Juan y Rorá el síndico era el arrendatario del cura.

Todas estas vejaciones nos demuestran cual era el estado de los Valdenses en esta época.

No les faltaron propuestas para emigrar, ya á Alemania, ya á América ó á Argelia, pero no las aceptaron.

En 1844 ocurrió la visita de Carlos Alberto á los Valles en estas circunstancias: Desde el año 1841, Charvaz había obtenido con el favor del rey y del papa que se fundase en Torre un priorato y un convento de misioneros, bajo la protección de los santos Mauricio y Lázaro. Su fin era conquistar adeptos á la iglesia romana ó sea la abjuración de los Valdenses. En verdad al principio los oyentes atraídos por la novedad de la predicación en dialecto piomontés, eran bastante numerosos, pero después disminuyeron, y los resultados no fueron brillantes. Se había edificado una gran iglesia, y para dar mayor realce á su inauguración Charvaz había obtenido del rey que asistiese personalmente.

Los Valdenses titubeaban. Los tiempos parecían

favorables á los ideales de libertad que se abrían camino, pero esa misión que se estaba por inaugurar con tanta solemnidad y brillo ¿ no sería una amenaza para ellos? No sabían si debían regocijarse por la venida del rey ó temerla.

La consagración se efectuó el Domingo 22 de Setiembre 1844, con mal tiempo y escasa concurrencia. El rey vino dos días después. Antes de llegar, había despedido á su guardia, diciendo: « No preciso escolta entre los Valdenses ». Ya era un buen indicio para éstos. Sus compañías se habían reunido en seguida y se habían formado en dos hileras á la entrada de Torre, para rendir los honores al rey. Numeroso gentío lo esperaba, así como la Mesa en corporación y muchos pastores.

El rey pasó en medio de los Valdenses con signos visibles de simpatía, entró en la iglesia y escuchó el discurso de Charvaz. Luego salió y rodeado de una gran muchedumbre se fué á Luserna.

Allí lo recibieron de nuevo las compañías Valdeses con vivas frenéticos. El rey, emocionado por tantas demostraciones de afecto, se paró en la puerta del palacio de Luserna y mandó á las milicias que desfilaran por compañías, según sus comunes y con sus estandartes. Saludó cada bandera, y todos pudieron ver y contemplar su rostro iluminado por el contento. Hasta se sonrió cuando un alférez, no satisfecho con bajar el estandarte, saludó quitándose el sombrero.

A pesar de que se había resuelto no recibir á nadie, cuando la Mesa Valdense se presentó, fué introducida en seguida. El rey habló largamente, pidiendo informes sobre los Valdenses, sobre sus pastores, sobre las condiciones económicas de los Valles,

y prometió « que haría todo lo posible para labrar su felicidad ».

Entregó al síndico de Torre una suma vistosa para los menesterosos de ambas comuniones, y cuando al anoecer se puso nuevamente en camino, de lejos vió á Torre iluminada. Las negras montañas que lo rodeaban estaban cubiertas de fogatas, como para alumbrar lo más distante posible la partida de un príncipe que había sabido granjearse la simpatía de sus súbditos.

La fiesta católica fué transformada así en fiesta valdense. Charvaz, sin pensarlo, brindó al rey la oportunidad de conocer á los Valdenses tales como eran, fieles á su soberano y sostenedores del trono. Carlos Alberto pudo por fin hacerles justicia.

Un hereje, Amigo Comba, síndico de Torre, fué obsequiado con la cruz de caballero de la orden de los santos Mauricio y Lázaro, á consecuencia de esos festejos.

El recuerdo de esa visita fué grabado en la piedra, en una fuente-monumento con estas palabras: « El rey Carlos Alberto al pueblo que lo recibió con tanto afecto ». Esa fuente se levanta á la entrada de la aldea de Torre, cerca de la iglesia católica.

CAP. XXXVI.

La emancipación.

(17 Febrero 1848)

Hacia el año 1848 se respiraba en todo el viejo continente un soplo de libertad. El partido liberal y la opinión pública pedían unánimes la libertad para

todos los oprimidos. Una efervescencia general se manifestaba en todas partes.

Las reformas políticas y sociales promovidas por hombres ilustres, empezaron á manifestarse desde el fin de 1847: tal fué la ley de los comunes que abolió las restricciones para la elección de los Valdenses.

Vicente Gioberti, llamando la atención sobre ellos, había escrito las siguientes palabras: « Fueron perseguidos cruelmente y es preciso que nosotros, los católicos, lo reconozcamos, para que nadie nos acuse de aprobar los errores de los siglos pasados, y para que tratemos de repararlos con la mayor caridad ».

El conde Sclopis, abogado general, en un informe sobre los Valdenses afirmó que, según las estadísticas criminales, « ninguna otra población del reino se podía comparar á la valdense por su moralidad y virtudes privadas ».

El que mayores empeños hizo para la emancipación, fué sin duda el marqués Roberto d' Azeglio. Encabezó una petición en favor de los Valdenses, recogió más de seiscientas firmas, entre las cuales se notaban las de treinta y tres profesores, sesenta y cinco curas, ochenta abogados, muchos artistas, comerciantes, médicos, escribanos, y la elevó á manos del rey.

En un banquete político en Pinerolo, el abogado Audifredi pronunció estas nobles palabras: « Al pié de los montes que nos rodean, aislados entre dos torrentes, veinte mil hermanos nuestros carecen de los derechos de ciudadanos; sin embargo son instruídos, laboriosos, fuertes de brazo y de mente cuanto los demás súbditos. A nosotros incumbe el deber de

levantar la voz en su favor, para que la patria sea madre para ellos también y no madrastra, á nosotros de exclamar los primeros: ¡Viva la emancipación de los Valdenses! »

Otras protestas se hicieron oír en varias partes.

La Mesa envió al rey una petición suscrita por todos sus miembros que eran Juan S. Bonjour, Juan P. Revel, Pedro Lantaret, P. Parise y E. Poët. En ella decían: « Los Valdenses tienen plena confianza en que vuestra majestad querrá abrogar los antiguos edictos restrictivos. Adictos de corazón al trono, sabrán mejor que nadie apreciar los beneficios reales; nadie probará una gratitud más viva; nadie implorará con más fervor las bendiciones del cielo sobre vuestra augusta familia ».

El 8 de Febrero 1848, Carlos Alberto proclamó la constitución ó estatuto. El regocijo del pueblo fué grande, pero no de los Valdenses ni de los Judíos, pues en ella se establecía que la religión católica era la del estado y que las otras serían toleradas según las leyes.

El capellán de las legaciones protestantes de Turín, Amadeo Bert, desempeñó un papel muy importante en estas circunstancias. Protestó, manifestando los deseos de sus veinte y dos mil correligionarios, en una carta que vió la luz algunos días después en un diario liberal de la ciudad.

La incertidumbre reinaba todavía en los Valles, y esto era debido á la oposición de los retrógrados que estaban quemando sus últimos cartuchos.

La causa de la libertad debía empero triunfar, y efectivamente el 17 de Febrero, día para siempre memorable, era firmado el edicto de emancipación.

En su parte principal se leía: « Los Valdenses

son admitidos á gozar de todos los derechos civiles y políticos de nuestros súbditos ; podrán frecuentar las escuelas dentro y fuera de las universidades, y conseguir los grados académicos. Nada sin embargo es cambiado respecto al ejercicio de su culto y á sus escuelas ». Fué publicado el día 24, y la noticia cundió con la rapidez del rayo hasta los caseríos más apartados.

En todas partes los Valdenses se prepararon á festejar dignamente el gran acontecimiento. El entusiasmo era general. De día celebráronse varios cultos de agradecimiento hacia Dios, y de noche se iluminaron todas las casas principales. Las montañas estaban alumbradas por las grandes fogatas que se habían encendido sobre todas las eminencias, en señal de regocijo.

No se oían más que himnos patrióticos, y á intervalos gritos y exclamaciones entusiastas, como : ¡ Viva Italia ! ¡ viva la constitución ! ¡ viva Carlos Alberto ! Hasta los niños unían su voz á la de los hombres, gritando : ¡ Viva Caro Berto ! ¡ viva Taia ! por ¡ viva Carlos Alberto ! ¡ viva Italia !

Festejos semejantes se verificaron en todas las parroquias, con banquetes y discursos, y los católicos se asociaban á ellos y participaban de la alegría general.

En San Juan, al tener conocimiento del edicto de emancipación el cura exclamó : « I vad a fé souné mie pi bele baudette ».

Si las fiestas en los Valles revistieron especial brillo, no lo tuvieron menor en Turin donde habían sido convocadas las delegaciones de todas las provincias, para festejar la constitución.

El día fijado era el 27 de Febrero, y desde el

día anterior numerosos grupos de Valdenses habían acudido para celebrar el triunfo de su causa y fraternizar con sus conciudadanos.

Las calles de la ciudad estaban atestadas de gente venida de todos los rincones del Piamonte.

Treinta mil banderas que se saludaban unas á otras, presentaban el aspecto de un bosque animado y viviente.

Los Valdenses se reunieron en la capilla de las embajadas protestantes, y después de haber escuchado las oraciones en favor del rey, se dispusieron en columna. Tenían que ir al Campo de Marte, para tomar el lugar que le correspondía en esa majestuosa procesión de todas las corporaciones del reino.

La columna de los Valdenses alcanzaba á seiscientas personas, entre las cuales se contaban diez pastores, algunos síndicos, y varios maestros y estudiantes. Llevaban un estandarte de terciopelo con las insignias reales bordadas en plata y las siguientes palabras: « A Carlos Alberto los Valdenses agradecidos ».

Cuando llegaron al Campo de Marte, se sintió un ruido atronador. « ¡ Vivan los hermanos Valdenses ! » era el grito universal. Los pañuelos se agitaban, las flores llovían desde los balcones sobre la columna, los Valdenses eran objeto de especiales demostraciones de simpatía, hasta de aquellos que no los conocían. Muchos les alargaban la mano, felicitándolos por el porvenir de paz y libertad que se abría delante de ellos. Algunos curas liberales fueron vistos acercarse al cortejo y abrazar á los Valdenses entre las filas, mientras gritaban : « ¡ Viva la libertad ! ».

Pero la ovación más solemne la recibieron en la

calle Po, cuando las sesenta corporaciones piamontesas les asignaron el primer puesto en el desfile, diciendo: « Bastante tiempo fueron los últimos, más que justo es que sean hoy los primeros ».

Es casi imposible dar una idea del entusiasmo con que fueron recibidos. Los gritos de: « ¡ Viva la emancipación de los Valdenses! » se confundían á menudo con otros de: « ¡ Viva la libertad de conciencia! ¡ viva la libertad de culto! ».

Más de un joven de sangre ardiente y generosa, saliendo de las filas, corría á estrechar entre sus brazos á uno de aquellos pobres montañeses que, sorprendido y emocionado, se ponía á llorar.

¿ Quién podrá describir jamás los sentimientos que debían embargar su ánimo, cuando al cruzar la plaza del Castillo, oyeron retumbar el grito de: « ¡ Vivan los Valdenses! », en vez del antiguo: « ¡ Muera el hereje! ».

¿ Quién describirá su júbilo y el grito de agradecimiento que brotó de sus pechos, cuando desfilaron ante el príncipe magnánimo que rompió para siempre sus cadenas, llamándolos á nueva existencia?

« No viste, oh gran rey, escribió el señor Bert, nuestra emoción, cuando gritábamos: ¡ Viva Carlos Alberto, nuestro padre, nuestro libertador!, pero tu corazón la adivinó, y lo que aumentó nuestro delirio fué el saber que estabas dichoso de habernos hecho felices, felices siempre y jamás ingratos ».

De tarde los Valdenses fueron á visitar al marqués D'Azeglio, para expresarle sus sentimientos de gratitud. Ofrecieron su estandarte al rey quien lo aceptó.

Así pasó ese memorable día, y no es extraño que en el primer Sínodo que celebraron después, los Val-

denses aclamasen á Carlos Alberto y declarasen feriado el 17 Febrero de cada año, para recuerdo de su emancipación.

CAP. XXXVII

Los tiempos nuevos.

(1848-1899).

El edicto de emancipación que concedió á los Valdenses los mismos derechos que a los demás ciudadanos, favoreció su desarrollo, abriendo ancho campo á su actividad.

El nombre de Valdense que antes era considerado como un escarnio, se convirtió en timbre de gloria y casi en título de honor, entre la gente ilustrada.

Veamos los progresos realizados y el trabajo cumplido desde que se inició la nueva era de libertad.

La población de los Valles ha quedado estacionaria: oscila siempre al rededor de veinte mil almas. Si aumentó y se extendió del lado de la llanura, en cambio disminuyó hacia las montañas á causa de la emigración. La agricultura, ocupación á la cual se dedican la mayor parte de los Valdenses, es demasiado rutinaria en muchas partes, y hasta se encuentran hoy terrenos incultos que antes producían con abundancia avena y papas. No hay que sorprenderse pues si la mayor parte del trigo que se necesita, es importado de afuera. Esta desventaja la compensa en parte el rendimiento de la ganadería en los parajes elevados, y el cultivo de la viña en las partes bajas y expuestas á los rayos solares.

Los impuestos han aumentado de una manera asombrosa, y la vida es siempre difícil, sobretodo en las montañas. Si no fuese por las numerosas fábricas y manufacturas que existen actualmente y que dan trabajo á muchas familias, la pobreza sería aún más considerable.

Los nuevos tiempos de libertad han favorecido las carreras liberales. Muchos Valdenses se han dedicado á ellas y ocupan un puesto elevado en la sociedad como médicos, abogados, escribanos, ingenieros, etc., ó en el ejército como tenientes, capitanes, mayores y hasta coroneles. Los cuatro quintos de los soldados que proporcionan al ejército italiano, consiguen algún grado, lo cual prueba su superioridad intelectual y moral.

Algunos de ellos han derramado su sangre en los campos de Lombardía, en las guerras de la independencia, y hasta en la lejana Crimea.

Muchos jóvenes se han expatriado, para dedicarse á la enseñanza ó al comercio y crearse una posición más holgada.

En política fueron representados ya varias veces en el Parlamento por personas de origen valdense. Entre ellas el banquero José Malan, generoso al extremo y de honestidad proverbial. Actualmente los representa el D.r Enrique Soulier.

Para trabajar al desarrollo económico de los Valdenses y fomentar las industrias locales y el comercio, se fundó la « Sociedad Valdense de utilidad pública » que realizó ya algunas obras importantes. A su iniciativa se debe « La guía de los Valles », que es la descripción geográfica de éstos, hecha con precisión y abundancia de detalles.

La creación de un periódico consagrado á los in-

tereses materiales y espirituales de los Valdenses es digna de ser mencionada. Se titula « Eco de los Valles ».

Fué publicado de 1848 á 1850 por el señor I. P. Meille. Después sufrió una interrupción hasta 1866 en que varios profesores de Torre le dieron nueva vida. Continúa á publicarse y es leído con placer. Es considerado como el órgano oficial de los Valles. En un principio era mensual, pero desde 1869 es semanal.

Existe otro periódico de carácter político-noticioso, es el « Avisador Alpino ». Se edita en Torre-Pellice, lo mismo que el « Eco ».

La libertad ha dado margen al bien y al mal de manifestarse. Los vicios inherentes á la naturaleza humana, aumentados por el contagio del ejemplo, han producido efectos desastrosos en los Valles como en otras partes. El lujo, el libertinaje, la calumnia, los pleitos, el juego, los excesos, han causado muchos males.

Aun cuando los crímenes y delitos graves son desconocidos en los Valles, sin embargo el nivel moral de la población, aunque superior al de los demás pueblos que los rodean, ha bajado; la antigua simplicidad valdense tiende á desaparecer. Si existe aquella piedad sencilla que obra según la caridad, se encuentra también fácilmente hipocresía, superstición, formalismo, incredulidad, indiferencia.

Los hombres de buena voluntad han tratado de poner remedio á tantos males. Los pastores estimulados por el sentimiento del deber, por el ejemplo de iglesias extranjeras y también por deliberaciones del Sínodo, han desempeñado su cometido con mayor celo y fidelidad. Se han esforzado en levantar

el nivel moral, religioso é intelectual del rebaño confiado á sus cuidados.

A las funciones ordinarias y oficiales con que se conformaban antes, han añadido visitas más frecuentes á los enfermos y á las familias. Han celebrado más á menudo reuniones y cultos familiares de edificación, para despertar y favorecer las manifestaciones de la piedad individual. Ha habido mucho trabajo en este sentido en los últimos años; el mal ha sido puesto á descubierto. Las exterioridades de la religión no siendo suficientes, se ha buscado y señalado la verdadera vida, sola agradable á Dios.

¿ Cuántos la habrán comprendido y se la habrán apropiado?....

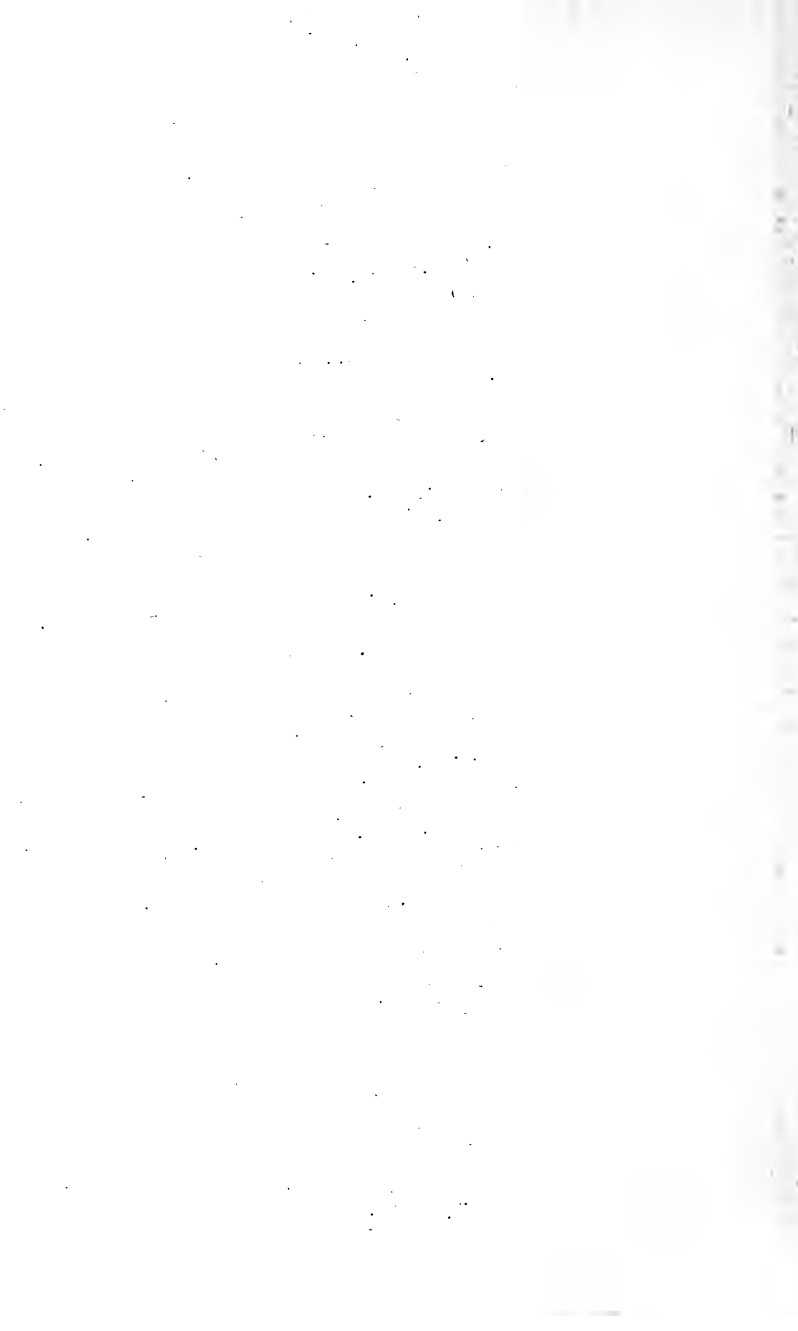
Desde 1848 cada parroquia posee una biblioteca de libros morales y religiosos, para los amantes de la lectura.

Los pastores secundados por maestros y otras personas piadosas, han creado en todas partes « Escuelas Dominicales » para la instrucción religiosa, que ofrecen ventajas incuestionables á la niñez.

Se han fundado también numerosas sociedades llamadas « Uniones Cristianas de Jóvenes », con el fin de desarrollar á la juventud intelectual y moralmente.

En 1849, la iglesia de Turín que gozaba de relativa independencia bajo la protección de los embajadores protestantes, se adhirió á los Valdenses y formó una parroquia más. Edificó un templo y lo inauguró en 1853.

El número de las parroquias se aumentó además con la de Colonia-Valdense en 1882, y en 1886 con la de Pinerolo, llegando así su número á diez y ocho.





La constitución de la « Iglesia Evangélica Valdense » adoptada en 1855, confiere el derecho de voto á los fieles desde la edad de veinte y cinco años. Los electores componen la « asamblea general » de cada parroquia. Esta asamblea nombra al pastor y á los ancianos y diáconos que constituyen en su conjunto el « Consistorio ». Tienen la obligación de presentar anualmente un informe sobre la marcha de la iglesia. También designa dos diputados laicos que la representan en el Sínodo.

El Sínodo se compone además de todos los pastores, ya jubilados, ya en actividad de servicio, de los profesores y evangelistas, y en fin de los miembros de las varias Comisiones. Es la asamblea soberana. Juzga definitivamente todas las dificultades que se presentan, resuelve las cuestiones de mayor trascendencia y dicta las leyes y reglamentos de la iglesia. Está efectuando ahora la revisión de la constitución.

Desde 1855 se reúne cada año; antes se abría solamente cada dos ó tres, según las necesidades y circunstancias. Después de 1848 quedó enteramente libre, es decir que pudo celebrarse sin pedir autorización al gobierno y sin la presencia del delegado real.

Generalmente las demás iglesias evangélicas envían á algún representante. En 1889, año de la celebración del Bicentenario del Glorioso Regreso, el número de los miembros del Sínodo alcanzó á ciento noventa y seis.

Cada año el Sínodo elige á las autoridades encargadas de administrar los intereses de la iglesia.

El aspecto del país también ha sufrido cambios, al entrar en la corriente de la civilización y del pro-

greso. Se han construído numerosos edificios, recreos y palacetes. Se han abierto nuevos caminos. Un ferrocarril une Torre-Pellice á Turín, y un trenvía corre entre Pinerolo y Perosa, ligando así los Valles con las demás partes de Italia por medios rápidos de comunicación. Numerosos paesantes y familias van á admirar los pintorescos paisajes que presentan los Valles, y veranean allí para respirar el aire puro y balsámico de la campaña.

En resumen los progresos han sido continuos y sensibles, y la condición material y social presente no se puede comparar con la de antes, pues la ventaja en mucho.

¡Felices los Valdenses, si al aprovechar los beneficios traídos por la libertad, guardan la fe y las virtudes de sus antepasados!

CAP. XXXVIII.

Instrucción y beneficencia.

Antes de 1848, pocos eran los que se ocupaban de la instrucción y educación de la niñez.

En 1846 en Turín no existían escuelas para las niñas, y las de varones contaban sólo mil quinientos alumnos.

En todo el Piamonte y en las demás partes de Italia reinaban las tinieblas más densas. Muchos de los comunes principales no tenían escuelas de ninguna clase. Donde había, los discípulos llegaban á duras penas á leer y á dibujar su firma.

En los Valles la instrucción no se hallaba en con-

diciones tan precarias. Sobre una población de veinte mil almas, cuatro mil niños frecuentaban las ciento veinte y nueve escuelas existentes en las parroquias.

Sin embargo, la mayor parte carecían de los útiles necesarios, y los maestros eran muy mal retribuidos. Un quinto de la población no sabía leer ni escribir, y el sexo débil suministraba el ochenta por ciento. Se decía entonces que las niñas no precisaban instrucción.

Después de la emancipación las escuelas aumentaron en número, y los métodos de enseñanza se perfeccionaron.

Cada año al principio de los cursos, se reúnen todos los maestros durante ocho días, para la llamada « Escuela de Método », donde se les indica el modo de dirigir una escuela, y se les enseñan los principios fundamentales de la pedagogía.

Hoy se puede afirmar sin exageración que ya no hay iletrados entre los Valdenses, salvo muy contadas excepciones.

Un medio eficaz de propagar la instrucción es el de tener buenos maestros. Con este fin se creó en 1852 la « Escuela Normal » que por el espacio de treinta y un años prestó servicios señalados á la causa de la enseñanza.

La Mesa concede ahora subsidios en determinados casos, á los jóvenes que quieran dedicarse á la carrera de maestros, para que puedan cursar los estudios necesarios en los establecimientos del estado.

La « Escuela Superior » se debe á la iniciativa y generosidad del general Beckwith, quien la fundó para proporcionar maestras á las parroquias y á las iglesias de la Misión, y también para que las jóvenes pudiesen perfeccionar sus estudios.

El « Colegio » de Torre-Pellice destinado á la enseñanza secundaria, es obra del Dr. Gilly. La pequeña « escuela latina » que no tenía local propio y solamente un maestro, le sirvió de base. El Dr. Gilly secundado por el general Beckwith, organizó el Colegio, proveyéndolo de los fondos necesarios para su sostén. Aumentó el número de profesores, y lo dotó de una rica biblioteca y de un hermosísimo y cómodo edificio.

La « Escuela latina » de Pomaretto es como una sucursal del Colegio de Torre. Comprende el Gimnasio inferior ó sean tres años de estudio, mientras que el Colegio abarca los cinco años del Gimnasio y los tres del Liceo.

Se cuentan por centenares los jóvenes que han cursado sus estudios en estos establecimientos, recibiendo una instrucción esmerada y sólida, impartida bajo la influencia de la moral cristiana predicada con el ejemplo.

La mayor parte de los obreros que la Iglesia Valdense utiliza, han pasado por sus bancos. Aunque institución privada, por ley de la nación los exámenes rendidos en el Colegio tienen el mismo valor que los prestados en los Gimnasios y Liceos gubernativos.

La « Facultad de teología » creada por el Sínodo de 1854, se abrió en Torre en 1855. Fué trasladada á Florencia en 1860, á fin de que respondiese mejor á las necesidades de la obra en Italia. Ha proporcionado pastores y evangelistas á las iglesias Valdenses de Italia y á sus colonias, á algunas iglesias de Suiza, á varias colonias italianas de los Estados-Unidos y á dos misiones de Africa: el Lessouto y el Zambeze.

En 1848 la Iglesia Valdense contaba solamente diez y ocho pastores; hoy un centenar de sus hijos llevan en todas partes la buena nueva del Evangelio.

Las lágrimas y la sangre de sus antepasados se han convertido para los Valdenses en rocío de bendiciones. Tal es el pensamiento que brota al considerar los innumerables testimonios de simpatía de que han sido objeto.

Muchos de sus templos, sus escuelas, sus presbiterios, sus establecimientos de enseñanza secundaria, su Escuela de teología, su obra misionera, sus hospitales, todo lo debe en su mayor parte á la generosidad de los correligionarios de Europa y América.

Entre los bienhechores de los Valdenses cuéntanse personajes encumbrados como príncipes y reyes, y simples agricultores; iglesias y asociaciones, é individuos aislados; personas que no los conocen más que por su historia, y amigos que quisieron vivir en medio de ellos.

Tarea demasiado larga sería la de enumerar todas las obras piadosas y de beneficencia pública, llevadas á cabo en favor de los Valdenses.

Mencionaremos tan sólo tres nombres que merecen ocupar el primer puesto en la gratitud de todo corazón valdense. Son el D.r Gilly, el general Beckwith y el D.r Stewart.

El D.r Gilly, obispo inglés, pastor activo, predicador elocuente y escritor apreciado, visitó los Valles por primera vez en 1823. Al año siguiente publicó la relación de su viaje y el libro encabezado: « Investigaciones sobre los Valdenses de los Alpes Cocianos ». Esta obra que tuvo cuatro ediciones en menos de

tres años, despertó el interés y la liberalidad de los protestantes ingleses hacia la Iglesia de los Valles. Ya hemos visto como fundó el Colegio y aumentó sus rentas. Protegió y socorrió á los Valdenses durante toda su vida.

El general Carlos Bechwith, llamado irónicamente por el obispo Charvaz: « el aventurero de la pierna de madera », (había perdido una pierna en la batalla de Waterloo), dedicó su tiempo y su fortuna á la reforma de la instrucción en los Valles; edificó un centenar de escuelas y consiguió que aumentasen el sueldo á los maestros. Tan grande era el cariño que le profesaban los Valdenses, que los católicos les reprochaban de honrar más al general que á la virgen María. Promovió la construcción del templo de Turín, la del templo nuevo de Torre inaugurado en 1862, y la de seis cómodas habitaciones conocidas bajo la denominación de « casas nuevas », para los profesores del Colegio. Pasó los últimos días de su vida en medio de los Valdenses, y murió en Torre.

El D.r Stewart, pastor de la iglesia escocesa de Liorna, empleó su valiosa influencia para favorecer el desarrollo de su obra predilecta: la Misión en Italia para la cual hizo empeños toda la vida. Se deben á su iniciativa el edificio de la « Escuela Latina » de Pomaretto y varios subsidios para los estudiantes. El grandioso palacio Salviati en Florencia, donde se hallan la Facultad de teología, los departamentos de los profesores y alumnos, la capilla y la imprenta Claudiana, fué adquirido á la Iglesia Valdense por su activa y generosa intervención.

¡ Cuántos templos y edificios públicos se han levantado en la última mitad del siglo, merced á la generosidad de las congregaciones hermanas, y á los

esfuerzos y sacrificios de las mismas iglesias! Siempre que ha sido emprendida la construcción de un templo, capilla ó escuela, los suscritores extranjeros han acudido en socorro de los Valdenses.

CAP. XXXIX.

La obra misionera de Italia.

Parece ser creencia general entre los protestantes que si los Valdenses han sobrevivido á tantas guerras de exterminio, si han vuelto del destierro y han disputado palmo á palmo su territorio al fanatismo y á la intolerancia, es para que sean un centinela y una avanzada en la clásica tierra del papismo.

El edicto de emancipación que abrió nuevos horizontes á los Valdenses, les impuso también nuevos deberes.

« Seréis misioneros ó no seréis nada », les había dicho el general Bechwith.

En efecto la Iglesia Valdense, recordando los antiguos barbas y la divisa: « Lux lucet in tenebris », y sintiendo la responsabilidad que pesaba sobre ella, no podía ni debía limitar su actividad á los Valles ¿ Porqué había resistido los embates de tantos huracanes? ¿ Porqué habíala Dios guardado como árbol que los vientos más impetuosos no han podido desarraigar? ¡ Ah! es que no debía solamente ser testigo de la verdad en ese rincón apartado de los Valles. Dios la había conservado al través de tantas persecuciones cerca del Monte Viso, para que alumbrase á Italia entera con la luz del Evangelio.

Precisaría un volumen para describir la obra misionera de Italia, su desarrollo y su importancia. Demasiado largo sería el pasar en revista sus luchas, sus conquistas, sus derrotas, la fundación de cada grupo é iglesia, sus recursos y los trabajos de sus principales obreros.

No podemos narrar de que manera se formaron las iglesias en Piamonte y Liguria, luego en Lombardía, Toscana y demás partes del reino de Italia, y en fin en la misma Roma. La obra se efectuó en diferentes épocas, y siguió casi constantemente á los ejércitos que libertaron las provincias itálicas, uniéndolas bajo el cetro de Víctor Manuel II.

Durante once años la obra misionera es dirigida por la Mesa Valdense; después, el Sinodo de 1860, al trasladar la Escuela de teología á Florencia, para que los futuros predicadores se preparen en el ambiente donde ejercerán su ministerio, y se perfeccionen en el idioma nacional, resuelve nombrar una comisión especial llamada « Comité de Evangelización » con el cometido de ocuparse particularmente de la Misión.

He aquí el nombre de las varias iglesias y grupos cronológicamente, ó sea según el orden del tiempo en que fueron fundados:

En 1861 hallamos las antiguas estaciones de Pine-rollo, Turín, Alejandría, Courmayeur, Génova, Favale y Niza.

En 1863, Palermo, Nápoles, Elba, Portoferraio, Liorna, Pisa, Lucca, Florencia, Perusa, Milán, Bréscia, Aosta, Verrés y Pietramarazzi.

En 1864, Pavía, Como y San-Fedele.

En 1865, Guastalla, Ivrea y Sanpierrez.

En 1866, Castiglione delle Stiviere. La relación del Comité está redactada por primera vez en italiano.

En 1868, á pesar del azote que castiga á Italia, el cólera, la obra se extiende siempre más, y vemos fundarse las iglesias de Venecia, Mantua, Verona, Cremona, Bordighera y Catania.

En 1869 aparecen Messina, Susa y Guidizzolo.

En 1870, Castel Rosso, San-Bartolomé en Galdo y Trabia.

En 1871, después de la brecha de Porta pía y la caída del poder temporal de los papas, la capital de Italia cuéntase entre las iglesias de la Misión Valdense.

En 1872, Trápani y Riesi.

En 1874, Lecce y Caltanissetta.

En 1875, Coazze, Trausella, Tramonti di sopra, Benevento, Siracusa y Licata.

En 1876, Treviso, Pederobba y Reggio de Calabria.

En 1877, San-Remo, Oneglia y Poffabro.

En 1878, Viereng, Poggio Mirteto y Módica.

En 1879, Monzambano, Corato, Chieti y Bríndisi.

En 1880, Orbetello y Victoria.

En 1881, Carpi, Barga y Marganai-Forest.

En 1883, Savigliano, Macerata y Giarre.

En 1884, Cúneo y Capua.

En 1885, Mondoví, Isla Magdalena, Rocca Imperiale y Grotte.

En 1886, Verrua, La Salle y Castrogiovanni.

En 1887, vuelve á aparecer Casale.

En 1888, Carema, Traverselle y Girgenti.

En 1889, Piedicavallo, Arogno, Udine y Campobasso.

En 1890, Biella, Lúgano, Sássari y Civitavecchia.

En 1891, Révere y Ruvo.

En 1893, Cuorgné y Aidone.

En 1895, Pont, Tenda, Viévole, Chiávare, una segunda iglesia en Milán, Piombino, Bari y Móttola.

En 1897, Borgofranco Po y Gioia del Colle.

En 1899, Codisotto, Nardó, Falerna y Caltagirone.

Casi todos los años una nueva puerta se abre á la predicación del Evangelio. Se nota un progreso continuo. Si los resultados no pueden llamarse estreptosos, sin embargo son alentadores y demuestran que el trabajo no ha sido vano.

Al principio de la obra no hay sino un puñado de obreros y siete grupos algo organizados: casi todo está por hacer.

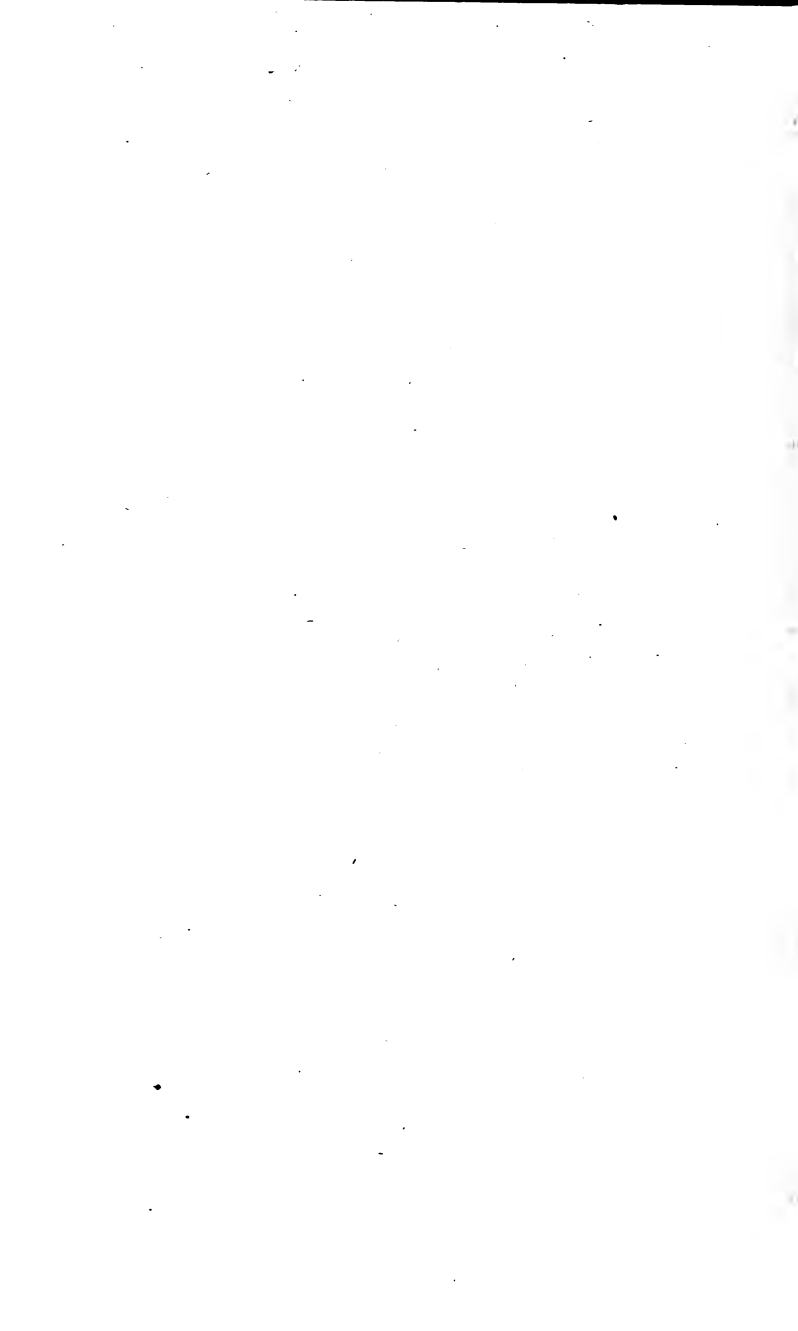
Ahora se cuentan sesenta y ocho estaciones, cuarenta y ocho iglesias y once lugares visitados periódicamente.

El número de obreros empleados en la obra alcanza á ciento cuarenta y uno, así divididos: cuarenta y seis pastores, siete evangelistas, diez maestros evangelistas, sesenta y cinco maestros, diez colportores y tres lectores de la Biblia. Los miembros de las varias iglesias llegan á cinco mil seiscientos trece, y las Escuelas Dominicales están frecuentadas por tres mil setecientos siete alumnos. La asistencia á los cultos varía según las circunstancias. Se puede calcular como término medio en diez mil.

Esas congregaciones que no están ciertamente constituidas por ricos y poderosos, han suscrito en el último ejercicio la cantidad de 88113 francos para las necesidades de las iglesias y de la obra misionera.

Desde el principio la obra no ha tenido más que dos directores: el Dr. J. P. Revel, desde 1860 á 1871, y el Dr. M. Prochet, desde 1871 hasta la fecha.

Existe un periódico dedicado á los intereses de





Comm. Matteo Prochet, D. D.

la Misión, es « La Italia Evangélica ». Suministra noticias abundantes y variadas de todos los campos de trabajo. A los jóvenes se dirige « El amigo de los niños », que trae material apropiado á las inteligencias tiernas y cuentos morales. Cada año publícase también con el fin de la propaganda, un almanaque popular encabezado: « El amigo de casa » que se vende á millares. El comité edita mensualmente el « Boletín de la Misión Valdense en Italia ».

La Iglesia Valdense no se ha conformado con la obra misionera de Italia. Manda también sus hijos á las misiones extranjeras en los países salvajes, y suscribe cada año algunos miles de francos que remite á la « Sociedad de las Misiones Evangélicas de París ». De esta Sociedad dependen varios misioneros valdenses que trabajan entre los Basutos y á orillas del río Zambese, en Africa.

Como conclusión vemos pues que á pesar de sus flaquezas y debilidades, la Iglesia Valdense quiere aún ser la luz que resplandece en las tinieblas.

CAP. XL.

La emigración.

Ya algunos años antes de la emancipación muchos Valdenses se alejaban de los Valles, emigrando á Francia, Suiza y otros países. Era una necesidad impuesta por el aumento de la población.

La era de las persecuciones violentas, de las guerras de exterminio había pasado, pero subsistían todavía los antiguos edictos. Encerrados en los ango-

stos límites de sus dos valles, faltos de los derechos de que gozaban los demás ciudadanos, puestos fuera de la ley, no podían encontrar los medios de subsistencia con relación al aumento de los habitantes. Dirigían entonces sus miradas á los países extranjeros, y los más necesitados se expatriaban en busca de trabajo.

Según el censo levantado por la Mesa en 1844, sobre un total de 22458 Valdenses, 1080 se hallaban en el extranjero, la mayor parte en el Sur de Francia.

Esa emigración temporaria era temida por su influencia al punto de vista moral y religioso. Los que volvían á los Valles después de algunos años de ausencia, traían muchas veces los gérmenes del escepticismo y de la incredulidad, cuando no la corrupción y los vicios, porque al contacto de los malos ejemplos no sabían resistirlos.

La emigración aislada é individual no tenía ninguna organización. Los que se establecían en alguna ciudad y prosperaban, atraían á sus amigos y parientes, y así se formaban grupos. Sin embargo no eran colonias propiamente dichas, sino solamente personas que buscaban trabajo más retribuido y menos penoso que en los Valles, y que volvían al tener un pequeño peculio.

Varios planes de colonización sobre mayor escala habían sido ideados ya, pero no se les había dado cumplimiento, porque según la opinión general el gobierno no lo habría permitido.

En 1841, un señor que poseía vastos terrenos cerca de Montreal, (Canadá), había propuesto á los Valdenses de fundar allí una colonia, pero como no que-

ría vender su campo, sino solamente arrendarlo, el ofrecimiento no fué aceptado.

En 1845, el señor Imbert, encargado por el gobierno francés de fundar una colonia en Argelia, deseoso de favorecer á los protestantes, se dirigió á la Mesa la cual pasó una circular á los pastores, comunicando el proyecto.

En 1847, un señor americano propuso á los Valdenses la colonización de sus posesiones en Virginia, donde podía colocar más de mil personas. Ninguna de esas propuestas fué llevada á efecto.

Cuando la emancipación rompió las barreras que los separaban de los demás súbditos del reino, los Valdenses hubieran podido extenderse del lado de la llanura donde había muchos terrenos en venta, á precios muy ventajosos; pero eran años de gran miseria y pobreza, y carecían de recursos.

Hubo muchas cosechas seguidas, de escaso rendimiento; una enfermedad terrible devastó los viñedos en poco tiempo y causó estragos espantosos.

En 1854, los Valles se hallaban en tal estado de pobreza que la Mesa se vió en la necesidad de acudir á la generosidad de los amigos extranjeros, y de pedirles socorros.

En un informe presentado al Sínodo se constató que en el espacio de tres años, tres mil familias habían sido auxiliadas, habiéndose empleado la suma de 19555 francos.

La miseria aumentó aún ese año, á causa de la escasa cosecha de papas y de la pérdida completa de las uvas. Prarostino que producía vino por valor de 300.000 francos, no cosechó para trescientos.

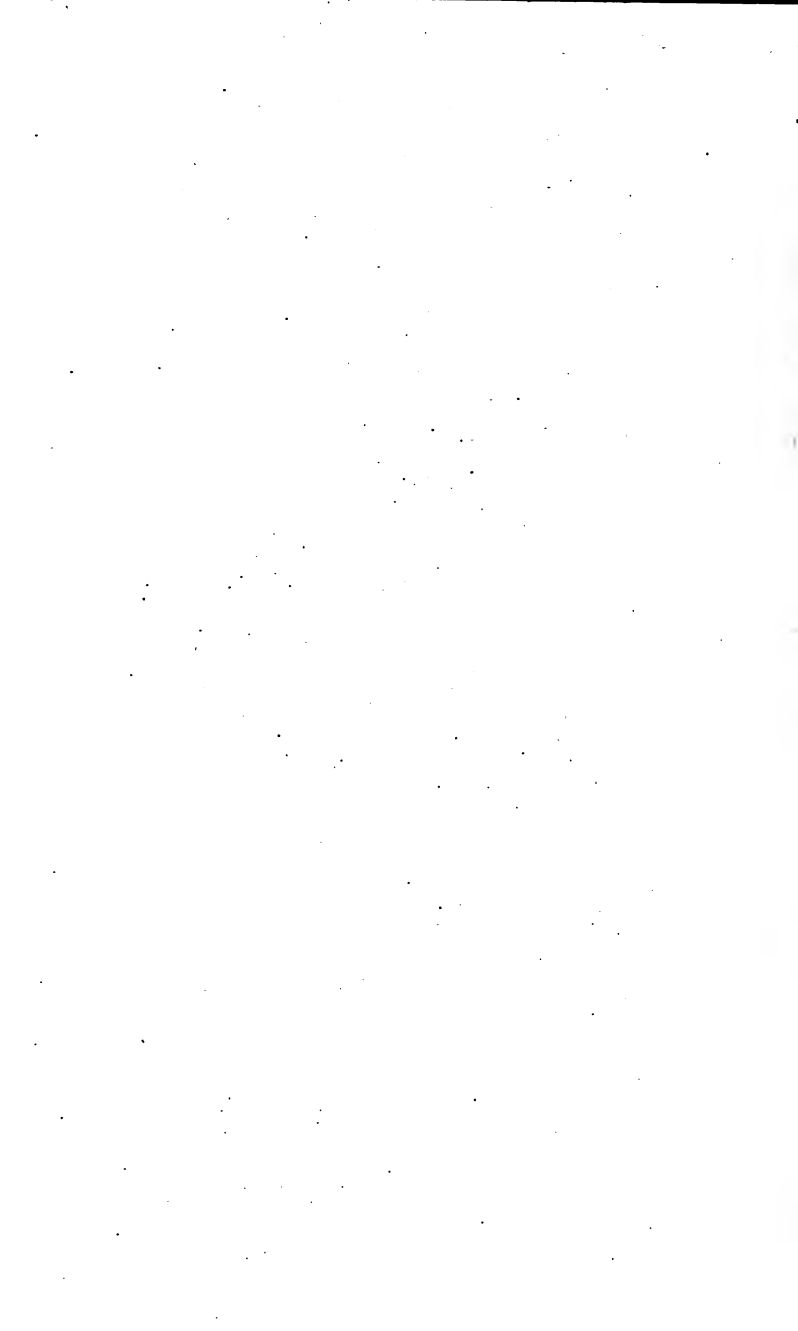
« Nuestro estado es tan precario, escribíase en el periódico « La Buena Nueva », que si Dios en sus

insondables designios juzga conveniente prolongar esta prueba, pronto la emigración no será ya para nosotros tema agradable de conversación, sino ley imprescindible de la necesidad ».

Efectivamente se hablaba mucho de emigración en esos tiempos. Los estados de la América del Sur deseando poblar sus vastos territorios, trataban de atraer colonos europeos. Se habían establecido agencias de emigración en las principales ciudades, y sus proclamas habían llegado hasta los Valles. Se hablaba especialmente de la República Argentina.

Un agente del gobierno de Santa-Fe, Aarón Castellanos, presentaba propuestas tentadoras á los que quisiesen ir á colonizar esa extensa provincia. El gobierno les ofrecía bueyes, víveres, semilla, casas, hasta la suma de mil francos, pagaderos á los dos ó tres años sin interés. Castellanos les anticipaba el viaje, y los colonos debían entregar un tercio de la cosecha durante cinco años; después serían propietarios absolutos de las tierras ocupadas y de sus casas.

El propósito de una emigración en masa ganaba cada día más terreno. El año 1855 transcurrió sin que se llegase á nada positivo. Pero desde el 15 Febrero de 1856, á invitación de la Unión Cristiana, más de seiscientas personas se reunieron en el templo de Torre para examinar el asunto. La asamblea es presidida por el pastor, señor B. Malan. Entre los partidarios más entusiastas de la emigración se distingue el señor Miguel Morel, pastor de Rorá. El Moderador, J. P. Revel, se demuestra contrario á la emigración en países lejanos, sobre todo en la provincia de Santa-Fe, que describe con los colores más sombríos.





Capilla de Cosmopolita.

Se llega á la conclusión que la emigración es necesaria, á causa de la densidad excesiva de los habitantes y de la pobreza, pero que el asunto debe ser estudiado más detenidamente. El Moderador, respondiendo á los deseos de la asamblea, promete ocuparse del asunto, reuniendo las noticias que pueda y dando á conocer el resultado de sus investigaciones.

Una segunda reunión se efectuó el 19 de Marzo, en la escuela de Santa-Margarita. El Moderador, de las informaciones tomadas deduce que la República Argentina no es conveniente. Aconseja la Cerdeña donde hay vastos terrenos incultos; una sociedad de banqueros quiere fundar colonias en esa isla, y ofrece todas las garantías necesarias. El señor Morel aboga siempre por la República Argentina. Se acaba por nombrar una Comisión, para defender los intereses de los emigrantes y ocuparse de cuanto atañe á la emigración.

La Comisión tomó informes, consultó personas competentes, y pidió á los pastores una lista de las familias dispuestas á emigrar. El diputado Malan á quien se había dirigido la Comisión, solicitando el concurso de su experiencia, demostró el mayor interés por el asunto. Averiguó que los proyectos de colonización en Cerdeña no tenían consistencia, y que el clima no era muy saludable, mientras lo era en América.

Como la idea de emigrar hacia cada vez más camino, y que muchos se habían resueltos á vender sus bienes, el señor Malan invitó los interesados á una gran reunión en Pinerolo, el 20 de Noviembre, con el fin de «discutir á fondo todas las objeciones y resolverlas de común acuerdo». Las condiciones

ofrecidas á los emigrantes no le parecen enteramente satisfactorias, y les recomienda tino y prudencia. Les aconseja de esperar una ocasión más propicia, y se pone á disposición de los que se hallen en alguna dificultad momentánea.

Celebráronse otras varias reuniones en puntos distintos, como Prarostino, San Germano, etc.

Los que estaban decididos á emigrar, entraron en negociaciones con la casa Beck Herzog de Basilea. Un agente de esa casa vino á los Valles para tratar con los interesados. Un número crecido de familias celebraron un contrato para su viaje é instalación en la provincia de Santa-Fe. Pero esta primera tentativa fracasó, debido á la oposición de los pastores y á la propaganda seria y activa que se hizo contra la emigración. La casa Beck Herzog, por intermedio del banquero Malan, devolvió á los emigrantes el dinero que habían depositado.

A menudo acontece que sucesos de ninguna significación en sí, ejercen una influencia decisiva en la vida de los individuos y de los pueblos. Por uno de esos detalles, la corriente de la emigración fué desviada de la República Argentina y llevada á la República Oriental del Uruguay, de la cual nadie había hablado hasta entonces.

Dos jóvenes del Villar, Juan Pedro Planchon y Daniel Bertinat, se habían embarcado en Marsella sin rumbo fijo, y habían llegado á Montevideo, donde estaban empleados en un hotel. Habiendo sabido que en los alrededores se vendían ó arrendaban tierras excelentes, en condiciones muy ventajosas, Planchon escribió á su hermano al Villar, induciéndolo á aprovechar la oportunidad. « Creo, le decía, que vale más ser agricultor ó propietario aquí que en los Valles ».

José Planchon comunicó la carta á sus amigos Juan Pedro Baridon y Pedro Gonnet, y los tres emprendieron viaje el 6 Noviembre de 1856, con sus familias, once personas en todo. Baridon se había casado el mismo día de su partida.

Desembarcaron en Montevideo el 3 Febrero de 1857. Planchon se estableció á poca distancia de la ciudad, en el Paso del Molino, mientras que Baridon y Gonnet fueron á Canelones, á ocho leguas de Montevideo, á cultivar las tierras de Pantaleón Perez. La mujer de Baridon habiéndose enfermado, se trasladaron á tres leguas al Norte de Florida, donde compraron terrenos para dedicarse á la labranza.

Muchas familias estaban prontas á seguirlos, pero se esparció la voz de que habían muerto, que piratas habían saqueado el buque, matando á los hombres y llevando á las mujeres y los bagajes. Los que estaban por salir, (muchos habían vendido ya sus bienes), fueron presa de la mayor consternación y abatimiento.

Una carta de Baridon vino á tranquilizarlos. Las condiciones del país le parecían inmejorables. Aconsejaba á sus parientes y amigos que viniesen, pintándoles el país como un Eldorado. Sus cartas fueron leídas en muchos lugares, hasta en los templos del Villar y de Bobbio, se dice, y la emigración recibió un nuevo impulso.

Entre las familias que habían celebrado contrato con la casa Beck Herzog, se hallaban muchas que habían vendido sus propiedades y cuyo deseo era emigrar lo más pronto posible. Esas familias se reunieron y enviaron dos delegados á Génova, para conseguir un buque y tratar de los pasajes. Se arreglaron con el señor Módena, y después de los preparativos

indispensables, partieron de los Valles el 12 Junio de 1857.

Esta primera expedición comprendía diez familias: una de Rorá, tres del Villar, una de Torre, una de Prarostino, dos de San-Germano, una de Pramollo y una de Pomaretto. Alcanzaban á setenta y tres personas. Los emigrantes del valle del Clusón se dirigen á San-Carlos, provincia de Santa-Fe; á su cabeza iba Bleynat de San-Germano.

Apenas llegados á Génova, tienen que llevar á la última morada una niñita de Bertinat del Villar. El señor Juan Daniel Charbonnier, pastor, los recibe con bondad, los acompaña á bordo, y celebra un culto con ellos. El señor Módena, dueño del buque, y su señora, los acojen con pruebas de marcada simpatía. Dicen que nunca han embarcado gente tan buena y tan agradecida. Antes de separarse de ellos, los abrazan á todos. « Tratándose de Judíos, es mucho », escribe el señor Charbonnier.

El día 26, el bergantín « I due amici » levanta las anclas, y los emigrantes navegan hacia las playas desconocidas de América del Sur. Había entonces casi únicamente buques de vela, y el viaje se efectuaba con excesiva lentitud.

Llegaron en frente de Montevideo el 24 Setiembre, tres meses después de su salida. Por una circunstancia extraordinaria no siguieron viaje para San-Carlos, sino que todos desembarcaron en Montevideo, excepto Bleynat que fué á establecerse en la colonia Esperanza, en Santa-Fe, donde fué nombrado por el gobierno agente de la emigración. Esa circunstancia fué un furioso temporal que se desató repentinamente y rompió las cadenas de las anclas, encallando el

buque en la costa. Los emigrantes, aunque corrieron gran susto y peligro, se salvaron todos.

Quedaron doce días en Montevideo, hospedándose en la casa de Daniel Bertinat del Villar. Fueron visitados por el rev. F. H. Snow Pendleton, capellán de la legación británica en Montevideo, al cual habían sido recomendados por el Moderador, B. Malan. Juan Pedro Planchon vino á buscarlos y los llevó á la Florida, donde fueron recibidos por Baridon y Gonnet. Una familia, la de Santiago Guigou, quedó en el Paso del Molino, á trabajar una quinta.

Algunos meses después, (últimos días de Noviembre), salió una nueva expedición compuesta de veinte y siete familias y quince individuos aislados, en todo ciento treinta y seis personas pertenecientes á las parroquias de Bobbio, Villar, Torre, San-Juan y Prarostino.

El señor Charbonnier los recibe en Génova, los recomienda á la simpatía de los protestantes y abre una suscripción para socorrerlos. Los incita á nombrarse una Comisión, con el cometido especial de ocuparse de todos los asuntos generales, hasta su llegada. Votan un reglamento preparado para ellos en Torre por el maestro, señor Chambeaud: prometen de conservarse fieles á la fe de sus padres, de quedar unidos, de guardar el día del señor, de organizarse en iglesia lo más pronto posible, para celebrar el culto con regularidad, de fundar una escuela para la instrucción de los niños, de guardar la disciplina entre ellos, y en fin de no tolerar ni permitir el escándalo. Reciben Biblias y Nuevos-Testamentos en italiano, francés y español, por intermedio de los agentes de la Sociedad Bíblica.

El 7 de Diciembre, un Lunes, el buque « Adela »

despliega las velas y torna rumbo á América. Después de un viaje de los más rápidos para esos tiempos, esta segunda expedición llega á Montevideo el 29 Enero de 1858.

El señor Pendleton celebró cultos especiales para los emigrantes, los dos Domingos que pasaron en la ciudad, y mandó dos hombres á caballo á la Florida, para que viniesen á buscarlos con carretas.

Así los colonos se hallaron reunidos en ese Departamento, en número de descientos, todos compatriotas de los Valles Valdenses.

CAP. XLI.

Colonia-Valdense.

Sin embargo, no fué el Departamento de la Florida donde se estableció definitivamente la primera colonia valdense del Nuevo-Mundo.

Los habitantes del país cuyo fanatismo era excitado por el cura de la localidad, amenazaban del continuo á los colonos. Como se reunían todos los Domingos en el rancho de J. P. Baridon para celebrar su culto, fueron acusados de cometer desórdenes, y Baridon fué citado ante el comisario. En vez de comparecer, salió con otro colono para Montevideo, y se presentó al señor Pendleton, invocando protección y ayuda.

Regresó al cabo de algunos días á la Florida, llevando una nota del Ministro de Gobierno para el Jefe Político en la cual se encarecía á las autoridades que dejasen enteramente libres á los colonos, y que nadie los incomodase en la celebración de su culto.

Merced á la energía del Jefe Político, Don Juan Caravia, los ánimos se apaciguaron, pero sin que renaciera la confianza.

Ya no fueron perseguidos abiertamente; sin embargo, se veía que el ambiente les era contrario. Se les mataban las vacas y robaban los caballos. Un colono, D. Geymonat, se salvó de la muerte por milagro. Despertado durante la noche, sintiendo voces afuera, salió de su rancho. Al pisar el umbral de la puerta, fué enlazado y arrastrado. Felizmente su hijo, previendo alguna desgracia, tenía pronta la escopeta, y disparó en seguida el arma en dirección al hombre que, asustado, cortó el lazo y huyó.

En el mes de Junio de 1858, el señor Pendleton visitó á los Valdenses en la Florida. Volvió convencido de que estarían mejor en otra parte.

En este tiempo, se había formado en Montevideo una sociedad de accionistas, para la fundación de colonias agrícolas de que carecía el país. Se llamó « Colonia Agrícola del Rosario Oriental ». Comprendía más de sesenta miembros, nacionales y extranjeros. Compró de Don Juan P. Ramierez un campo de cuatro leguas de extensión; situado en la margen izquierda del arroyo Rosario, entre éste y su afluente el Sarandí, en el Departamento de la Colonia.

El señor Pendleton entró en tratativas con la Sociedad, y envió un mensajero á la Florida, para invitar los colonos á aprovechar la oportunidad que se les ofrecía.

Delegaron á dos de ellos, Baridon y Long, para escudriñar el paraje, y á su regreso resolvieron aceptar lo que se les proponía. Desde el 31 de Julio, Juan P. Baridon, Miguel Long y Juan D. Vigna firmaron

en representación de todos el contrato con el Directorio de la Sociedad.

Los colonos, para empezar, tenían á su disposición un lote de una legua cuadrada, dividido en chacras de treinta y seis cuadras cada una. Las quince familias ya propietarias en la Florida, permutaban simplemente sus terrenos. Los demás, para llegar á ser dueños de sus chacras, debían entregar á la Sociedad el tercio de sus cosechas, durante cuatro años á contar desde el segundo, pues el primero pertenecía totalmente á los colonos.

Cada familia tenía que cultivar cada año á lo menos catorce cuadras, sembrando ocho de trigo, cuatro de maiz, y dos de papas, porotos, legumbres, etc. La Sociedad pagaba los gastos de la mudanza, (avaluados en 300 pesos), entregaba bueyes, vacas, semilla y la harina necesaria hasta que hubiesen edificado sus ranchos. Las sumas anticipadas para tales objetos debían ser devueltas á los dos años.

Celebrado el contrato, los colonos empezaron á levantar sus ranchos, y antes de fin de año la mayor parte de las familias se hallaban establecidas en sus nuevas moradas. Tal fué el origen de la Colonia Valdense del Rosario Oriental.

Sin embargo, no todos los colonos se trasladaron al Rosario: cuatro familias quedaron algunos años más en la Florida, y otros guiados por Pedro Tourn de Rorá, fueron á establecerse en el Salto Oriental.

De las « Memorias » de un testigo ocular, el señor Juan B. Griot, de las cuales nos hemos valido para muchos detalles, extractamos lo siguiente sobre el establecimiento de la Colonia Valdense:

« Llegados á nuestro destino en el Departamento de la Colonia, en el Rincón del Rey, nos encontramos

en un vasto desierto de catorce leguas cuadradas. En esa inmensa extensión no había sino dos habitantes: Alejandro Malcomb, inglés, cerca del puerto, y Tomás Vila, más arriba del paso de la Tranquera, á cuatro leguas de distancia uno de otro. En el campo pacían multitud de ganados y caballos salvajes. Nos hallábamos en medio de arbustos, llamados chilcas, más altos que un caballo, sin abrigo, desprovistos de todo y en la imposibilidad de comunicar con el Rosario, debido á las grandes croces de los arroyos. Llovía casi todos los días, y no podíamos trabajar. No había leña para encender fuego y cocer nuestros alimentos, y ¡ qué alimentos!: un poco de harina hervida, sin sal ni grasa la mayor parte de las veces. Cuando estaba casi pronta la comida para apaciguar las exigencias de nuestros estómagos, un aguacero repentino llenaba la olla de agua, apagando el fuego y echándolo todo á perder. Había que empezar de nuevo, y muchas veces se almorzaba y cenaba al mismo tiempo. Para buscar leña en el monte había que entrar en el agua hasta la cintura, con gran riesgo de caer en algún barranco ó precipicio. Felizmente no sucedieron desgracias.

La noche se pasaba debajo de las carretas, abrigándose del pampero con alguna colcha ó sábana que el agua penetraba con suma facilidad. Nuestra situación no era por cierto muy halagüeña, sino al contrario muy precaria y digna de compasión. Las criaturas empapadas y tiritando de frío, lloraban y se quejaban del continuo. El corazón se partía al ver tantos sufrimientos. Dios quiso hacernos pasar por el crisol de las pruebas. Debíamos resignarnos á nuestra suerte, y ¿ á quién quejarse? Nadie nos había obligado á emigrar; lo habíamos querido ex-

pontáneamente. Después nuestra situación fué transformándose poco á poco hasta que la vida se nos hizo más llevadera, y disfrutamos de alguna comodidad cuando hubimos concluído nuestros ranchos ».

Los colonos fueron recibidos muy bien por los vecinos, especialmente del Rosario, que se propusieron ayudarles por medio de una suscripción pública. Desistieron únicamente, cuando supieron que esto no era necesario. Estas generosas disposiciones se afirmaron más, apenas se presentó la ocasión de hacerlo, socorriendo á dos familias cuyos ranchos se habían incendiado. El cura fué de los primeros suscritores.

Al punto de vista moral y religioso se hallaban expuestos á grandes peligros, pues no tenían pastor. El señor Morel, uno de los promotores de la emigración, se había ofrecido desde el principio, y lo mismo había hecho el maestro Costabel; pero la dificultad consistía en sostenerlos, y los colonos no estaban en condiciones de hacerlo. El señor Pendleton se hizo cargo de ello. Salió para Europa en 1859, y asistió al Sínodo en Torre. Fué recibido con especiales demostraciones de gratitud por lo que había obrado en favor de los colonos. Se comprometió en sufragar los gastos de viaje del pastor y del maestro, mientras levantaría una suscripción destinada á pagarles el sueldo con el interés que produciría. Como prometía de no dirigirse á los amigos que contribuían por la obra misionera de Italia, su plan fué acogido con entusiasmo.

El señor Morel salió al principio de 1860, y después de una larga travesía de noventa y dos días, desembarcó en Montevideo el 27 de Abril. Llegó á Colonia Valdense el 7 de Mayo. Cuarenta personas





Rancho al Nieso.

habían venido con él; otras estaban en camino. El maestro Costabel llegó al año siguiente, y pronto se abrió la escuela con una asistencia de cuarenta y seis niños.

Con la venida del señor Morel se organizó la iglesia, nombrándose el consistorio con dos ancianos y un diácono. La colonia tuvo una Comisión Auxiliar ó Junta cuyo primer presidente fué Don Juan Costabel, y un teniente-alcalde.

En el mes de Setiembre 1861 pudo considerarse como definitivamente fundada la colonia. Había entonces 59 familias, de las cuales 20 eran propietarias absolutas de sus chacras. Los campos presentaban una apariencia magnífica. Muchas familias habían cosechado treinta ó cuarenta fanegas de trigo que se vendía á un precio bastante elevado. Se habían efectuado plantíos de álamos y de toda clase de árboles frutales, durazneros, naranjos, perales, higueras, etc. De las ochenta chacras trazadas en el plano, sólo siete quedaban sin ocupantes. La villa de La Paz se componía de un galpón, una casa y dos ranchos.

El clima es de los más saludables, y la proporción entre los nacimientos y las defunciones es de siete ú ocho contra uno. Cada año llegan nuevos emigrantes y la población aumenta rápidamente.

Sin embargo, el desarrollo de la colonia y su consolidación fueron largos y difíciles. Calmado el entusiasmo de los primeros días, surgieron las dificultades. Las disposiciones favorables del Rosario se enfriaron, después de una visita del obispo. Lo mismo sucedió con los propietarios linderos, cuyos ganados destrozaban los sembrados. Los intereses de los colonos entraron en pugna con los de la Sociedad,

tratando los primeros de conseguir lo más posible, y la última de reducir sus gastos, sin construir los edificios necesarios y subiendo el precio de los terrenos.

En los Valles se formó también una oposición siempre más creciente para detener la emigración, de modo que la colonia no podía extenderse con la rapidez y proporción que se había previsto.

Los mismos colonos se dividieron en partidos discordes, y se mostraron á veces poco dispuestos á someterse á los reglamentos que ellos mismos habían sancionado con su voto, para tutelar sus intereses comunes, surgiendo así rencores y enemistades sumamente perjudiciales.

La primera causa de discordia fué la elección de un sitio donde edificar el templo. El Directorio entregaba quinientos pesos con la condición de que se levantase en La Paz. Pero La Paz está en un extremo de la colonia, y la mayor parte de los colonos hubieran deseado un lugar más céntrico. Sin embargo, como el señor Morel afirmaba que el gobierno no permitiría que se edificase fuera de La Paz, la mayoría aceptó la suscripción de la Sociedad, y se empezó el templo.

Pero cuando el señor Pendleton obtuvo autorización de edificar en el centro de la colonia, los descontentos acusaron al señor Morel de haberlos engañado, y rehusaron de entregar lo que habían suscrito. De ahí divisiones intestinas que se acentuaron cada vez más.

El señor Pendleton había recolectado en Inglaterra, Holanda y Alemania, cerca de 106, 000 francos para la colonia, pero empleó 21, 200 en viajes y 1200 en varios gastos. Cuando volvió en 1862 en-

contró la colonia en situación muy crítica. Muchas familias no habían podido saldar sus cuentas con la Sociedad. Tantas fueron las quejas y lamentaciones de los colonos que el señor Pendleton creyó deber auxiliar á los más necesitados, y empleó cerca de 25, 000 francos para pagar « deudas, terrenos, instrumentos agrícolas, cementerio y otros gastos ». Por más que hubiese procedido con tino y prudencia, esa medida despertó celos y recriminaciones entre los colonos. Muchos de ellos habían pagado enteramente sus chacras, pero no tenían los títulos de propiedad. El señor Pendleton hizo tantos empeños que los consiguió para más de cuarenta familias.

Otra dificultad se añadía á las que acabamos de mencionar, la del monte. En el contrato de colonización existía una cláusula según la cual los colonos tenían el derecho de cortar la leña necesaria para el uso doméstico y para la construcción de sus ranchos. En 1868 la Sociedad liquidó, cediendo todos sus derechos á Don Ruperto de las Carreras. Este pretendía tener propiedad absoluta sobre el monte, y prohibió á los colonos que cortasen madera sin su autorización. Algunos fueron encarcelados y hasta multados.

El señor Morel que había recibido su sueldo del señor Pendleton durante cinco años, no pudiendo después sostenerse con las suscripciones de los colonos, algunos de los cuales se negaban á contribuir, fijó un arancel para los actos eclesiásticos, lo que aumentó aún más las disensiones, de tal modo que la colonia se encontraba en un estado de desorganización próximo á la ruina.

El Sínodo de 1869, alarmado por nuevas tan tristes, á propuesta del Dr. Stewart que proporcionó

los recursos, resolvió delegar al Moderador, señor Lantaret, para que visitase la colonia.

Narró su viaje y visita en un folleto encabezado: « Los Valdenses en el Uruguay ».

Las pasiones se calmaron, y las cuestiones más graves que dividían á los colonos, fueron resueltas, á lo menos en principio.

El señor Lantaret se enteró de todas las dificultades, y celebró varias asambleas para aplanarlas. En una de ellas, el 7 Agosto de 1869, á la cual tomaron parte casi todos los jefes de familia, se resolvió lo siguiente:

1º) Que el templo de La Paz cuyos trabajos estaban parados por falta de fondos, sería acabado.

2º) Que se edificaría en el centro de la colonia un templo, una casa para el pastor y una escuela.

3º) Que se nombraría una comisión de colonos encargada de vigilar esas construcciones y de reunir fondos.

4º) Que los gastos serían sufragados también con el dinero que estaba todavía en poder del señor Pendleton, y con otros recursos que la Mesa arbitraría.

El señor Morel convino en pedir su jubilación, presentando su renuncia al cabo de un año durante el cual los colonos le garantizarían sus honorarios. El señor Lantaret en ese tiempo les buscaría un nuevo pastor. Antes de irse, compró en nombre de la Mesa el terreno donde está edificado el templo central.

En cuanto á la cuestión del monte no pudo ser resuelta. El señor Lantaret en su corta estadía, (ocho

días), no pudo ocuparse de ella, interesado por otros asuntos de más importancia. Fué entablado un pleito que se acabó pur cansancio de las partes, sin que se dictara sentencia definitiva. Como se habían plantado muchos árboles, pronto dejó de notarse su falta.

El señor Morel fué durante muchos años, no solamente pastor activo y celoso, sino también intrépido defensor de los intereses de los colonos ante el Directorio de la Sociedad y las autoridades. Murió el 6 Febrero de 1882 en Colonia Valdense.

Respecto al señor Pendleton, después de su visita en 1867 no se oyeron más noticias de él. No es arriesgado el decir que fué un instrumento entre las manos de Dios para el establecimiento de los Valdenses en el Uruguay. Les prestó servicios señalados y favores innumerables, valiéndose de la influencia que le proporcionaba su nombre y su puesto. Se sacrificó personalmente exponiendo su vida; es sabido que se rompió un brazo en uno de sus viajes á la colonia. Si hubo resentimientos durante un tiempo á motivo de ciertos actos suyos, su memoria debe ahora ser considerada entre los Valdenses como la de un bienhechor.

Desde el año 1869, Colonia Valdense entra en una nueva faz de desarrollo y ensanchamiento. Cuenta ciento cincuenta familias con un total de 809 almas. Los colonos han trabajado y prosperado á pesar de las discordias en el terreno moral. Los primitivos ocupantes han cumplido fielmente sus compromisos, y todos son propietarios legítimos de los terrenos tomados.

En esta época los señores Victorica y Ramirez fraccionan sus campos y encargan el señor Griot de

venderlos. En 1872, 1874 y 1876, otras fracciones de distintas proveniencias son compradas, de tal modo que en 1878, veinte años después de su fundación, la superficie de Colonia Valdense es seis veces mayor, alcanzando á 15000 hectáreas, y se extiende hasta el Río de la Plata.

Sin embargo los partidos no habían desaparecido. El nuevo pastor, señor Juan Pedro Salomon, que sucedió al señor Morel en Noviembre 1870, halló un campo lleno de dificultades. Su estadía no fué de larga duración. En Febrero de 1875, después de un ministerio de cuatro años, renunció el puesto y se fué á Estados-Unidos, donde lo siguieron algunas familias de colonos.

La colonia se halla de nuevo reducida á las tristes condiciones de antes; los niños crecen sin instrucción religiosa, y la comisión nombrada por los colonos mira hacia el porvenir ansiosa. Escribe á la Mesa, suplicando el envío de un nuevo pastor. Responde al llamado el señor Daniel Armand Ugon que llega á la colonia el 24 Noviembre 1877.

La iglesia entra de lleno en un nuevo período de organización y de vida. Los motivos de discordia tienden á desaparecer por mutuas concesiones, y también por efecto del tiempo, el mejor de los lenitivos; los colonos prestan preferente atención á las mejoras más urgentes y necesarias, y las realizan. Por medio de suscripciones voluntarias se edifican siete locales para escuelas y se abren al público. En Marzo de 1882 son subvencionadas por el estado cinco de ellas. Se construye un puente de madera sobre el Rosario, y se recolectan en la localidad más de tres mil pesos para esa obra. Colonia Valdense no sólo hace frente á sus necesidades para el culto,

la instrucción y la beneficencia, sino que ayuda á los otros grupos Valdenses que han salido de ella, cuando precisan un local para capilla ó escuela, y manda socorros á los Valles para las obras de allí. Es señalada en el país como modelo de orden, economía y moralidad.

La iglesia es reconocida como « persona jurídica » desde 1884, con derecho de vender, comprar y administrarse conforme a sus reglamentos. El pastor, desplegando una actividad digna de todo elogio, se ocupa en las tareas pastorales, en la enseñanza, y hasta visita los grupos establecidos en la República Argentina (1886).

El desarrollo de Colonia Valdense es constante; se puede comparar á una colmena cuyos enjambres se extienden á todos lados, pues de ella proceden numerosos núcleos, planteles de futuras colonias. Su fama ha llegado hasta el gobierno, y el Presidente de la República, general Santos, la visita en 1883, asistiendo al culto el 5 de Mayo.

El 24 Setiembre 1893, se inaugura el templo de La Paz, refaccionado y puesto á nuevo, y el 15 Noviembre de 1898, el del centro cuyos cimientos se habían empezado el 21 Abril 1892.

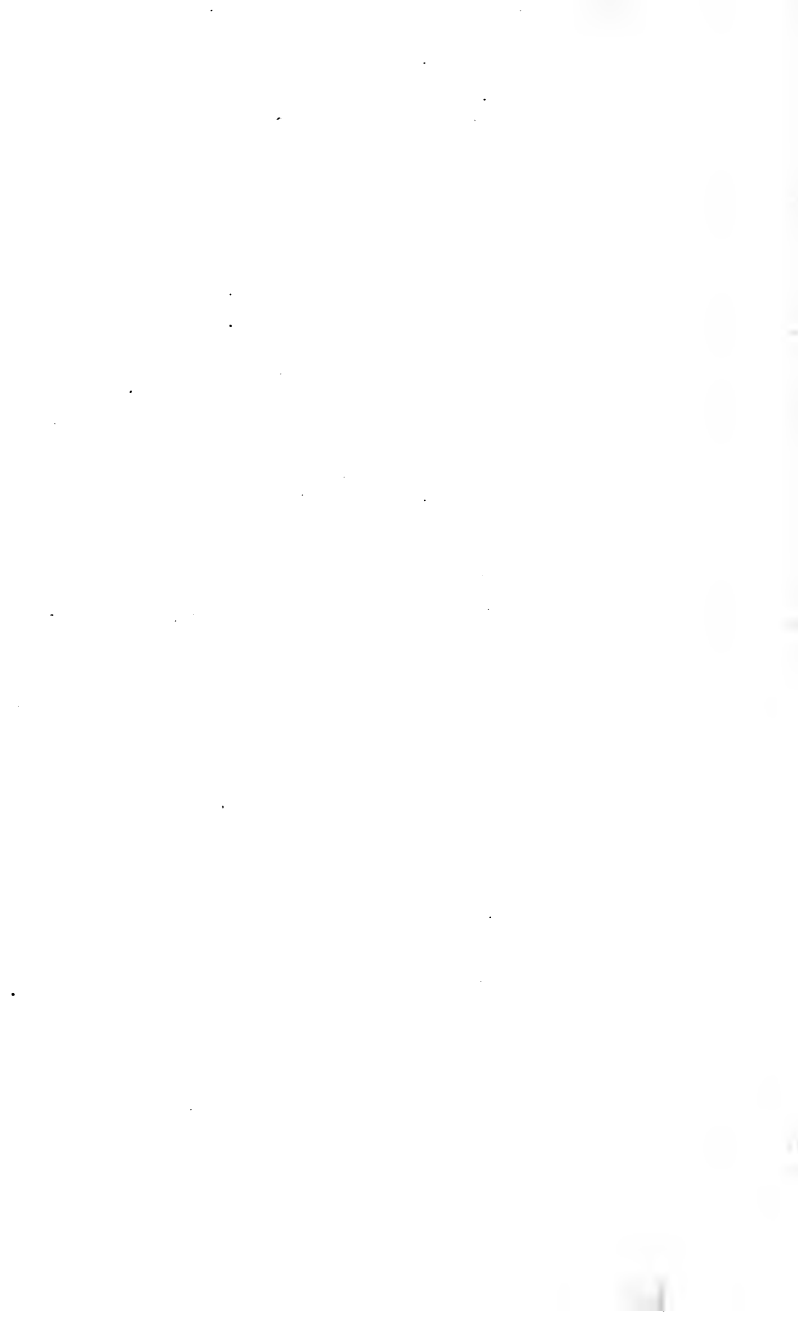
Los dos edificios son debidos casi exclusivamente á las suscripciones de los colonos. Lucen un espléndido mueblaje, regalo de un amigo de los Valdenses, el señor De Benedetti de Buenos-Aires.

En 1894, la colonia es visitada por el Dr. Prochet, Presidente del Comité de Evangelización, y en 1899 por el Moderador-adjunto, señor Enrique Tron, que emplea siete meses en recorrer los grupos Valdenses esparcidos en las Repúblicas Oriental y Argentina, visitando á cada familia.

Desde Junio de 1888, Colonia Valdense posee un Liceo para la enseñanza secundaria, fundado por el Dr. Wood y el pastor. En su calidad de Colegio habilitado ofrece los medios de cursar todas las signaturas del bachillerato, y los exámenes rendidos en el establecimiento ante una Comisión designada por la Universidad, producen todos los efectos legales. Aunque está destinado particularmente á los Valdenses, admite á todos los que desean perfeccionar sus estudios. Año tras año se esfuerza por mejorar las condiciones de la enseñanza. Posee un laboratorio de Química, un gabinete de Física y un Museo de Historia Natural. Tiene edificio propio con todo lo necesario para el estudio. Los señores: Dr. Wood, D. Armand Ugon, S.ra de Pieper, L. Jourdan. B. A. Pons, S. Gaydou, Dr. J. Pons y Celedonio Nin, han ejercido las tareas del profesorado en él, y algunos las siguen ejerciendo. Numerosos jóvenes han pasado por sus bancos, y ocupan ahora un puesto como maestros, empleados, comerciantes, agricultores, ó siguen sus estudios en la Universidad en vista de las carreras liberales.

Actualmente la superficie ocupada por Colonia Valdense, alcanza á 144 Km.², y su población se calcula en 1400 almas.

En el orden material ha realizado progresos asombrosos. La mayor parte de los colonos, por no decir la totalidad, son propietarios. Viven con holgura y disfrutan de un bienestar que no hubieran conocido en los Valles. Poseen grandes casas de comercio, molinos, fidelería, toda clase de utensilios para la labranza, trece máquinas trilladoras, solamente en la colonia, y mas de cien segadoras. Producen





Baracona a la punta del Biancheto.

una cosecha anual de trigo que varía entre cincuenta y cien mil *Hl.*

La colonia tiene dos puertos sobre el arroyo Rosario: el del mismo nombre y el Concordia, á pocas cuadras de la Paz. La vía férrea que va de Colonia á Montevideo linda con un extremo de la colonia y la estación más próxima está á una hora de distancia.

El aspecto del suelo ha experimentado un cambio radical. En todas partes donde antes no había sino chilcas y pasto ó cardos, se ven ahora arboledas, quintas, sembrados; y destacándose entre la verdura de los árboles, las casas de ladrillo que han sustituido los primitivos ranchos de paja y terrones.

Bajo el punto de vista intelectual y religioso, Colonia Valdense es una parroquia igual á cualquier otra de los Valles. Tiene su consistorio, sus maestros, sus escuelas. Coadyuvan al pastor en sus múltiples tareas otras personas, entre ellas el señor Juan Daniel Revel, colono que está prestando servicios muy apreciados desde hace cerca de cuarenta años. Posee locales propios, bibliotecas, escuelas dominicales, lecciones de catecismo, Uniones Cristianas, en fin todos los medios de instrucción y edificación que se pueden encontrar en una iglesia debidamente organizada. Si hay descuidos y faltas, como los hay indudablemente, se deben pues achacar á la incuria y á la debilidad natural en el hombre.

CAP. XLII.

Otros grupos y colonias del Uruguay.

Existen varios otros grupos y colonias formados por familias salidas en su mayor parte de Colonia Valdense.

Por el aumento de la población no pudiendo caber en la primitiva colonia, han buscado nuevos terrenos, extendiéndose por casi todo el Departamento. Se encuentran agricultores Valdenses desde el arroyo Cufre hasta el San-Salvador. Mencionaremos en breves palabras los principales grupos, empezando por Colonia Cosmopolita.

Constituyen la « *Colonia Cosmopolita* », según lo indica su nombre, familias de diferentes nacionalidades; sin embargo, prevalece el elemento valdense en el rincón formado por el arroyo Rosario, en su margen derecha, y el Río de la Plata. Está situada al Oeste de Colonia Valdense de la cual la separa el arroyo Rosario. Fué fundada á fines de 1883 y á principios de 1884, en terrenos de Don Carlos Becú, Luis Podestá y sucesión Carassale.

Esta colonia, como la Valdense, ha prosperado y se ha extendido mucho. Tiene dos escuelas, una capilla y una casa para el pastor. Se organizó en iglesia bajo los cuidados del señor Bounous, su pastor, que llegó de Italia en Junio de 1882. Cuenta ciento veinte y seis familias con un total de 776 personas. De ella dependen los pequeños grupos de la Calera, Puntas del Colla, que está á 40 Km. de la residencia del pastor, y Rosario.

Bajo la denominación general de « *Artilleros* » se comprenden las familias establecidas entre los arroyos Sauce y Riachuelo. Muchas son arrendatarias, y otras ya se han convertido en propietarias, adquiriendo pequeños pedazos de campo. Alcanzan á ciento veinte y nueve con un total de 715 individuos. Poseen una escuela del estado y un salón donde el pastor de Cosmopolita celebra el culto dos Domingos cada mes.

Entre los arroyos Riachuelo y San-Juan se hallan los grupos de « *Riachuelo, San-Pedro y San-Juan* », formados por treinta y dos familias con un total de 202 personas. En el Riachuelo los colonos poseen una escuela donde el anciano Ignacio M. Díaz preside el culto y dirige la escuela dominical. El pastor no puede visitar este grupo más que una vez cada mes, á causa de las distancias.

La parroquia de Cosmopolita abarca una extensión de 70 km. de largo por 40 de ancho. Toda la obra está á cargo de un solo pastor. Como tiene que presidir cultos en nueve localidades distintas y dirigir la instrucción de los catecúmenos en las mismas, está agobiado por el trabajo. La multitud de tareas le abruman, y le es imposible efectuar un trabajo duradero, por más que se desvele y afane multiplicando sus fuerzas y actividad. A pesar de la ayuda de los ancianos, diáconos, maestros y otras personas animadas de buena voluntad, el prolongar una situación tan apremiante sería muy perjudicial, ya para el pastor sobrecargado de tareas, ya para la iglesia insuficientemente atendida. Para remediar á estos inconvenientes se está por dividir la parroquia en dos iglesias: una entre los arroyos Rosario y Sauce, que comprendería Cosmopolita y grupos anexos, y

otra entre los arroyos Sauce y San-Juan con residencia del pastor en Artilleros ó Riachuelo.

El 13 Abril de 1899, una asamblea de colonos reunida en la escuela de los Artilleros, resolvió pedir á la Mesa el envío de un nuevo pastor, comprometiéndose á proporcionarle sus honorarios. La nueva parroquia abarcaría una extensión de 50 km. de largo por 30 ó 40 de ancho, contando desde luego una población de mil personas. Además es el punto donde principalmente se extiende la agricultura, lo cual también es preciso tener en cuenta para el porvenir.

La colonia de « *Ombues de Lavalle* » está situada en los límites del Departamento de Colonia lindando con el de Soriano. Fué fundada á mediados del año 1890 en campos del señor Varela. Con el grupo de Dolores establecido á orillas del arroyo San-Salvador en el Departamento de Soriano, constituye una iglesia. La población alcanza á quinientos cincuenta individuos. Su primer pastor fué el señor Pablo Lantaret, fallecido en el Rosario de Santa-Fe el 13 de Mayo 1898. Le sucedió el señor F. Ghigo.

Ombues de Lavalle y Dolores ó San-Salvador están separados por una distancia de más de 60 km., y aunque haya que atender á varias familias muy alejadas de los centros donde se celebran cultos, sin embargo el pastor puede satisfacer las necesidades más urgentes. En Ombues hay una escuela del estado bajo la dirección de un maestro valdense, y en Dolores existe otra. En este último grupo que parece extenderse mucho, se está edificando una capilla para los cultos y la escuela dominical.

Varias familias Valdenses están radicadas en el Salto, (desde el año 1858), otras en Porongos, Du-

razno, Peñarol y Montevideo, con un total de personas que se aproxima á doscientos.

Donde no existen iglesias evangélicas, el aislamiento les aparejará consecuencias fatales, si no se alimentan de la Sagrada-Escritura y no guardan sus enseñanzas, inculcándolas en los descendientes.

CAP. XLIII.

Grupos y colonias de la República Argentina.

Al Norte de la República Argentina en la provincia de Santa-Fe, encontramos la « *Colonia Alejandra* », fundada hacia el año 1872, y los grupos del Chaco.

La casa Thompson Bonar y C.^{ia} de Londres había comprado cincuenta mil hectáreas de terreno en el Gran-Chaco, al Norte de la provincia de Santa-Fe, sobre la margen izquierda del río Paraná. El señor Pendleton entabló negociaciones con dicha casa, y secundado por Juan Pedro Baridon, uno de los fundadores de Colonia Valdense, quiso dirigir la emigración á esos parajes. Baridon había ido á explorar los terrenos en 1870, y desde 1871 circulaban cartas suyas en los Valles, invitando á los que querían emigrar á aprovechar la oportunidad para crearse una posición holgada. Las condiciones ofrecidas eran de las mejores al parecer. Tendrían ochenta mil cuerdas de buenas tierras, á orilla de un gran río navegable hasta para buques de grandes dimensiones, los gastos de viaje pagos, y todo lo necesario hasta su establecimiento definitivo en la nueva colonia. Se

llamaba Alejandra, del nombre del hijo de un miembro de la Compañía que había sido muerto por los indios. Al mismo tiempo Baridon trataba de atraer á esa colonia varias familias establecidas en el Uruguay.

El señor Lantaret, conocedor de las condiciones de los colonos en el Uruguay, combatió esos proyectos que consideraba descabellados, y escribió dos cartas en el « Eco », previniendo á los emigrantes los peligros á que se exponían. Los fautores de esa colonización habían sembrado la desconfianza hacia los pastores, diciendo que querían retenerlos en los Valles en la miseria, mientras que se les ofrecía abundancia y riquezas en Alejandra. Si alguno observaba que había aún tierras disponibles en el Uruguay, los defensores del señor Pendleton contestaban que eran muy caras, mientras que en la Argentina se vendían casi por nada.

El señor Pendleton fué á los Valles á principio de 1872, y celebró una reunión en Torre, invitando á todos los que deseaban emigrar. Como resultado de esas gestiones, treinta y ocho familias se resolvieron á expatriar; más de la mitad pertenecían á la parroquia de Rorá.

El señor Pendleton vigiló los preparativos de los emigrantes, los acompañó hasta Génova y los visitó á bordo. Después no lo vieron más. Habían salido de los Valles en el mes de Abril 1872. La travesía fué de las más penosas; padecieron hambre, sed, y sobre todo por la mala calidad de los alimentos. Muchos fueron atacados de viruela y nueve murieron. De Buenos-Aires á Alejandra se les cobró 170 francos por cada familia, en lugar de 25 como se les había prometido.

Baridon, nombrado director de la colonia, los había precedido con dos ó tres familias de Colonia Valdense, de las quince que en un principio habían manifestado el deseo de emigrar, y los recibió á su llegada. En seguida tuvieron víveres y ropa en abundancia, hasta tal punto que muchas veces se desperdiciaban. La casa Thompson Bonar había mandado toda clase de máquinas y útiles de agricultura de los más perfeccionados, pero reinaba el desorden en la administración, y no se aprovecharon. Los colonos que no pedían sino de poder trabajar, recibieron bueyes muy tarde, y no en número suficiente; algunos no tenían todavía á los dos años de su llegada.

El terreno tampoco no es como lo habían descrito. Hay inundaciones periódicas; cuando las aguas se retiran, quedan grandes pantanos; más tarde, cuando los calores han evaporado la humedad, la tierra se endurece mucho y no es propia para el cultivo. Un cuarto apenas de las tierras ocupadas se presta á la agricultura, es decir las que están á algunos metros sobre el nivel del río. Por tal motivo esas cuarenta familias se han extendido sobre una superficie de siete leguas. El maestro Santiago Salvageot que ha venido de Rorá con los emigrantes, abre una escuela; pero pocos pueden aprovechar de ella á causa de las distancias.

Las fieras grandes y pequeñas abundan; el río está poblado de cocodrilos y es muy peligroso bañarse: un joven Coisson de Angrogna fué devorado por esos temibles anfibios; hay tigres y serpientes, sobretodo serpientes de cascabel; y todo esto es nada comparado á la inmensa cantidad de mosquitos que no permiten el descanso ni de día ni de noche. Hay peligro también por parte de los indios que verifican frecuen-

tes correrías, llevándose el ganado. Poco tiempo antes de la llegada de la expedición, habían muerto á un joven Rostan de Pral y á un agente del banco Thompson Bonar. Más tarde un hijo de Baridon fué herido gravemente, y otro colono (no valdense) muerto.

Estas dificultades son aumentadas por las desavenencias surgidas entre los colonos y Baridon, al cual consideran como responsable del desorden que reina en la administración de la colonia.

Por fin la casa Thompson Bonar que había gastado sumas fabulosas para tal empresa, cansada de no obtener ningún beneficio, mandó un representante á la colonia, el señor Belfort, para que se enterase de lo que pasaba. El señor Belfort hizo empeño para impedir la disolución de la colonia, pero sin resultados; la mayor parte de las familias la abandonaron. Algunas fueron más al Norte y otros regresaron á Colonia Valdense (mayo 1874).

Baridon abandonó la colonia en 1876, y fué á establecerse en el Rosario Tala, (Entre-Ríos).

La casa Thompson Bonar vendió lo que quedaba, salvando sin embargo los derechos de los colonos. Tal fué la corta pero lúgubre historia de esa Colonia Alejandra de la cual se prometían resultados tan halagüeños.

Actualmente no quedan más que tres familias de las venidas al principio; añadiendo las que se formaron después, alcanzan á diez y ocho con un total de 155 personas.

Sobre su estado actual extractamos lo siguiente de una carta de un colono: « Cada familia posee dos ó tres chacras de cuarenta hectáreas y media cada una; su extensión es de 300 metros de Norte á Sur, y de 1200 de Este á Oeste. El terreno ocupado por los

Valdenses no pasa de 900 hectáreas. Se cultiva maíz, mandioca, maní y lino; el trigo no prospera, porque el país es demasiado cálido. Los colonos viven con desahogo. Dos familias son originarias de Bobbio, tres del Villar y las demás de Rorá. Algunas valdenses se han casado con colonos ingleses ó de otras nacionalidades. No hay familia que posea menos de doscientas cabezas de ganado; algunas poseen hasta siete ú ocho cientos. Muchas tienen también ovejas y caballos en número bastante crecido. Son temibles los cuatrerros, que roban los caballos, y los bandoleros huídos de las provincias vecinas. Las fieras desaparecen poco á poco, á medida que el país se va poblando. Hay muchos insectos dañinos, reptiles y serpientes de toda clase. Las langostas son nuestro mayor enemigo. Los mosquitos abundan, sobretodo en las épocas lluviosas ».

Los colonos que se dirigieron hacia el Norte formaron un pequeño grupo á cuarenta leguas de Alejandra, en la colonia de « Las Garzas », departamento de Reconquista. Comprende de ocho á diez familias con un total de 127 individuos.

Al Sur de Alejandra, en la naciente ciudad de San-Javier, existe un grupo de 19 personas, y otro en Calchaquí alcanza á 32.

Los colonos establecidos en el Chaco de Santa-Fe desde el año 1872, bajo el punto de vista religioso han sido abandonados por la Iglesia Valdense. No han disfrutado del ministerio continuo de ningún pastor. A intervalos la Iglesia Anglicana mandaba pastores allí, pero desde hace muchos años no tiene más obreros en esa comarca. En 1886 esos grupos, así como los demás de la República Argentina, fueron visitados por el señor Ugon; pero la Iglesia Metodista costeó los gastos del viaje, sin intervención alguna de

las autoridades valdenses. Desde hace tres años, el pastor de Belgrano los visita cada año durante algunas semanas, con el consentimiento de su iglesia.

Quien más ha trabajado para satisfacer las necesidades religiosas de Alejandra, es el maestro Santiago Salvageot. Desde la fundación de la colonia, no ha dejado de instruir á los niños y de presidir los cultos y los entierros. Todos rinden un buen testimonio á la fidelidad, abnegación y perseverancia de ese humilde obrero. Ahora los achaques de la vejez casi le impiden todo trabajo.

En 1899, el señor Tron, Moderador-adjunto, visitó los grupos del Chaco que pidieron nuevamente el envío de un pastor. Su campo de trabajo abarcaría una extensión de 300 Km. de largo, desde San-Javier á Ocampo, por 70 de ancho, desde Calchaquí á Esquina, sobre la orilla izquierda del río Paraná. A más de las familias Valdenses de que hemos hablado, existe en Alejandra un cierto número de familias inglesas, alemanas y norte-americanas, dispuestas á unirse á los Valdenses para la formación de una nueva iglesia. A 50 Km. al Norte de Alejandra, en el camino que va á Las Garzas, se encuentra la colonia Romang, compuesta de unas cuarenta familias protestantes, deseosas también de adherirse á esa obra y concurrir á su sostén. Los colonos ya han suscrito una cantidad suficiente para los honorarios del pastor.

En la pequeña ciudad de Alejandra, hay una capilla con torre y campana, y una casa para el pastor, que pertenecen á la Iglesia Anglicana, si bien edificados con el concurso de todos. Los colonos esperan poderlas utilizar para el culto en provecho común; han elevado al efecto una solicitud al obispo anglicano.

La instrucción en estos grupos está muy atrasada.



Capilla e Presto de Belgrano
(Ombues de la Valle).



En Las Garzas no hay escuela, y en Alejandra han suprimido la que dirigía el maestro Salvageot. Privados de cultos por espacio de cerca treinta años, sin escuelas, los colonos suspiran por un pastor cuyo envío no es sólo urgente, sino indispensable. No podrá satisfacer todas las necesidades, pero ya será un paso hacia adelante que mejorará el estado moral y religioso de la colonia.

En la misma provincia de Santa-Fe en su parte meridional, encontramos numerosos grupos esparcidos en varias colonias, que si bien no forman un todo homogéneo, constituyen sin embargo una iglesia; la conocida con el nombre de *Belgrano*. Estos grupos no forman mayoría en ninguna colonia. Mencionaremos los más importantes, empezando por *San-Carlos Sur* que es el más antiguo.

Se halla á diez leguas de distancia de Belgrano, y fué fundado en 1858. En 1860 llegaron dos solteros y cinco familias venidas directamente de los Valles, por intermedio de la compañía Beck Herzog de Basilea, fundadores de la colonia San-Carlos. Más tarde vinieron otras familias, y en 1882 alcanzaban á veinte y cinco. Desde entonces ha disminuido, y si se cuentan todavía unas quince familias en toda la colonia San-Carlos, (Sur, Centro y Norte), se debe á la llegada de varias otras establecidas en distintos puntos, ya en la Argentina ó en el Uruguay. El total de habitantes Valdenses es de ciento setenta y seis almas. La condición de los colonos es mediana. Si hay grandes propietarios, los hay también pequeños, y hasta existen personas que no poseen nada y son simples jornaleros. Este grupo tiene la ventaja de poder enviar sus hijos á la escuela, pues hay varias y buenas; pero parece que nadie abusa de ese privilegio. Su estado

religioso no es muy halagüeño: nunca han sido visitados con regularidad, y tampoco ningún colono ha manifestado el deseo de serlo.

Al Sureste de San-Carlos, en la colonia *Gessler*, á siete leguas de Belgrano, existe un pequeño grupo compuesto de tres familias Valdenses. Solamente una es propietaria.

Belgrano puede ser considerado como el centro de todos estos grupos, pues posee una capilla y es la residencia del pastor. Fué fundado en 1882. Los Valdenses establecidos allí proceden en gran parte de San-Carlos. Cuenta diez y ocho familias de las cuales once son propietarias. La capilla-escuela fué edificada en 1887 á iniciativa del señor Ugon, después de su visita. Desde 1895 (14 Marzo) disfruta del ministerio de un pastor, el señor E. Beux, encargado también de la obra en los grupos de las colonias vecinas.

Al Este de Belgrano, en la colonia *Lopez* fundada en 1886, existe otro grupo compuesto de ocho familias Valdenses, todas propietarias, las cuales han venido también de San-Carlos. No tienen local para escuela ni para cultos. Si bien existe una escuela del estado, lo mismo que en Belgrano, pocos aprovechan de ella.

En *San-Martín*, al Oeste de Belgrano, y en el campo Armstrong, al Suroeste, hay otras ocho familias, de las cuales sólo dos son propietarias.

En estas colonias los Valdenses alcanzan á un total de trescientos cincuenta y tres personas.

En la provincia de *Córdoba* hay también varias familias Valdenses, principalmente en Venado Tuerto, Quebracho Herrado y Salteña. Suman un total de ciento setenta y seis personas.

En la provincia de *Buenos-Aires*, en la ciudad del mismo nombre, y en Bahía Blanca, Pigüé, Tandil y otros puntos existen familias é individuos aislados que no tienen relación alguna entre sí y que hasta es difícil de encontrar. Su número se calcula en doscientos, y tal vez pase de esta cifra.

En la provincia de *Entre-Ríos*, el grupo más numeroso de Valdenses se halla en la colonia del *Rosario-Tala*. Tiene escuelas, lugares de culto, y está atendido por un obrero de la Iglesia Metodista Episcopal. Fué pastor allí durante varios años, hasta su muerte, el señor Daniel Berton. El total de personas llega á trescientos.

Existen familias aisladas en Concordia, Colón y Concepción del Uruguay: en todo diez y seis personas.

Otro grupo que tal vez con el tiempo será importante, es el de *San-Gustavo* y *La Paz*. Hay allí varias familias Valdenses de las cuales algunas son propietarias, y el número de sus individuos se acerca á cien. En San-Gustavo el señor B. Gilles presidió los cultos hasta su muerte. Después esas familias no han sido visitadas con regularidad. Si un pastor se establece en Alejandra, podrán disfrutar de su ministerio.

El pensamiento que brota al examinar los grupos de la Argentina es éste: están muy diseminados. Cuando esas familias emigraron, no tenían ningún plan, ó si lo hubo, como en Alejandra, surgieron tantas dificultades que fué abandonado. Después careció toda clase de dirección, y se separaron en pequeñas agrupaciones, sin rumbo fijo, fiados al parecer á la casualidad, estableciéndose según sus conveniencias del momento, sin pensar en el porvenir

para sus necesidades intelectuales y morales. Esos grupos no son compactos, y la obra de un pastor encontrará siempre obstáculos difíciles de sormontar.

Si hubiese verdadero deseo de instruirse y de buscar el alimento espiritual, las familias aisladas podrían muchas veces aprovechar de los obreros de otras iglesias, principalmente de la Iglesia Metodista Episcopal, pero en muchos casos falta esa aspiración, y entonces la vida religiosa acaba por desaparecer completamente.

El señor B. Pons, pastor valdense y agente de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, podrá efectuar una obra benéfica, ocupandose ya personalmente ya por medio de los colportores que él dirige, de los numerosos evangélicos establecidos en las varias provincias de la República Argentina.



Los Valdenses han fundado también algunas colonias en los Estados-Unidos de Norte-América.

En el mes de Febrero 1875, el señor Salomon salió de Colonia Valdense y fué á establecerse con cinco familias en el ángulo Suroeste del Misuri, sobre las ondeadas colinas de Ozark, á doce Km. de la pequeña ciudad de Pierce-City. Este grupo se aumentó con otras familias venidas de los Valles, y dió origen á la colonia de *Monett*. En 1878, comprendía nueve familias Valdenses, (cincuenta y cuatro personas), una belga, una francesa y una suiza. Se empezó la construcción de un pequeño templo en madera en un terreno donado á los colonos por la compañía de ferro-carriles, y el señor Salomon ejerció las funciones de pastor durante diez años.

Como los colonos no podían pagarle un sueldo suficiente para vivir, había comprado una chacra y se dedicaba á la cría de animales. Emigró después con su familia á California donde murió. Nuevas familias vinieron de los Valles, y actualmente su número pasa de treinta. Monett que era una simple estación de ferro-carril, es ahora una pequeña ciudad. Algunas familias se separaron de la colonia en distintas épocas, y fundaron otros grupos; el principal es el de Gaines-Ville en el Texas.

En 1893 fué fundada la colonia llamada « Valdense », en la Carolina del Norte, con familias venidas directamente de los Valles. En la actualidad comprende cuarenta y cinco familias con un total de doscientos cincuenta almas. Está organizada en iglesia, con un pastor, el señor B. Soulier, tres ancianos y un diácono. Los colonos al principio se habían unido en sociedad; después cada uno prefirió tomar un lote por su cuenta. Poseen una escuela y un templo inaugurado en 1898. La colonia materialmente parece luchar con algunos obstáculos. Los terrenos no son de los mejores, pues necesitan abono, y los colonos precisarían tener alguna industria al lado de la agricultura. Sin embargo el país es rico, y se espera que con el tiempo las dificultades desaparecerán.

* * *

El problema de la emigración se está resolviendo en la práctica. Las familias que han emigrado, al alcanzar un grado relativo de prosperidad, escriben á sus parientes y amigos, y los atraen insensiblemente. Todos los años llegan nuevos emigrantes, y son contados los que regresan. La mayor parte se radi-

can en el país; de arrendatarios con trabajo y perseverancia se vuelven propietarios, y así la emigración adquiere cada vez más solidez y extensión.

Los peores enemigos que tiene son, en el Uruguay las guerras civiles, y en la Argentina las langostas; sin embargo, jamás los colonos se han visto reducidos á la miseria. Aun en los tiempos más calamitosos han podido decir: « el pan nunca nos ha faltado ».

Su condición material es superior á la de los Valles, y la vida mucho más fácil.

Bajo el punto de vista moral y religioso, el mayor obstáculo que se presenta es la falta de unión. En vez de establecerse donde ya hay iglesias organizadas y grupos, los colonos buscan tan sólo sus conveniencias particulares, y se alejan demasiado unos de otros, con menoscabo de su instrucción y educación moral. Los Valdenses no descuellan por un carácter nacional muy pronunciado, se asimilan con facilidad, y adoptan la lengua y las costumbres del país donde viven. En los ambientes malsanos y corrompidos esto entraña un grave peligro, porque á causa de esa falta de energía, se dejan ir al abandono y olvidan no solamente la patria de sus antepasados, sino sus creencias y su fe. Las consecuencias son más temibles aún para la nueva generación que no ha conocido el país de su origen. Una vida desahogada contribuye también á esos resultados. Donde la naturaleza brinda con que satisfacer las necesidades de la vida sin gran esfuerzo, los pueblos son indolentes; mientras que las luchas fortalecen el carácter y le dan un temple viril. Hasta cierto punto esas faltas se podrían suplir, estableciendo escuelas nocturnas ó dominicales, esparciendo literatura evangélica y periódicos religiosos,

y sobretodo no olvidando el libro por excelencia que valió á nuestros padres el apodo de « pueblo de la Biblia ».

En 1858 en la Florida, los Valdenses alcanzaban á doscientos; en 1869, cuando los visitó el señor Lantaret, ya son ochocientos nueve. Hoy en el Uruguay suman á cuatro mil, y en la Argentina pasan de dos mil. Si aumentan en la misma proporción, de aquí á veinte años habrá tantos Valdenses en América como en los Valles. Esa prosperidad debe despertar en nosotros sentimientos de gratitud hacia Dios. Apenas la cuarta parte de esos seis mil Valdenses han nacido en los Valles. Algunos eran tan jóvenes cuando sus padres emigraron, que no guardan ningún recuerdo de su patria.

Las relaciones entre los Valdenses de aquí y los de Italia disminuyen cada año. Muchos de los parientes más cercanos han muerto, y los que quedan no se conocen personalmente, ó han habido tantos cambios que se han desligado casi completamente. Muchas veces rencores y animosidades han puesto entre los parientes una distancia aun mayor que la del océano que los separa.

A todas estas causas que debilitan los vínculos de parentesco y amistad, se agrega para los nacidos en América la dificultad de la lengua. Muchos de los que todavía comprenden y hablan el francés, no se animan ya á escribirlo, y sus cartas en español quedan sin contestación, porque no se entiende ese idioma en los Valles. La diversidad de lengua en un porvenir tal vez no lejano, constituirá una barrera insuperable entre los Valdenses de América y los de Italia.

Para remediar á esas dificultades es necesario au-

mentar las relaciones entre la iglesia madre y sus colonias. Las Conferencias que han empezado á celebrarse cada año desde 1894, con representantes de todos los grupos y colonias, son un medio muy eficaz de conservar la unión y el espíritu de hermandad entre los Valdenses establecidos en estas Repúblicas.

Es indispensable también de estrechar cada vez más los vínculos espirituales y eclesiásticos entre las nuevas iglesias y las parroquias de los Valles.

Las autoridades de la Iglesia por su lado, deben cuidar estos grupos más que por el pasado, visitándolos con frecuencia para estímulo á los pastores que ven su trabajo apreciado, y avivamiento de la grey que se considera así como una sola iglesia con la de los Valles.

El Moderador, señor Lantaret, hablando del papel que los Valdenses serían llamados á desempeñar en el adelanto del reino de Dios en el Uruguay, escribía: « Lo que la Iglesia Valdense es para Italia, la colonia del Rosario puede serlo para los países del Plata. Dios la estableció allí con ese fin... Es una de las obras misioneras más importantes que yo conozca ».

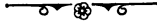
Los Valdenses de las colonias no han realizado todavía ese deseo, porque sus esfuerzos hasta ahora han sido dirigidos á conservar y fortalecer la obra existente ; sin embargo, por su medio la antorcha del Evangelio brilla en muchos lugares. Como Dios en su misericordia « no quiebra la caña cascada, ni apaga el pábilo humeante », con el tiempo esa luz podrá transformarse en poderoso faro y alumbrar á muchas almas.

Para esto se requiere de cada Valdense que guar-

de en su corazón y haga fructificar el precioso tesoro de fe, esperanza y caridad legádole por sus padres al precio de su sangre. Lejos de adormecerse en la prosperidad y en el goce de los frutos adquiridos por sus combates, piense cada uno que deshonoraría á sus gloriosos antepasados, si no fuese « una ciudad situada sobre una montaña, y una luz puesta en el candelero que alumbra á todos los que están en la casa ».



APÉNDICE



Lista alfabética de apellidos valdenses existentes en América. Se incluye aquí para que cada uno guarde inalterable su ortografía y evite así trastornos y dificultades.

	A.	Berger	Cesan	
		Bert	Chambron	F.
		Bertalmio	Chanforan	
Ajassot		Bertalot	Charbonnier	Favat
Allio		Bertet	Charlin	Favatier
Andréon		Bertin	Chauvie	Félix
Appia		Bertinat	Chollet	Fenouil
Arduin		Berton	Clot	Florin
Armand Bosc		Besson	Clapier	Fontana
Armand Pilon		Beux	Coisson	Forneron
Armand Ugon		Bleynat	Comba	Fostel
Arnaud		Bonjour	Constantin	Frache
Arnoulet		Bonnet	Costabel	
Artus		Bonin	Coucourde	G.
Avondet		Bouchard	Cougn	
		Boudrandi	Courdin	Gardiol
	B.	Bounous		Garnier
		Bouïssa	D.	Garrou
Balmas		Breusa		Gauthier
Balme		Buffa	Dalmas	Gay
Baral			Davyt	Gaydou
Baridon			Dovat	Genre
Barolin		C.	Durand	Geymet
Bastia			Duval	Geymonat
Baud		Caffarel		Germanet
Bein		Caïrus	E.	Gilles
Bellion		Cardon		Giraud
Benech		Catalin	Eynard	Giraúdin

Godin	Marauda	Pastre	Roman
Gonin	Martinat	Pavarin	Rostagnol
Gonnet	Maurin		Rostan
Goss	Menusan	P.	Rua
Grand	Meynier		
Grill	Michelin-Salo-	Pecoul	S.
Griot	mon	Pellenc	
Griset	Micol	Pellegrin	Salomon
Guigou	Mondon	Perrachon	Salvageot
	Mondon-Marin	Perrou	Sappé
	Monnet	Peyronel	Saret
J.	Morel	Peyrot	Sinquet
	Mourglia	Planchon	Soulier
Jahier	Muris	Playan	Stallé
Janavel	Muston	Poët	Subilia
Jourdan		Pons	
Jouvenal		Pontet	T.
Justet	N.	Prochet	
			Talmon
L.	Navache		Thové
	Negrin	R.	Tourn
Lageard			Travers
Lantaret	O.	Rameau	Tron
Lantelme		Revel	Tucat
Lausarot	Odin	Reymond	
Lautaret	Olivet	Reynaud	
Long	Oudri	Ricca	V.
		Richard	
M.	P.	Ribet	Vigna
		Rivoir	Vilhelm
Malan	Parisa	Robert	Vinay
Malanot	Pascal	Rochon	Vinçon
Mangeaud	Pasquet	Roland	Vola



INDICE DE LAS MATERIAS



	<i>Pag.</i>
PRÓLOGO	3
Descripción geográfica de los Valles.	7
I — Los orígenes	14
II — Las primeras persecuciones (1300-1500)	18
III — Los Barbas (1300-1500).	24
IV — El conde de la Trinidad (1560)	31
V — Castrocaro (1561-1581)	35
VI — Los bandidos y la peste (1600-1630) .	40
VII — Los frailes (1630-1650)	45
VIII — Las pascuas piamontesas (1655). . .	48
IX — La matanza (1655)	52
X — Janavel (1655)	55
XI — Jahier (1655)	60
XII — La paz de Pinerolo (1655)	65
XIII — Leger (1660-1670).	68
XIV — Preludio de una nueva persecución (1670-1685)	71
XV — La persecución de 1686	75
XVI — Guerra y capitulación (1686).	78
XVII — El cautiverio (1686)	83
XVIII — El destierro (1686-1687)	88
XIX — En el destierro (1687-1688)	93
XX — Tentativas de regreso (1687-1689) . .	96
XXI — El glorioso regreso (1689).	100
XXII — Al través de los Alpes (1689). . . .	105
XXIII — Salbertrand (1689)	110
XXIV — El juramento de Sibaud (1 Set. 1689)	114
XXV — Luchas en los Valles (1689)	118

	<i>Pag.</i>
XXVI — Retirada á la Balziglia (1689) . . .	122
XXVII — El invierno de 1690	125
XXVIII — Sitio de la Balziglia (1690).	129
XXIX — La huida de la Balziglia (1690) . . .	134
XXX — Nuevo destierro (1690-1698)	139
XXXI — Las colonias de Alemania (1699-1721) .	142
XXXII — Antes de la revolución francesa (1720-1789)	148
XXXIII — La revolución y el imperio (1789-1814)	152
XXXIV — Reacción (1814-1830).	159
XXXV — Antes de la emancipación (1830-1847).	164
XXXVI — La emancipación (17 Febrero 1848) .	169
XXXVII — Los tiempos nuevos (1848-1899). . .	175
XXXVIII — Instrucción y beneficencia.	180
XXXIX — La obra misionera de Italia	185
XL — La emigración	189
XLI — Colonia Valdense	198
XLII — Otros grupos y colonias del Uruguay .	212
XLIII — Grupos y colonias de la Repúbl. Argent.	215
Apéndice	231

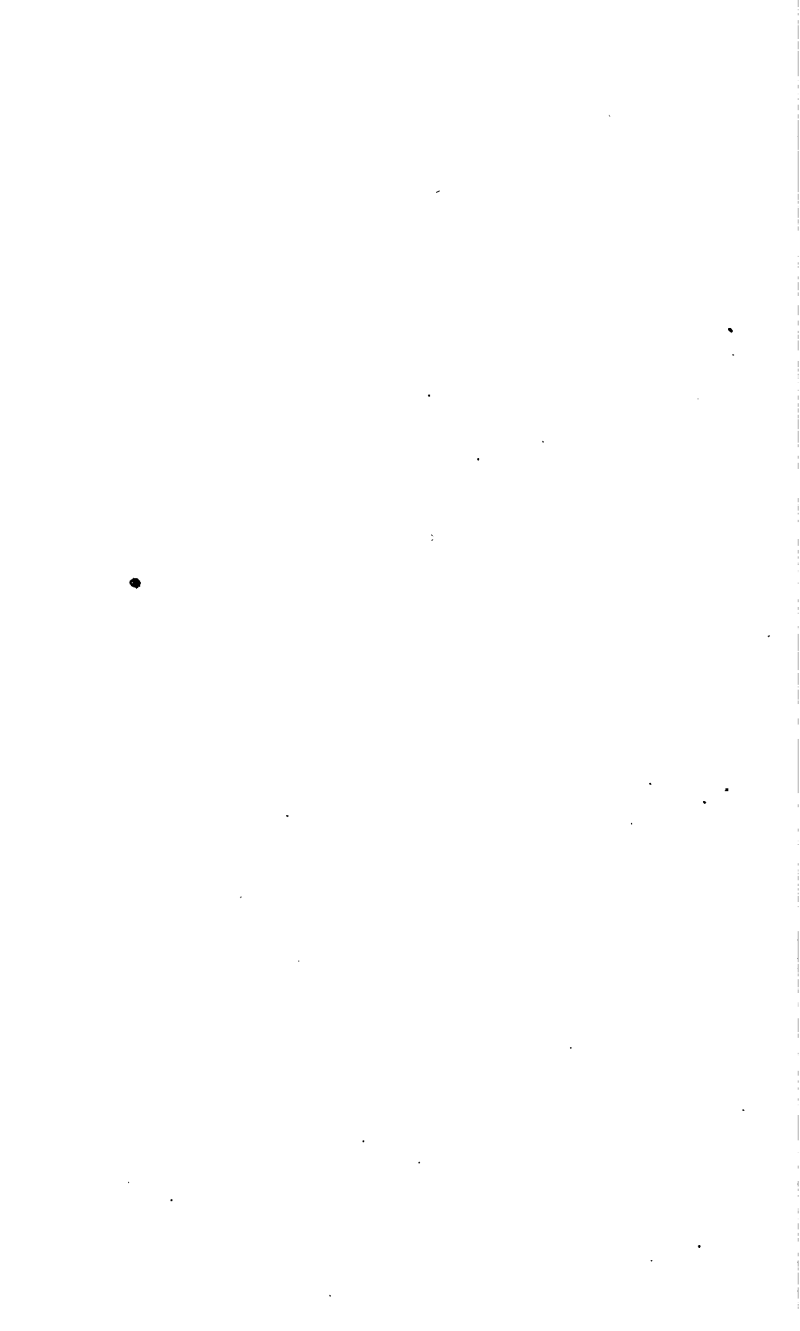


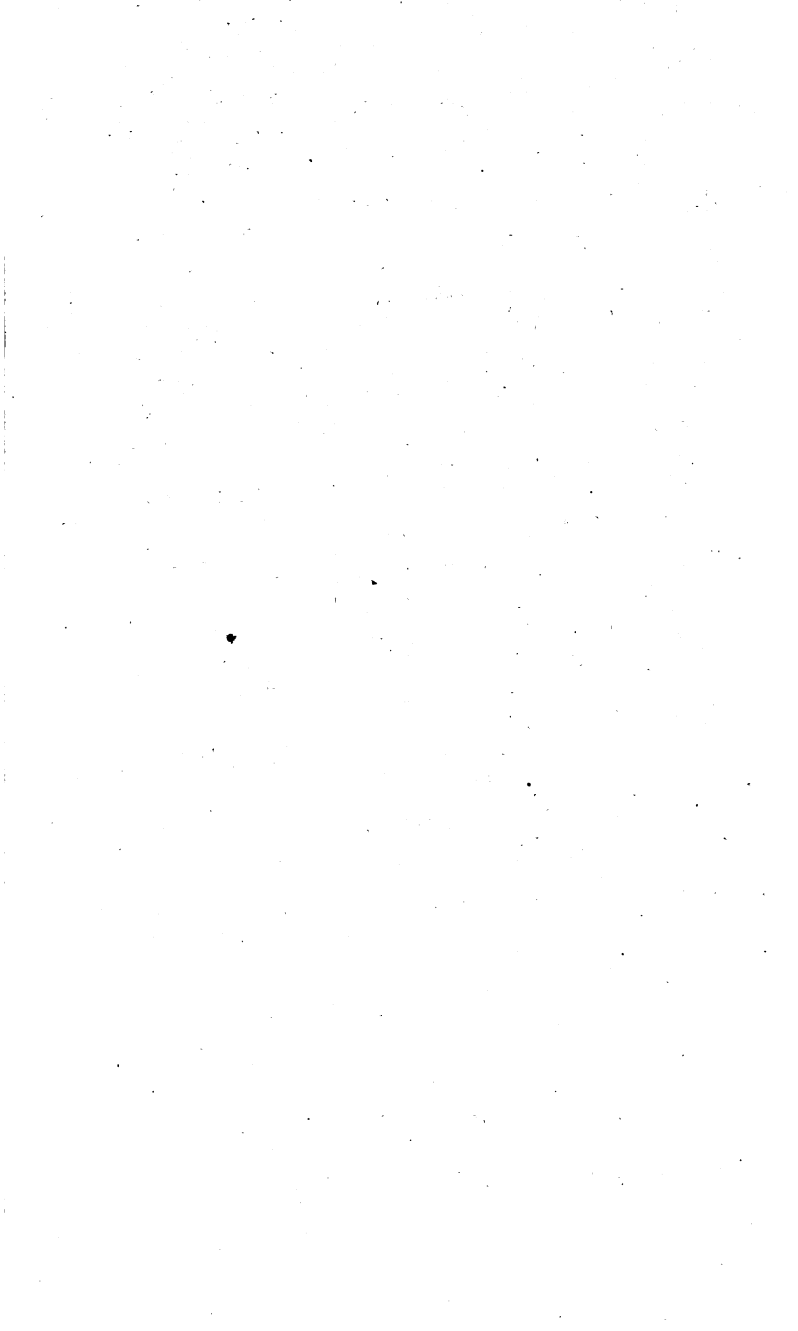
INDICE DE LAS GRABADOS



Trajes Valdenses		
Perosa y Pomaretto	Pag.	7
Torre. — Casa Valdense y Templo.	»	13
Pra del Torno	»	23
Bobbio Pellice	»	37
Templo de Clos y Villasecca	»	43
Templo de San Giovanni	»	59
Iglesia Mauriciana à la entrada de Torre	»	69
Templo de los Ghigo de Pral.	»	81
Templo de Ciabas	»	89
Interior del templo de Shonenberg.	»	95
Oracion de Enrique Arnaud sul lago de Geneva.	»	101
Tempio Valdese de Turin	»	115
La Balziglia	»	123
Escuela latina de Pomaretto	»	137
Comm. P. Lantaret, D.D.	»	144
M. Morel, 1. ^o past. de Col. Valdense	»	156
Templo de Colonia Valdense	»	166
Templo de La Paz	»	178
Comm. Matteo Prochet, D.D.	»	188
Capilla de Cosmopolita	»	192
Rancho al Nieso	»	202
Baracona a la punte del Bianchetto.	»	210
Capilla de Belgrano	»	221







Impreso en los talleres de la

TIPOGRAFIA CLAUDIANA

*Este libro se halla en venta en las
siguientes casas:*

Tipografia Claudiana, 51. Via de' Serragli, FLORENCIA.

Tipografia Besson, Torre Pellice, (ITALIA).

Librería Americana, 18 de Julio 207, MONTEVIDEO.

D. Armand Ugon, Colonia Valdense, URUGUAY.

B. A. Pons, Córdoba 1673, BUONRS-AIRES.

Dirigirse también á los pastores Valdenses del
URUGUAY y de la ARGENTINA ó al autor en COLONIA
VALDENSE.

